

VARIOS

DIEZ CUENTOS POLICIALES ARGENTINOS

Selección y noticia de Rodolfo J. Walsh

Librería Hachette - Evasión 29

Buenos Aires - 17 de abril de 1953

NOTICIA

Hace diez años, en 1942, apareció el primer libro de cuentos policiales en castellano. Sus autores eran Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Se llamaba "Seis problemas para don Isidro Parodi"¹, y tenía el doble mérito de reunir una serie de plausibles argumentos, y de incorporar al vasto repertorio del género un personaje singular: un "detective" preso, cuyo encierro involuntario —y al parecer inmerecido— ponía de relieve la creciente tendencia de los autores policiales a imponerse un afortunado rigor y una severa limitación de los medios al alcance del investigador. Forzosamente despreocupado de indicios materiales y demás accesorios de las pesquisas corrientes, Parodi representa el triunfo de la pura inteligencia. El mismo año de 1942 Borges había escrito un cuento policial —"La muerte y la brújula"²— que constituye el ideal del género: un problema puramente geométrico, con una concesión a la falibilidad humana: el detective es la víctima minuciosamente prevista. Estas obras junto con "Las nueve muertes del Padre Metri", de J. del Rey, y "La espada dormida", de Manuel Peyrou, son el comienzo de una producción que ha ido creciendo en cantidad y que quiere estar al nivel de la excelente calidad técnica de los iniciadores.

Paralelamente a este desarrollo, se ha producido un cambio en la actitud del público: se admite ya la posibilidad de que Buenos Aires sea el escenario de una aventura policial. Cambio que puede juzgarse severamente a la luz de una crítica de las costumbres, pero que refleja con más sinceridad la realidad del ambiente y ofrece saludables perspectivas a la evolución de un género para el que los escritores argentinos me parecen singularmente dotados. Buenos Aires no es ya la ciudad hostil a la novela, como aquella otra de Nashville, en la que según Frank Norris nada podía suceder... hasta que O. Henry la convirtió en el escenario del mejor de sus cuentos.

Una prueba del interés que despierta el género fue el concurso organizado en 1950 por una conocida revista y una editorial locales. Se recibieron nada menos que ciento ochenta cuentos. La revelación más grata de ese certamen fue Facundo Marull, quien combina la regocijante descripción de ambiente y caracteres con el rigor argumental.

Los autores incluidos en este volumen no son todos los que merecerían

¹ Sur, 1942.

² Incluido más tarde en "Ficciones", Sur, 1944.

incluirse. El espacio impone esa limitación. Ignacio Covarrubias, Edmundo Zimmerman, Nicolás Olivari, A. Ferrari Amores y otros han escrito buenos relatos policiales. Queden sus nombres para una segunda colección, si la presente encuentra la favorable acogida que esperamos.

De los cuentos reunidos, unos se han publicado previamente en libro, otros en revistas, alguno es inédito. Todos —creo— presentan algún enfoque original, algún problema nuevo, alguna situación memorable. Y dos o tres —“El Jardín de Senderos que se bifurcan”, “La Playa Mágica”, “La Mosca de Oro”—añaden la excelencia del estilo que los convierte en verdaderas obras maestras.

R. J. W.

JORGE LUÍS BORGES EL JARDÍN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN

JORGE LUÍS BORGES es, notoriamente, el mejor cuentista argentino. Sus relatos, su obra poética y su labor de ensayista y antologista lo colocan entre los primeros escritores contemporáneos. Obras: *Inquisiciones* (1925), *Evaristo Carriego* (1930), *Discusión* (1932), *Los Kenningar* (1933), *Historia Universal de la Infamia* (1935), *Historia de la Eternidad* (1936), *Poemas* (1922—1943), *Ficciones* (1944), *Nueva Refutación del Tiempo* (1947), *El Aleph* (1949), *Antiguas Literaturas Germánicas* (1951), *Otras Inquisiciones* (1952). En colaboración con Adolfo Bioy Casares, bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, ha publicado *Seis Problemas para Don Isidro Parodi* (1942), cuentos policiales y *Dos Fantasías Memorables* (1946); bajo el seudónimo de B. Suárez Lynch, *Un Modelo para la Muerte* (1946).

El cuento que incluimos dio título a la colección publicada por *Sur* en 1941, incorporada más tarde al tomo de “Ficciones”.

“En *El Jardín de Senderos que se bifurcan* —dice J. L. B.— el lector asistirá a la ejecución y a todos los preliminares de un crimen cuyo propósito no ignora, pero que no comprenderá, me parece, hasta el último párrafo.”

Borges nació en Buenos Aires en 1899.

A Victoria Ocampo

En la página 252 de la *Historia de la Guerra Europea* de Liddell Hart, se lee que una ofensiva de tres divisiones británicas (apoyadas por mil cuatrocientas piezas de artillería) contra la línea Serre—Montauban había sido planeada para el veinticuatro de julio de 1916 y debió postergarse hasta la mañana del día veintinueve. Las lluvias torrenciales (anota el capitán Liddell Hart) provocaron esa demora, nada significativa, por cierto. La siguiente declaración, dictada, releída y firmada por el doctor Yu Tsun, antiguo catedrático de inglés en la *Hochschule* de Tsingtao, arroja una insospechada luz sobre el caso. Faltan las dos páginas iniciales.

“... y colgué el tubo. Inmediatamente después, reconocí la voz que había contestado en alemán. Era la del capitán Richard Madden. Madden, en el departamento de Viktor Runeberg, quería decir el fin de nuestros afanes y —pero eso parecía muy secundario, o *debía parecérmelo*— también de nuestras

vidas. Quería decir que Runeberg había sido arrestado, o asesinado³. Antes que declinara el sol de ese día yo correría la misma suerte. Madden era implacable. Mejor dicho, estaba obligado a ser implacable. Irlandés a las órdenes de Inglaterra, hombre acusado de tibieza y tal vez de traición, ¿cómo no iba a abrazar y agradecer este milagroso favor: el descubrimiento, la captura, quizá la muerte, de dos agentes del imperio alemán? Subí a mi cuarto; absurdamente cerré la puerta con llave y me tiré de espaldas en la estrecha cama de hierro. En la ventana estaban los tejados de siempre y el sol nublado de las seis. Me pareció increíble que ese día sin premoniciones ni símbolos fuera el de mi muerte implacable. A pesar de mi padre muerto, a pesar de haber sido un niño en un simétrico jardín de Hai Feng, ¿yo, ahora, iba a morir? Después reflexioné que todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra y en el mar, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí... El casi intolerable recuerdo del rostro acaballado de Madden abolió esas divagaciones. En mitad de mi odio y de mi terror (ahora no me importa hablar de terror; ahora que he burlado a Richard Madden, ahora que mi garganta anhela la cuerda) pensé que ese guerrero tumultuoso y sin duda feliz no sospechaba que yo poseía el Secreto. El nombre del preciso lugar del nuevo parque de artillería británico sobre el Ancre. Un pájaro rayó el cielo gris y ciegamente lo tradujo en un aeroplano y a ese aeroplano en muchos (en el cielo francés) aniquilando el parque de artillería con bombas verticales. Si mi boca, antes que la deshiciera un balazo, pudiera gritar ese nombre de modo que lo oyeran en Alemania... Mi voz humana era muy pobre. ¿Cómo hacerla llegar al oído del jefe? Al oído de aquel hombre enfermo y odioso, que no sabía de Runeberg y de mí sino que estábamos en Staffordshire y que en vano esperaba noticias nuestras en su árida oficina de Berlín, examinando infinitamente periódicos... Dije en voz alta: *Debo huir*. Me incorporé sin ruido, en una inútil perfección de silencio, como si Madden ya estuviera acechándome. Algo —tal vez la mera ostentación de probar que mis recursos eran nulos— me hizo revisar mis bolsillos. Encontré lo que sabía que iba a encontrar. El reloj norteamericano, la cadena de níquel y la moneda cuadrangular, el llavero con las comprometedoras llaves inútiles del departamento de Runeberg, la libreta, una carta que resolví destruir inmediatamente (y que no destruí), una corona, dos chelines y unos peniques, el lápiz rojo—azul, el pañuelo, el revólver con una bala. Absurdamente lo empuñé y sopesé para darme valor. Vagamente pensé que un pistoletazo puede oírse muy lejos. En diez minutos mi plan estaba maduro. La guía telefónica me dio el nombre de la única persona capaz de transmitir la noticia: vivía en un suburbio de Fenton, a menos de media hora de tren.

³ Hipótesis odiosa y estrafalaria. El espía prusiano Hans Rabener, alias Viktor Runeberg, agredió con una pistola automática al portador de la orden de arresto, capitán Richard Madden. Este, en defensa propia, le causó heridas que determinaron su muerte. (Nota del Editor.)

Soy un hombre cobarde. Ahora lo digo, ahora que he llevado a término un plan que nadie no calificará de arriesgado. Yo sé que fue terrible su ejecución. No lo hice por Alemania, no. Nada me importa un país bárbaro, que me ha obligado a la abyección de ser un espía. Además, yo sé de un hombre de Inglaterra —un hombre modesto— que para mí no es menos que Goethe. Arriba de una hora no hablé con él, pero durante una hora fue Goethe... Lo hice porque yo sentía que el Jefe tenía en poco a los de mi raza —a los innumerables antepasados que confluyen en mí. Yo quería probarle que un amarillo podía salvar a sus ejércitos. Además, yo debía huir del capitán. Sus manos y su voz podían golpear en cualquier momento a mi puerta. Me vestí sin ruido, me dije adiós en el espejo, bajé, escudriñé la calle tranquila y salí. La estación no distaba mucho de casa, pero juzgué preferible tomar un coche. Argüí que así corría menos peligro de ser reconocido; el hecho es que en la calle desierta me sentía visible y vulnerable, infinitamente. Recuerdo que le dije al cochero que se detuviera un poco antes de la entrada central. Bajé con lentitud voluntaria y casi penosa; iba a la aldea de Ashgrove, pero saqué un pasaje para una estación más lejana. El tren salía dentro de muy pocos minutos, a las ocho y cincuenta. Me apresuré; el próximo saldría a las nueve y media. No había casi nadie en el andén. Recorrí los coches: recuerdo unos labradores, una enlutada, un joven que leía con fervor los *Anales* de Tácito, un soldado herido y feliz. Los coches arrancaron al fin. Un hombre que reconocí corrió en vano hasta el límite del andén. Era el capitán Richard Madden. Aniquilado, trémulo, me encogí en la otra punta del sillón, lejos del temido cristal.

De esa aniquilación pasé a una felicidad casi abyecta. Me dije que ya estaba empeñado mi duelo y que yo había ganado el primer asalto, al burlar, siquiera por cuarenta minutos, siquiera por un favor del azar, el ataque de mi adversario. Argüí que esa victoria mínima prefiguraba la victoria total. Argüí que no era mínima, ya que sin esa diferencia preciosa que el horario de trenes me deparaba, yo estaría en la cárcel, o muerto. Argüí (no menos sofisticadamente) que mi felicidad cobarde probaba que yo era hombre capaz de llevar a buen término la aventura. De esa debilidad saqué fuerzas que no me abandonaron. Preveo que el hombre se resignará cada día a empresas más atroces; pronto no habrá sino guerreros y bandoleros; les doy este consejo: *El ejecutor de una empresa atroz debe imaginar que ya la ha cumplido, debe imponerse un porvenir que sea irrevocable como el pasado.* Así procedí yo, mientras mis ojos de hombre ya muerto registraban la fluencia de aquel día que era tal vez el último, y la difusión de la noche. El tren corría con dulzura entre fresnos. Se detuvo, casi en medio del campo:

Nadie gritó el nombre de la estación. *¿Ashgrove?*, les pregunté a unos chicos en el andén. *Ashgrove*, contestaron. Bajé.

Una lámpara ilustraba el andén, pero las caras de los niños quedaban en la zona de sombra. Uno me interrogó: *¿Usted va a casa del doctor Stephen*

Albert? Sin aguardar contestación, otro dijo: *La casa queda lejos de aquí, pero usted no se perderá si toma ese camino a la izquierda y en cada encrucijada del camino dobla a la izquierda.* Les arrojé una moneda (la última), bajé unos escalones de piedra y entré en el solitario camino. Este, lentamente, bajaba. Era de tierra elemental, arriba se confundían las ramas, la luna baja y circular parecía acompañarme.

Por un instante, pensé que Richard Madden había penetrado de algún modo mi desesperado propósito. Muy pronto comprendí que eso era imposible. El consejo de siempre doblar a la izquierda me recordó que tal era el procedimiento común para descubrir el patio central de ciertos laberintos. Algo entiendo de laberintos: no en vano soy bisnieto de aquel Ts'ui Pên, que fue gobernador de Yunnan y que renunció al poder temporal para escribir una novela que fuera todavía más popular que el *Hung Lu Meng* y para edificar un laberinto en el que se perdieran todos los hombres. Trece años dedicó a esas heterogéneas fatigas, pero la mano de un forastero lo asesinó y su novela era insensata y nadie encontró el laberinto. Bajo árboles ingleses medité en ese laberinto perdido: lo imaginé inviolado y perfecto en la cumbre secreta de una montaña, lo imaginé borrado por arrozales o debajo del agua, lo imaginé infinito, no ya de quioscos ochavados y de sendas que vuelven, sino de ríos y provincias y reinos... Pensé en un laberinto de laberintos, en un sinuoso laberinto creciente que abarcara el pasado y el porvenir y que implicara de algún modo los astros. Absorto en esas ilusorias imágenes, olvidé mi destino de perseguido. Me sentí, por un tiempo indeterminado, percibidor abstracto del mundo. El vago y vivo campo, la luna, los restos de la tarde, obraron en mí; asimismo el declive que eliminaba cualquier posibilidad de cansancio. La tarde era íntima, infinita. El camino bajaba y se bifurcaba entre las ya confusas praderas. Una música aguda y como silábica se aproximaba y se alejaba en el vaivén del viento, empañada de hojas y de distancias. Pensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres, pero no de un país: no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes. Llegué, así, a un alto portón herrumbrado. Entre las rejas descifré una alameda y una especie de pabellón. Comprendí, de pronto, dos cosas: la primera trivial, la segunda casi increíble: la música venía del pabellón, la música era china. Por eso yo la había aceptado con plenitud, sin prestarle atención. No recuerdo si había una campana o un timbre o si llamé golpeando las manos. El chisporroteo de la música prosiguió.

Pero del fondo de la íntima casa un farol se acercaba: un farol que rayaban y a ratos anulaban los troncos, un farol de papel, que tenía la forma de los tambores y el color de la luna. Lo traía un hombre alto. No vi su rostro, porque me cegaba la luz. Abrió el portón y dijo lentamente en mi idioma:

—Veo que el piadoso Hsi P'eng se empeña en corregir mi soledad. ¿Usted sin duda querrá ver el jardín?

Reconocí el nombre de uno de nuestros cónsules y repetí desconcertado:

—¿El jardín?

—El jardín de senderos que se bifurcan.

Algo se agitó en mi recuerdo y pronuncié con incomprensible seguridad:

—El jardín de mi antepasado Ts'ui Pên.

—¿Su antepasado? ¿Su ilustre antepasado? Adelante.

El húmedo sendero zigzagueaba como los de mi infancia. Llegamos a una biblioteca de libros orientales y occidentales. Reconocí, encuadernados en seda amarilla, algunos tomos manuscritos de la Enciclopedia Perdida que dirigió el Tercer Emperador de la Dinastía Luminosa y que no se dio nunca a la imprenta. El disco del gramófono giraba junto a un fénix de bronce. Recuerdo también un jarrón de la familia rosa y otro, anterior de muchos siglos, de ese color azul que nuestros artífices copiaron de los alfareros de Persia...

Stephen Albert me observaba, sonriente. Era (ya lo dije) muy alto, de rasgos afilados, de ojos grises y barba gris. Algo de sacerdote había en él y también de marino; después me refirió que había sido misionero en Tientsin "antes de aspirar a sinólogo".

Nos sentamos; yo en un largo y bajo diván; él de espaldas a la ventana y a un alto reloj circular. Computé que antes de una hora no llegaría mi perseguidor, Richard Madden. Mi determinación irrevocable podía esperar.

—Asombroso destino el de Ts'ui Pên —dijo Stephen Albert—. Gobernador de su provincia natal, docto en astronomía, en astrología y en la interpretación infatigable de los libros canónicos, ajedrecista, famoso poeta y calígrafo: todo lo abandonó para componer un libro y un laberinto. Renunció a los placeres de la opresión, de la justicia, del numeroso lecho, de los banquetes y aun de la erudición y se enclaustró durante trece años en el Pabellón de la Límpida Soledad. A su muerte, los herederos no encontraron sino manuscritos caóticos. La familia, como usted acaso no ignora, quiso adjudicarlos al fuego; pero su albacea —un monje taoísta o budista— insistió en la publicación.

—Los de la sangre de Ts'ui Pên —repliqué—, seguimos execrando a ese monje. Esa publicación fue insensata. El libro es un acervo indeciso de borradores contradictorios. Lo he examinado alguna vez: en el tercer capítulo muere el héroe, en el cuarto está vivo. En cuanto a la otra empresa de Ts'ui Pên, a su laberinto...

—Aquí está el laberinto —dijo, indicándome un alto escritorio laqueado.

—¡Un laberinto de marfil! —exclamé—. Un laberinto mínimo...

—Un laberinto de símbolos —corrigió—. Un invisible laberinto de tiempo. A mí, bárbaro inglés, me ha sido deparado revelar ese misterio diáfano. Al cabo de más de cien años, los pormenores son irrecuperables, pero no es difícil conjeturar lo que sucedió. Ts'ui Pên diría una vez: *Me retiro a escribir un libro. Y otra: Me retiro a construir un laberinto.* Todos imaginaron dos obras;

nadie pensó que libro y laberinto eran un solo objeto. El Pabellón de la Límpida Soledad se erguía en el centro de un jardín tal vez intrincado; el hecho puede haber sugerido a los hombres un laberinto físico. Ts'ui Pên murió; nadie, en las dilatadas tierras que fueron suyas, dio con el laberinto; la confusión de la novela me sugirió que ése era el laberinto. Dos circunstancias me dieron la recta solución del problema. Una: la curiosa leyenda de que Ts'ui Pên se había propuesto un laberinto que fuera estrictamente infinito. Otra: un fragmento de una carta que descubrí.

Albert se levantó. Me dio, por unos instantes, la espalda; abrió un cajón del áureo y renegrido escritorio. Volvió con un papel antes carmesí; ahora rosado y tenue y cuadrículado. Era justo el renombre caligráfico de Ts'ui Pên. Leí con incomprensión y fervor estas palabras que con minucioso pincel redactó un hombre de mi sangre: *Dejo a los varios porvenires (no a todos) mi jardín de senderos que se bifurcan*. Devolví en silencio la hoja. Albert prosiguió:

—Antes de exhumar esta carta, yo me había preguntado de qué manera un libro puede ser infinito. No conjeturé otro procedimiento que el de un volumen cíclico, circular. Un volumen cuya última página fuera idéntica a la primera, con posibilidad de continuar indefinidamente. Recordé también esa noche que está en el centro de las 1001 Noches, cuando la reina Shahrazad (por una mágica distracción del copista) se pone a referir textualmente la historia de las 1001 Noches, con riesgo de llegar otra vez a la noche en que la refiere, y así hasta lo infinito. Imaginé también una obra platónica, hereditaria, transmitida de padre a hijo, en la que cada nuevo individuo agregara un capítulo o corrigiera con piadoso cuidado la página de los mayores. Esas conjeturas me distrajeran; pero ninguna parecía corresponder, siquiera de un modo remoto, a los contradictorios capítulos de Ts'ui Pên. En esa perplejidad, me remitieron de Oxford el manuscrito que usted ha examinado. Me detuve, como es natural, en la frase: *Dejo a los varios porvenires (no a todos) mi jardín de senderos que se bifurcan*. Casi en el acto comprendí; *el jardín de senderos que se bifurcan* era la novela caótica; la frase *varios porvenires (no a todos)* me sugirió la imagen de la bifurcación en el tiempo, no en el espacio. La relectura general de la obra confirmó esa teoría. En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts'ui Pên, opta —simultáneamente— por todas. *Crea*, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan. De ahí, las contradicciones de la novela. Fang, digamos, tiene un secreto; un desconocido llama a su puerta; Fang resuelve matarlo. Naturalmente, hay varios desenlaces posibles: Fang puede matar al intruso, el intruso puede matar a Fang, ambos pueden salvarse, ambos pueden morir, etc. En la obra de Ts'ui Pên, todos los desenlaces ocurren; cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones. Alguna vez, los senderos de ese laberinto convergen: por ejemplo, usted llega a esta casa, pero en uno de los pasados posibles usted es mi enemigo, en otro mi

amigo. Si se resigna usted a mi pronunciación incurable, leeremos unas páginas.

Su rostro, en el vívido círculo de la lámpara, era sin duda el de un anciano, pero con algo inquebrantable y aún inmortal. Leyó con lenta precisión dos redacciones de un mismo capítulo épico. En la primera, un ejército marcha hacia una batalla a través de una montaña desierta; el horror de las piedras y de la sombra le hace menospreciar la vida y logra con facilidad la victoria; en la segunda, el mismo ejército atraviesa un palacio en el que hay una fiesta; la resplandeciente batalla les parece una continuación de la fiesta y logran la victoria. Yo oía con decente veneración esas viejas ficciones, acaso menos admirables que el hecho de que las hubiera ideado mi sangre y de que un hombre de un imperio remoto me las restituyera, en el curso de una desesperada aventura, en una isla occidental. Recuerdo las palabras finales, repetidas en cada redacción como un mandamiento secreto: *Así combatieron los héroes, tranquilo el admirable corazón, violenta la espada, resignados a matar y a morir.*

Desde ese instante sentí a mi alrededor y en mi oscuro cuerpo una invisible, intangible pululación. No la pululación de los divergentes, paralelos y finalmente coalescentes ejércitos, sino una agitación más inaccesible, más íntima y que ellos de algún modo prefiguraban. Stephen Albert prosiguió:

—No creo que su ilustre antepasado jugara ociosamente a las variaciones. No juzgo verosímil que sacrificara trece años a la infinita ejecución de un experimento retórico. En su país, la novela es un género subalterno; en aquel tiempo era un género despreciable. Ts'ui Pên fue un novelista genial, pero también fue un hombre de letras que sin duda no se consideró un mero novelista. El testimonio de sus contemporáneos proclama —y harto lo confirma su vida— sus aficiones metafísicas, místicas. La controversia filosófica usurpa buena parte de su novela. Sé que de todos los problemas, ninguno lo inquietó y lo trabajó como el abismal problema del tiempo. Ahora bien, ése es el *único* problema que no figura en las páginas del *Jardín*. Ni siquiera usa la palabra que quiere decir *tiempo*. ¿Cómo se explica usted esa voluntaria omisión?

Propuse varias soluciones; todas, insuficientes. Las discutimos; al fin, Stephen Albert me dijo:

—En una adivinanza cuyo tema es el ajedrez, ¿cuál es la única palabra prohibida?

Reflexioné un momento y repuse:

—La palabra *ajedrez*.

—Precisamente —dijo Albert—. *El jardín de senderos que se bifurcan* es una enorme adivinanza, o parábola, cuyo tema es el tiempo; esa causa recóndita le prohíbe la mención de su nombre. Omitir *siempre* una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla. Es el modo tortuoso que prefirió, en cada uno de los meandros de su infatigable novela, el oblicuo Ts'ui Pên. He confrontado

centenares de manuscritos, he corregido los errores que la negligencia de los copistas ha introducido, he conjeturado el plan de ese caos, he restablecido, he creído restablecer, el orden primordial, he traducido la obra entera: me consta que no emplea una sola vez la palabra *tiempo*. La explicación es obvia: *El jardín de senderos que se bifurcan* es una imagen incompleta, pero no falsa, del universo como lo concebía Ts'ui Pên. A diferencia de Newton y de Schopenhauer, su antepasado no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempo, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en alguno existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En éste, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, usted, al atravesar el jardín, me ha encontrado muerto; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma.

—En todos —articulé no sin temblor—, yo agradezco y venero su recreación del jardín de Ts'ui Pên.

—No en todos —murmuró con una sonrisa—. El tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros. En uno de ellos soy su enemigo.

Volví a sentir esa pululación de que hablé. Me pareció que el húmedo jardín que rodeaba la casa estaba saturado hasta lo infinito de invisibles personas. Esas personas eran Albert y yo, secretos, atareados y multiformes en otras dimensiones de tiempo. Alcé los ojos y la tenue pesadilla se disipó. En el amarillo y negro jardín había un solo hombre; pero ese hombre era fuerte como una estatua, pero ese hombre avanzaba por el sendero y era el capitán Richard Madden.

—El porvenir ya existe —respondí—, pero yo soy su amigo. ¿Puedo examinar de nuevo la carta?

Albert se levantó. Alto, abrió el cajón del alto escritorio; me dio por un momento la espalda. Yo había preparado el revólver. Disparé con sumo cuidado: Albert se desplomó sin una queja, inmediatamente. Yo juro que su muerte fue instantánea: una fulminación.

Lo demás es irreal, insignificante. Madden irrumpió, me arrestó. He sido condenado a la horca.

Abominablemente he vencido: he comunicado a Berlín el secreto nombre de la ciudad que deben atacar. Ayer la bombardearon; lo leí en los mismos periódicos que propusieron a Inglaterra el enigma de que el sabio sinólogo Stephen Albert muriera asesinado por un desconocido, Yu Tsun. El jefe ha descifrado ese enigma. Sabe que mi problema era indicar (a través del estrépito de la guerra) la ciudad que se llama Albert y que no hallé otro medio que matar a una persona de ese nombre. No sabe (nadie puede saber) mi innumerable contrición y cansancio."

LEOPOLDO HURTADO

PIGMALIÓN

Pigmalión constituye la única incursión de LEOPOLDO HURTADO en el género policial. Estudioso del arte contemporáneo, cuenta en su haber con obras tan enjundiosas como *Estética de la Música Contemporánea*, *Espacio y Tiempo en el Arte Actual*, *La Música Contemporánea y sus Problemas*. Su aporte a lo puramente literario está representado por *Sketches* (cuatro relatos).

—Veintiocho, treinta y dos, treinta y nueve, cuarenta y siete, cuarenta y siete, cincuenta y tres, cincuenta y cinco, llevo cinco; siete, once, diecinueve... —Seguía sumando una factura cuando oyó los tiros. Sonaron secos, duros, apagados por las alfombras y las paredes.

El señor Dussek levantó la cabeza azorado y miró hacia el lado de los estampidos. Durante un instante quedó inmóvil y luego se lanzó hacia fuera. Tomó por el corredor, atravesó dos salas pequeñas y llegó al salón grande, del frente. A esa hora, con las luces apagadas, con la puerta de calle entornada, todo estaba en la penumbra. Alcanzó a divisar un bulto caído en el suelo y le llegó a las narices el olor de la pólvora. En la sala no había nadie, y la quietud del ambiente hacía el cuadro más impresionante aún.

Con ojos desorbitados, el señor Dussek se acercó al bulto. Era el de un hombre de edad madura, caído de costado. En la alfombra comenzaba a ensancharse una mancha oscura. Abrió la cancela de vidrio, corrió por el corto zaguán que daba hacia la calle, abrió la puerta y se lanzó despavorido por la vereda, en busca de un agente de policía. Algunos transeúntes lo miraron, aunque un hombre corriendo por la calle no les llamó mucho la atención. Con ademanes desordenados y gritos histéricos llamó al vigilante de la esquina.

—Venga, venga —gritaba agitando los brazos—. Han matado a un hombre.

El vigilante se dio vuelta y lo miró; luego se acercó. Echaron a correr por la vereda y llegaron a la casa. Instintivamente, el vigilante echó mano al silbato y tocó la pitada de auxilio; a esa hora, con el bullicio del tránsito, era muy improbable que algún otro agente la oyera. Lo único que consiguió fue que la gente se arremolinara.

Luego entraron. El vigilante se dirigió al bulto que yacía en el suelo, lo dio vuelta y lo examinó rápidamente. El hombre estaba exánime y las manchas rojas de las ropas y del suelo se hacían cada vez más grandes. Luego llamó por teléfono a la comisaría y a la Asistencia Pública. Algunos curiosos se asomaban ya por la cancela. El agente los echó con dureza y se plantó delante de ella. Por el momento, no había más que esperar.

El señor Dussek no sabía qué hacer; se paseaba por el salón, entre los bustos, las cabezas; se detenía delante del muerto —o del herido, vaya uno a saber—; luego volvía a reanudar la marcha, con todo el aspecto de un loco.

Hasta el pelo se le había desordenado, ese largo mechón cuidadosamente engominado que daba zigzags por su cabeza tratando, inútilmente, de ocultar la calva. El señor Dussek —perdón, Adolfo Dussek, de Hamburgo—, gerente de la Galería Rosenberg, sucursal argentina, era un hombre regordete, bajo, de anteojos dorados, de mejillas sonrosadas y mofletudas. Por lo general plácido y cordial, tenía ahora tal aspecto de susto que hubiera sido muy difícil reconocerle, de primera intención.

Durante unos minutos, lo único que se agitó en el salón fue el señor Dussek. El agente se mantenía junto a la puerta, y las esculturas —ni que decirlo— mantenían su acostumbrada inmovilidad. Las cabezas, los escorzos, surgían aquí y allá, en la penumbra, sin dar muestras de que el suceso los afectara. Hasta la estatua que estaba en el centro del salón —una hermosa figura de muchacha— miraba hacia lo lejos, sin dignarse bajar los ojos hacia el bulto que yacía a sus pies.

Algunos oficiales de policía irrumpieron en el salón. Mandaron al agente que se apostara en la puerta de calle y se dirigieron hacia el bulto; lo examinaron de cerca, sin decir palabra. Casi simultáneamente sonó en la calle la sirena de la Asistencia Pública. Entraron dos hombres con guardapolvos. Uno de ellos dio vuelta al bulto, le levantó la cabeza, le alzó un párpado; luego le tomó el pulso y puso el oído en el pecho.

—Está muerto —dijo—. No hay nada que hacer.

Cubrieron al muerto con una sábana y se pusieron a esperar al juez de instrucción. Los oficiales de policía se llevaron adentro al señor Dussek y empezaron a interrogarlo. Este dijo que, como de costumbre, a eso de las doce y media había apagado las luces del salón y entornado la puerta. A esa hora se cerraba la Galería hasta las quince y media, en que volvía a abrirse. Luego se había puesto a ordenar unas cuentas en su escritorio, cuando oyó los tiros. No había visto a nadie, ni había oído que alguien hubiera entrado o salido. Como él estaba todavía adentro, no había creído necesario cerrar con llave la puerta de calle.

Le dijeron al señor Dussek que estaba detenido; y a decir verdad, por el aspecto despavorido que presentaba, parecía el asesino. Fue palpado de armas y llevado a la comisaría por un agente.

Lo difícil fue poder salir. A esa hora transita por la calle Florida un mundo de gente, y ya toda la cuadra parecía el centro de una manifestación política. A duras penas pudo el señor Dussek ser sacado, y subido a un auto de la policía.

Poco después, por orden del juez de instrucción, el bulto fue levantado y llevado en una camilla hasta la ambulancia. La policía inició un minucioso registro del local. Hasta los bustos y los cuerpos fueron levantados de sus pedestales y examinados por dentro, pero inútilmente se buscó el arma. La pesquisa más cuidadosa no dio resultado alguno. Sólo se hallaron objetos

personales del señor Dussek, algunos no muy recomendables; pero, como no hacen al caso, no es menester detallarlos.

Tres artistas exponían sus obras en ese momento en la Galería Rosenberg: en las dos salas interiores, un paisajista y un grabador; en la sala grande del frente, el escultor Bronzini exponía cabezas, algunos estudios, torsos y tres figuras de tamaño natural. Todo esto fue revuelto, como ya dijimos, y puesto patas arriba, pero nada se pudo hallar.

La identificación del muerto se hizo inmediatamente. No sólo llevaba consigo su cédula, sino también tarjetas y cantidad de documentos personales. Resultó ser una persona sumamente conocida en el mundo de los negocios y de las finanzas: el señor Luis Milani, director de la compañía de seguros "La Mutual".

Pudo también reconstruirse perfectamente el empleo que había hecho el señor Milani del que debía ser el último día de su vida. Estuvo en su despacho toda la mañana, atendiendo los asuntos de rutina de la compañía. A eso de las once y media recibió un llamado telefónico de su amigo Carlos Paglioretti —la telefonista le reconoció la voz— diciéndole que estaba con dos amigos en el "grill" del Plaza, y que se reuniera con ellos para tomar algo y conversar. El director resolvió rápidamente algunas cuestiones y cerró con llave los cajones de su escritorio. Dio órdenes a su secretaria y le dijo que volvería a eso de las tres; después salió.

Momentos después llegaba al Plaza. Buscó a su amigo y lo encontró conversando animadamente con los otros, alrededor de una mesa. Paglioretti los presentó. Milani estuvo cordial con todos. No sólo conocía a aquél de tiempo atrás, sino que en ese momento lo necesitaba como agente de enlace o algo así. No podía decirse que "La Mutual" anduviera mal, o que se encontrara en dificultades; los negocios se mantenían firmes, pero el rubro de los seguros se mostraba cada día más incierto. Existía la perspectiva de una crisis o de que el Gobierno, como lo había anunciado varias veces, oficializara las compañías y se hiciera cargo de los seguros en todo el país. El plan que Milani quería llevar a la práctica consistía en derivar hacia la capitalización o la financiación de construcciones colectivas; pero para ello necesitaba nuevos capitales, y aquí entraba a tallar Paglioretti.

Aunque durante la tertulia no se habló para nada de negocios, Milani tuvo la clara impresión de que los otros dos tenían alguna relación oculta con la gestión en que estaba empeñado. Su aspecto no le resultó grato. Uno de ellos —Rívoli o Rígoli, Milani no entendió bien— era un hombre pequeño, vestido con llamativa elegancia, de una insoportable vulgaridad, que denunciaba a la legua al advenedizo, al recién subido. El otro era un chinazo gordo, callado, no acostumbrado todavía a su traje nuevo, a quien Paglioretti dio un nombre ridículo, Crisanto Rodríguez, o algo por el estilo.

Conversaron de bueyes perdidos, y a eso de las doce y media Milani se

despidió, después de convenir entrevistarse nuevamente con ellos. Salió del Plaza y tomó por Florida, para ir a almorzar al Jockey. Al pasar frente a la Galería Rosenberg vio en el cartel el nombre de Bronzini y se acordó que tenía interés en ver sus esculturas. (Sobre su escritorio se encontró el último suplemento dominical de "La Prensa", con la reproducción de las obras del escultor.) La puerta estaba entornada; la empujó y entró despacio. Un chico que estaba parado enfrente declaró después que había visto salir un hombre, vestido de gris o de oscuro —no recordaba bien—, que había caminado de prisa por Florida y doblado por Paraguay hacia el río.

Los tres contertulios se quedaron en el "grill". Después, Paglioretti se despidió; dijo que era el cumpleaños de su mujer y que tenía que ir a almorzar a su casa. Los otros, después de un rato, también salieron y tomaron por Florida. Al acercarse a la Galería Rosenberg advirtieron el gentío y tomaron prudentemente por la vereda de enfrente. De la Galería sacaban una camilla y la metían en una ambulancia. Varios agentes de policía contenían al público.

* * *

Lo que desde un principio confundió a la policía no fue tanto la falta de pistas, para dar con el asesino, como la abundancia de éstas. Cada detalle suministró el hilo de una pesquisa, y hubo que hacer innumerables averiguaciones. Pero todas ellas condujeron a una vía muerta.

Quien más indicios procuró fue el propio Milani. Una somera indagación de su vida dio detalles interesantes. Por lo pronto, se supo que tenía dos casas, y en cada una de ellas mujer e hijos, que ninguna relación tenían entre sí. El suceso dio motivo a que se conocieran e intimaran. Las dos viudas —llamémoslas así —se unieron en la desgracia y se ofrecieron para coadyuvar en la pesquisa, pero poco es lo que pudieron aportar. Salió también a relucir una *liaison* anterior con una mujer del ambiente artístico, pero ya había muerto y poco o nada se sacó de ello.

Cuando se revisaron los cajones de su escritorio, la caja de hierro y la del Banco, se reunió un material que hubiera sido muy interesante para un estudio de costumbres —o de malas costumbres—, pero nada que arrojara alguna luz sobre el crimen. Los cajones de su escritorio fueron vaciados uno por uno, y revisados por los pesquisas. Durante un momento, cierta fotografía de mujer estuvo peligrosamente cerca de la página en rotograbado de un suplemento dominical, pero los de la policía —por suerte— estuvieron demasiado atareados para constatar el extraordinario parecido de algunas figuras. Durante unos segundos, dos reproducciones muy semejantes estuvieron una junto a otra, y un hombre corrió inminente peligro de pudrirse toda su vida en la cárcel; pero el empleado hizo un montón de todos los papeles y los apiló a un costado del mueble. Cada uno de estos papeles significó una maraña difícil de descifrar, y parecía que a cada momento se estaba sobre la pista del criminal, pero todo, luego, se desvanecía como por encanto. Para colmo, los diarios

mantenían pendiente al público acerca de la pesquisa y de las peripecias de la investigación.

El tal Paglioretti también tuvo muy ocupada a la policía durante un tiempo. Para empezar, no pudo dar ninguna explicación satisfactoria de su reciente y cuantiosa fortuna. Por último, hubo de confesar que la debía a negociados, a especulaciones tortuosas y a negocios de agio en la bolsa negra. Sus relaciones turbias y nada recomendables con Milani parecieron, por un tiempo, orientar la indagación, pero Paglioretti pudo probar que se había retirado del Plaza después de la hora del crimen y que no tenía nada que ver con él. Por otra parte, aunque Milani mantenía el control de la mayoría de las acciones de "La Mutual" y Paglioretti era su posible sucesor, este interés y esta rivalidad no pasó de ser una presunción en su contra. De allí no se pudo pasar.

Los otros dos compinches tampoco salieron bien parados, aunque sólo desde el punto de vista moral. La justicia les sacó los trapitos al sol, pero ellos lograron escapar de sus garfios. El tal Rígoli resultó un truhán de opereta, aparentemente sospechoso, pero en el fondo un infeliz. No era más que el testaferro de Paglioretti para sus negocios sucios; el otro, Crisanto Rodríguez, resultó no ser más que un provinciano rico, dueño de vastísimos campos por el norte, atraído por el cebo de los negocios suntuosos.

Otros muchos testigos desfilaron: el escultor Bronzini y los otros expositores, quienes poco es lo que pudieron decir acerca de la concurrencia a la exposición; el personal de la oficina —empleados, telefonistas, ascensoristas, porteros, etc.—, el personal de servicio, amigos y conocidos que no hicieron más que complicar las cosas sin aportar nada útil.

Quedaba el pobre señor Dussek, que seguía detenido e incomunicado, en su calidad de casi testigo presencial del crimen. El señor Dussek revivió, poco más o menos, los días de sus pasadas andanzas con la Gestapo, pero nada se le pudo probar que indujera a sospechar la mínima relación con el crimen. Después de dos meses de encierro tuvo que ser puesto en libertad y sobreseído. Los diarios dejaron por fin de ocuparse del crimen, y la policía, desorientada, confió en que el azar y el tiempo le trajeran el esclarecimiento deseado.

* * *

El señor Dussek estaba en su escritorio arreglando papeles cuando oyó pasos en el corredor. Levantó la vista y se encontró con el escultor Bronzini.

Se dieron cordialmente la mano.

—Venía a felicitarlo —le dijo éste—, por la feliz terminación de sus penurias. Nunca hemos dudado un minuto, ni yo ni todos los que lo conocemos, de que usted fuera inocente.

El señor Dussek sonrió detrás de sus anteojos.

—Yo tampoco he dudado nunca —dijo, e invitó al escultor a sentarse—. Pero han sido largos estos dos meses —añadió, y quedó un rato en silencio—.

Hablando de otra cosa, ¿cómo le fue con su exposición?

—Magníficamente. Fue una romería; todo el mundo quería ver la sala, no por los trabajos, claro está, sino por el crimen; y eso que cometieron la tontería de lavar la alfombra

—¿Vendió mucho?

—Prácticamente, todo. Ahora ya tengo la clave del éxito; cada vez que haga mis exposiciones trataré de que se cometa un crimen.

—¿Vendió la "Flora" también?

—La "Flora", no.

—¿A pesar del ofrecimiento que le hicieron del Museo de Bellas Artes?

—A pesar de ese ofrecimiento.

—Me lo figuraba.

—¿Por qué se lo figuraba?

El señor Dussek no contestó. Después de un instante, dijo:

—Y si yo le ofreciera comprársela, ¿me la vendería?

—Esa figura no la vendo, Dussek, por todo el oro del mundo.

Dussek miró al escultor con sus ojillos risueños.

—Lo comprendo —dijo al cabo—. Es lo mejor que usted ha hecho. Es el trabajo de un maestro, en toda la extensión de la palabra. Pero es curioso que no haya querido cederla al Museo. ¿Quizá tiene para usted algún otro valor que no sea el exclusivamente artístico?

—Quizá...

—Me parece que recuerdo a esa modelo. Creo haberla visto alguna vez por aquí. Además, usted me ha mostrado una serie de dibujos y esbozos preparatorios; debe ser una mujer encantadora. ¿La conoce usted bien, Bronzini?

—La conocía. Ya murió —dijo Bronzini en voz baja.

El señor Dussek siguió hablando como para sí:

—¡Qué magnífica figura! Tengo aquí el recorte del suplemento donde salió reproducida, y no me canso de contemplarla. La calidad del modelo, la vibración del busto bajo el chal que lo cubre, la perfección de los brazos, la forma en que están equilibradas las líneas, todo, me parece magistral. —Buscó entre unos papeles y quedó mirando una figura...— Con unos años menos, yo también me hubiera animado a cometer cualquier atrocidad por ella...

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir, mi querido Bronzini, que yo también me he ocupado de este enigma, y que tengo mi hipótesis, mi hipótesis particular sobre el criminal.

—¿Cómo así?

Dussek quedó un instante en silencio. Luego dijo en voz baja:

—En estos dos meses de cárcel he meditado mucho sobre este suceso. Un poco por matar horas perdidas, otro poco por instinto de salvación. Era el primer interesado en que el crimen se aclarara cuanto antes.

—¿Y qué ha descubierto?

—Eran largas las horas en la celda —continuó Dussek sin contestar la pregunta—. E infinidad de veces me he preguntado cómo y con qué fin pudo cometerse el crimen. No sabía nada de la víctima, ni tenía noticia de su existencia; pero poco a poco he ido concretando una hipótesis.

Bronzini lo miró interrogativo.

—Sí, como le digo— continuó Dussek—, no sabía si tenía enemigos y si alguien deseaba matarlo. Pero me he leído un montón de diarios, y despacio, despacio, he ido atando cabos hasta hacer me una idea de lo que ocurrió.

—¿Y qué cree usted que ocurrió?

—Para decírselo en pocas palabras, tengo la impresión de que Milani cayó en una trampa... —Hizo un paréntesis, miró de soslayo con sus ojillos a Bronzini, y continuó—: Si alguien deseaba matar a Milani, el salón, a esa hora, se prestaba admirablemente. La víctima estaba sola y el asesino pudo ultimarla tranquilamente, y luego huir sin peligro. Pero, para aprovechar esa oportunidad, era menester que el asesino hubiera seguido a la víctima, y no hubo nadie que siguiera a Milani. ¡El asesino estaba aquí adentro, Bronzini! Pudo haber entrado por casualidad, aprovechando la puerta entornada. El chico —ese chico que estaba aquí enfrente y que vio entrar a Milani— ha declarado que no vio a nadie detrás de él y que, por el contrario, alguien que no era Milani salió apresuradamente instantes después. ¿Qué hacía ese hombre aquí sino esperar a la víctima, y no a una víctima cualquiera, sino precisamente a él? ¿Cómo podía saber ese hombre que Milani entraría a la casa de exposición? ¿Y cómo pudo esconderse aquí sin que yo, que había apagado las luces y entornado la puerta, lo viera? Ese fue el enigma que me planteé en la cárcel. Y después de mucho pensar, he llegado a una solución...

—¿Cuál es la solución?

—Yo no soy un detective, Bronzini. No soy más que un pobre comerciante, vapuleado por la policía de dos continentes. Pero, quizá por motivos profesionales, me intereso mucho por las cosas del arte. Créame, su exposición ha sido magnífica, pero nada de ella ha sido comparable a esa "Flora". He repasado una por una las fotografías del catálogo, y cada vez me convenzo más de que fue esa figura la que sirvió de cebo.

—¿De cebo?

—Sí. Se me ocurre que el asesino no conocía al hombre a quien deseaba matar, que tenía algún viejo y tremendo rencor contra alguien a quien deseaba individualizar a toda costa. Milani, al enfrentarse a la "Flora", debió haber hecho algún gesto, pronunciado una palabra que lo delató. Y entonces el hombre, agazapado en la sombra, no titubeó: tuvo la súbita intuición de que ésa era la persona a quien buscaba y disparó contra ella.

—Todo eso es muy hipotético —dijo Bronzini con aire de duda—. ¿Cómo podía saber el asesino... el hombre, digamos, que Milani visitaría la exposición, y

cómo podía saber que era él a quien buscaba?

—Todo eso ya lo he pensado —dijo Dussek—. He tenido muchas horas para pensarlo. En realidad, creo que no necesitaba descubrir a su hombre en ese instante; podía saber muy bien que el objeto de su venganza, o de su rencor, o de su odio —qué sé yo—, era precisamente Milani, y al verlo allí pudo ese odio exacerbarse. Y en cuanto a su visita a la exposición, recuerdo que la noticia de la misma se publicó en todos los diarios, y que varias esculturas salieron reproducidas en el suplemento de "La Prensa". Precisamente tengo aquí el recorte de "Flora"... ¡Qué hermosura! —dijo, contemplándola una vez más—. Sería cuestión de saber —agregó al cabo de un instante—, si Milani tuvo algo que ver, alguna vez, con esta muchacha. Eso le sería muy fácil averiguarlo a la policía. En ese caso, estaríamos casi sobre la pista del criminal.

Bronzini levantó la cabeza.

—¿Piensa usted —preguntó después de un momento— comunicar su hipótesis a la policía?

—Quizá —contestó Dussek sin mirarlo— quizá...

—En ese caso, puede agregar algo más: que Milani fue un perfecto canalla, y que Flora ya está vengada. Ahora lo que venga no me importa.

Dussek se levantó de su sillón y le puso una mano sobre el hombro.

—Mi querido Bronzini —le dijo, saboreando la escena como si fuera espectador de la misma—. Mañana me embarco para Hamburgo. No he tenido suerte en este país, y, por mal que me vaya por allá, no me va a ir peor que aquí. Usted es para mí el primer escultor de la Argentina y tiene toda una vida de triunfos por delante. Sólo quiero pedirle un favor —agregó—. Aquí tiene mi dirección en Hamburgo —y le alcanzó una tarjeta—. Cuando tenga tiempo, sáquele un calco a la cabeza de la "Flora" y mándemelo. Yo también estoy enamorado de esa figura. ¿Fuma usted?

Y le ofreció su cigarrera con gesto amistoso.

FACUNDO MARULL UNA BALA PARA RIQUELME

En 1950 FACUNDO MARULL obtuvo uno de los dos primeros premios en el certamen de cuentos policiales realizado por la revista "Vea y Lea" y la editorial Emecé. El cuento premiado era *Una Bala para Riquelme*, que integra el presente volumen.

En 1941 publicó un tomo de poesía: *Ciudad en Sábado*; el resto de su obra ha aparecido en distintas revistas y publicaciones de Buenos Aires.

"De mortus nihil nisi bonum."

El Torpe pasó ante el café "El sol naciente" sin entrar, con lo cual consumó un hecho insólito. Decir que nos dejó con la boca abierta y desagradablemente asombrados es usar los términos veraces y acordes a nuestro estado de ánimo. Porque la explicación es como sigue: constituíamos una

comunidad tan armoniosa y estricta que a ninguno de sus fieles se le ocurría aventurarse más allá del núcleo de mesas y parroquianos que la formaban para penetrar en el mundo riesgoso de la ciudad. De manera que, sin ser amigos, todos nos conocíamos en "El sol naciente", y cuanto ocurría y le pertenecía nos era común a todos, aunque el mísero ambiente del café poseía sus grupos bien definidos, invariables, ajenos entre sí. Y distribuidos de manera que la mesa de la vidriera nos correspondía al Torpe, a Sender, al Gato y a mí; la segunda hacia el interior, a los quinieleros; enfrente, a un sastre italiano que recordaba París; después a los *maquereaux* y aspirantes menores, y así hasta el fondo, donde se recluían los ladrones. Todos nos desplumábamos a los dados durante el día, sin variantes. Era un café tranquilo, inocente, y sólo nos regía la mirada sin patria de un soplón desafortunado.

Bien; el caso fue que quienes nos hallábamos más hacia la entrada nos volvimos extrañados por la conducta (casi una infidelidad) del Torpe Rodríguez; pero, sin dar tiempo a nadie a hacer algún comentario, se detuvo de pronto para sostener por las delanteras del saco a un vendedor ambulante que se hallaba entretenido maltratando a un pequeño gato. Y con un recio *upper cut* le proporcionó una incómoda posición sobre la locomotora de un manisero.

Yamada, el camarero del café, felicitó al Torpe en su idioma sobrecargado de eles, en razón de que ambos compartían una difícil creencia, cuyas raigambres se extravían para el curioso en las encrucijadas de las huellas morfodeístas (ver Rafn, "Antiquitates", etc.), y que se referían a esa clase de animales. Los demás nos limitamos a hacerle sitio porque lo sabíamos apenado a causa de las torturas sufridas por el felino.

Aquella tarde no sucedió nada más.

Porque Riquelme llegó a la noche. Y la mujer, y el resto.

A ninguno de los que estábamos rodeando la mesa, cuya frecuentación ejercíamos por el derecho que nos otorgaba la consumición de un café por parte del Gato, a ninguno de todos, se nos hubiera ocurrido nunca que el Torpe poseía juntas dos monedas que sumaran más de diez o quince centavos. De manera que, cuando colocó su moneda de diez en la mesa, y además ordenó (ordenó tal vez sea poco, pero sea) a Yamada los tres cafés que faltaban en el grupo, ninguno de nosotros aceptó el desafío de aquella moneda "handicapeadora" que estaba ahí, según declaración de su legítimo propietario, opuesta a cinco centavos más el derecho a tirar tres veces contra una hasta el *full* victorioso. Al rato, y tal vez tentado, Sender, que casi habitualmente guardaba monedas en sus bolsillos, recogió el guante: puso cinco centavos sobre la otra moneda y pasó el cubilete al Torpe. El lo sacudió largamente, sopló en su interior, miró en dirección al inútil ventilador del techo, mientras murmuraba algo parecido a una plegaria, volcó el cubilete y lo mantuvo apretado contra la mesa, mirándonos fieramente. No había más que tres dados en el cubilete, pero, durante los quince minutos que transcurrieron después, no apareció la jugada ganadora, porque las muchas

combinaciones posibles burlaron la copiosa aparatosidad y las fórmulas ciegas del Torpe. Sender transpiró, pero logró un par de tres que le salvaron su dinero, y el Torpe sonrió.

—Van diez más contra una escalera.

Colocó honradamente su moneda en el centro de la mesa y el juego continuó. Siendo las 20,20, como dijeron los diarios a la mañana siguiente, entró Riquelme. El Torpe lo vio por el espejo de propaganda del Ocho Hermanos; perdía a esa altura de los acontecimientos, y tras una larga y recargada función de alternativas más o menos monótonas, la suma de un peso veinticinco; es decir, había ganado de lo que había perdido, pero al final de cuentas había perdido. El Gato no fumaba, pero yo me atasqué de tabaco a cuenta de los beneficios de Sender, de tal manera que, cuando fui al hospital a raíz de la afección sufrida, el médico accedió a obsequiarme dos cajas de inyecciones de esas que se destinan a una enérgica desintoxicación bronquial y cuya venta está penada por la ley en razón directa de su gratuidad. No conocí los beneficios que pudieran haberme proporcionado las ampollas, pero tampoco la ley se ocuparía de mis transacciones comerciales, sin contar con que actué discretamente.

Riquelme entró con pesadez, como convenía a sus ocupaciones, que consistían, aproximadamente, en hacerse subvenir por noctámbulas furtivas. Gracias a sus plácidos recursos económicos, Riquelme vestía de impecable gris plomo; el sombrero gris perla, la corbata de seda, también gris, camisa blanca de cuello blando y botines de charol negro, con polainas también grises. Su Ocupación del tiempo se dividía entre dedicar buena parte del mismo a la pulcritud de sus uñas y a arriesgar al frenesí del cubilete sumas cuyo monto hubiera bastado para vestir, como a él, a cualquiera de los parroquianos del café. Se supo, tiempo después, que se constituían grupos en sociedad para tratar de despojados, mediante los recursos del azar, de algunas cantidades que nunca satisficieron a los confabulados: éramos demasiados.

El buen Riquelme, sentándose a la mesa de costumbre, pidió a Yamada bicarbonato doble, mientras desplegaba ante sí el programa de las carreras del Hipódromo y nos miraba con inmodesta presunción. Sabíamos que él tenía la costumbre de cenar, pero considerábamos de dudoso gusto exhibido públicamente. Nos manifestamos naturalistas en nuestras expresiones que le dedicamos casi a coro y que se referían a la desafortunada parte que le correspondía en su amistad con una señora presumiblemente rubia y viuda, relación cuyas noticias llegaron al café de fuentes inconfesas. Aparte de nuestras apreciaciones, tal vez un poco entusiastas como reacción, existía en verdad una situación irregular entre Riquelme y la joven supuesta viuda; en tanto que él se rodeaba de méritos ante la señora, méritos que consistían en numerosas entregas de dinero en efectivo, supuesto homenaje a la apariencia estructural de la favorecida, ella correspondía con espaciadas comidas y diarias cortesías, corrientes y adecuadas, que terminaban en la puerta de la calle. Pero

se decía que Riquelme amaba. Y cuando un hombre sin ley o con un sentido estrictamente personal del orden de cosas que la ley establece como ajenas a ella, por esas extrañas e inexploradas virtudes del carácter, se enamora, no hay más que dejarlo solo para comprobar, con el tiempo, hasta dónde puede llegar. Yo pienso, cuando no tengo algo más interesante que hacer, y he llegado a suponer que los ángeles nada pueden en salvaguardia del enamorado; he visto, no recuerdo si en el cementerio o acaso en algún álbum de reproducciones artísticas, un grupo de ángeles blancos llorando desconsolados. "He aquí —me dije en la oportunidad— los ángeles del hombre enamorado." Nunca he sabido de nadie que en tan desastrosas condiciones haya llegado a algo. En cuanto a Riquelme, no creo que nadie lo considerase una excepción: él entregaba su dinero a la sospechada de rubia y en cambio recibía reticencias y un pudoroso retener la mano regordeta en cada despedida. Aquello duró lo suficiente como para que se enterara hasta el soplón, y nada de bueno augurase todo. Estas situaciones irregulares acarrearán violencias innecesarias. Yo debía haberlo previsto, pero uno no puede estar en todo. Y la claridad se hizo en mí, como dicen los que se arrepienten y en seguida cantan himnos, cuando vi a la mujer de Riquelme ahí, casi a mi lado, detenida en la puerta.

No la miré más que una vez. Y no porque ella no lo mereciese, sino porque el asunto empezó en seguida: la mujer, despeinada y presa de una angustiada sofocación, se detuvo un instante donde yo la viera, para buscar con la mirada a alguien. Entonces Riquelme, que también la vio, estiró su presencia impecable poniéndose de pie junto a la mesa que ocupaba, porque su prestigio le impedía acercarse y, por el contrario, le dictaba esperar que ella lo hiciese. Pero, ella se tomaba su tiempo, mientras yo hacía mis consideraciones mentales sobre la conducta de Riquelme, desaprobándola, porque no siempre corresponde someterse a los principios, que son una forma de esclavitud.

La mujer vio al Torpe. Lo que no puedo asegurar es si el Torpe la vio a ella; pero, cuando la mujer gritó, el Torpe, que es sumamente largo y delgado, en el tiempo que necesitó el gatillo para caer sobre el percutor, estaba pegado al zócalo de la pared y oculto por la puerta de vaivén, a la que mantenía inmóvil en un ángulo de dieciocho grados con relación a Riquelme.

Yo sólo vi el principio y el fin. Y no creo que nadie que no sea la policía me lo reproche: vi a la mujer llorosa arrojándose a las rodillas del Torpe y señalando luego a Riquelme.

—¡Querido! ¡Te comió los gatitos blancos! ¡El canalla! ¡Me obligó a preparárselos con salsa Perry!

El balazo sonó justamente con el pocillo de Sender; después supe que el autor del disparo fue Riquelme, y además me enteré de los detalles. Pero eso fue después. Inmediatamente pugnamos el Gato y yo disputándonos el hueco (felizmente vacío) destinado al radiador de la calefacción. Sender, más afortunado, planeó a través de la ventana hacia la calle, pero no se lastimó con

el golpe sino con el cristal, que después de todo sólo le ha dejado una pequeña cicatriz visible y que, si se ignora el origen, le suma méritos. Claro que él dijo que el cristal ya estaba roto por la bala cuando salió, pero, de cualquier manera, no me imagino cómo se las van a arreglar para cobrárselo.

Los balazos continuaron. El sastre, a quien interrumpieron cuando entonaba con bella voz *C'est mon homme*, tres quinieleros y dos aspirantes, fueron los que quedaron de este lado de la puerta del pequeño excusado, porque no cabían todos. Mientras yo le colocaba la rodilla en la garganta al Gato y él me pisaba sin consideración el epigastrio, ya que no había manera de que entrásemos al mismo tiempo en el hueco, oímos a la mujer que gritaba: "¡No!", como sólo puede hacerla una mujer, en tanto corría al encuentro de Riquelme, que cargaba otra vez.

Hubo entonces lo que podría llamarse un silencio, y, para ofrecer una clara y comprensible medida del mismo, un silencio de redonda. Pero no nos atrevimos a salir, aunque entonces vi otra vez: la dama corría en dirección a Riquelme, quien terminaba de llenar el tambor (reconozco su superioridad, en lo que a mí se refiere, por unos décimos de segundo) y se trababa en riesgosa lucha con ella. Entonces el Torpe se desprendía de la puerta y con sus tremendas piernas daba dos pasos sin competencia, que terminaron junto a la pareja. Vi su puño como un destello y entonces creí que se rompía algo más, pero no: era la mandíbula de Riquelme. Creo que fueron tres mesas las que éste afectó cuando se fue de espaldas hacia el rincón donde se hallaba la máquina "express".

Cuando se incorporó, lo hizo con una silla en alto que descendió en impecable parábola sobre la cabeza del Torpe, que trató de asirse, pero demasiado tarde: lo vimos estornudando bajo la mesa vecina. Y aquí está lo que he dicho siempre: pongan un revólver en manos de una mujer y no estará satisfecha en su curiosidad hasta que lo descargue sobre alguien de la familia. Tal vez se deba a una remota distinción preferencial.

Riquelme, andando a gatas, buscaba su revólver por debajo de las mesas, cuando lo vi en manos de la mujer, que lo curioseaba. Entonces yo, que lo sabía en poder de la inexperiencia, traté de desalojar al Gato a viva fuerza del hueco, metiendo mi cabeza por el costado inferior de sus costillas, entre éstas y la pared. Todavía pude ver a Riquelme desarmando otra silla sobre la parte superior del Torpe, y a éste coceándolo desde el suelo en pleno vientre, lo que hizo que Riquelme se fuese contra la puerta, la cual cedió, provocando su caída en plena acera, de cara al cielo. Nadie se movió, esperando el próximo movimiento de los actores. Y, en efecto, Riquelme reapareció, enfurecido como un toro de lidia, y nos distribuyó una torva mirada circular. Estaba magnífico, el pobre.

Entonces empezaron esos malditos disparos otra vez, que uno sabía mal dirigidos. Cuando sonó el último y hubo la evidencia de que la mujer no contaba

con más proyectiles, nos dispusimos a salir; pero un tropel salvaje nos hizo refugiarnos otra vez en el hueco del radiador, al Gato y a mí: eran los protegidos del fondo que, con Yamada a la cabeza, huían para no comprometerse. Pero vaya usted a engañar a la policía; allá fuimos todos en el término de dos días.

Por eso hubo tiempo sobrado para las complicaciones, y el asunto no terminó con claridad y normalmente, como todos habíamos pensado; no nos llamaron como testigos, sino que nos encarcelaron a todos por sospechosos. Que Riquelme había fallecido a consecuencia de un balazo en el vientre, no se puso en duda. Pero lo que llamaba la atención e inquietaba a la policía era el balazo que lucía Riquelme: no correspondía a los disparos efectuados en el café. Y la señora no necesitaba más que un abogado para salir del asunto y dejar negros a los peritos policiales.

* * *

Entonces apareció Leo, el de la 4ª. Sir John C. Raffles, como él se hacía llamar.

—El caso del sexto balazo, dicho sea con todas las reservas que merece el sumario, deslinda responsabilidades: el primer impacto de la serie A (que no nos interesa) lo recibió el pocillo de café que se hallaba sobre la mesa ocupada por uno de los actores del drama y otros; los restantes cuatro muestran su evidencia y la correcta dirección en que fueron efectuados, porque aún permanecen incrustados en la madera de la puerta. Correcto. Quedan ahora los cinco disparos que le siguieron; designarémoslos como los de la serie B. La señora (aquí una inclinación hacia la hipotética viuda, porque nos habían trasladado a todos a "El sol naciente", donde permanecíamos a puerta cerrada), la promotora del incidente, disparó la carga completa, según ha quedado establecido, sin herir al finado. Prueba fehaciente son los cinco impactos dispareos debidamente registrados y clasificados por la inspección ocular y el peritaje balístico llevado a cabo en este recinto. De donde se deduce, como sostiene la Superioridad, de cuyo punto de vista me corresponde el honor de participar (y aquí una interrupción no localizable, a la que Leo prestó oídos sordos), que un heridor cuya conducta ha escapado a la atención de los testigos que resultan del hecho, y que se oculta en el grupo que animaba la concurrencia, fue el autor del sexto disparo que truncó la animosa si bien lamentable carrera de Riquelme. Recordar con exactitud está sujeto a tal cantidad de incertidumbres como factores gravitables en el estado psíquico de cada uno; y prueba de ello es que nadie, entre ustedes, interrogados por turno, pudo afirmar haber oído tal cantidad de disparos. Para ilustración de ustedes daré una prueba, interesante como experimento: interróguese a un número cualquiera de asistentes el día posterior a un concierto sobre el color de la batuta con que el director conducía su orquesta, y se obtendrán tantas respuestas diferentes como personas sometidas al experimento. Resultado: el hombre dirigió su

conjunto sin batuta.

Festejamos con simpatía el aserto de Leo el de la 4ª; pero, a pesar de todo, él volvió a la carga:

—Bien, ya veo que la cordialidad nos va ganando a todos. Trataré de corresponder dignamente a tal manifestación de aprecio: ¡O me dicen quién fue el autor del sexto disparo o envejecen todos en el calabozo, porque no pienso permitir que se cierre el sumario aunque pasen veinte años!

Como es natural, todos mirábamos a otro lado. Leo acercó sus anteojos de acusada miopía para simular que observaba uno de los impactos con exagerada atención, pero a nadie escapó que esperaba la respuesta reveladora. Por último se volvió.

—Vamos. El responsable de la muerte del pobre hombre sabe que a mí, por lo menos a mí, no se me escapa nadie. Aparte, alguien debe haber visto algo... Recuerden que yo reintegré al calor de su hogar a Opez y Villegas, arrancándoselo de las garras al pibe Anselmo cuando lo mantenía secuestrado en el irreductible bastión de su morada: Recuerden también que lo reduje sin salir de casa y consideren que ahora me tienen de cuerpo presente, como quien dice; soy como esas novias a quienes creemos haber olvidado y con quienes nos hallamos un día, de pie, escuchando la lectura del contrato por un oficial del Registro Civil. (Escalofrantes reminiscencias en el auditorio.) Inductivamente, ya sé quién mató a Riquelme. Que se confiese el autor y ahorraremos emolumentos al Estado, que bastante caro le estoy costando.

Ni una boca dijo "ésta es la mía".

Leo se volvió a Yamada.

—Café para todos. Vamos a darles tiempo para que se decidan. Alguno hablará.

Yamada hizo un ademán de sorpresa y alarma, que se metamorfoseó en una expresión de feliz agradecimiento cuando Leo le explicó que pagaría él. Entonces pedí que se me permitiese ampliar mi opción hasta café con leche y pan y manteca. Leo hizo una generosa indicación a Yamada. El ambiente, gracias a mi acertada intervención, se hizo entonces menos tenso.

Algunos aspirantes se mostraban de buen humor por lo que significaría esa aventura para ellos, cuando sólo quedase en la memoria la confusa leyenda del escándalo; otros, graves porque trataban de aparentar que lamentaban la pérdida sufrida por la hermandad, a la cual aun eran extraños por incapacidad innata (véase José Ingenieros, "Simulación en la lucha por la vida", y otros); y otros, de jeta estirada, dispuestos a asumir la culpa por amor a la carrera.

Me volví; la vanidad es algo más digno. La rubia de los disparos había adoptado una actitud de viuda, pero su apariencia me fue difícil adjetivar. Sender meditaba sobre la honrada posibilidad de instalar un taller para la compostura de instrumentos musicales. El sastre italiano, pespunte ando una solapa, entonaba bajamente *La Madelon*, versión libre. Yamada, que por su

carácter racial se hallaba ajeno a las sospechas, desempeñaba sus funciones habituales. Faltaba el soplón, que se encontraba ausente a raíz del fuerte colapso sufrido y del cual se asistía en la Asistencia Pública, bajo vigilancia. Leo, el de la 4ª, revisaba los agujeros producidos por las balas, sin desechar su aire socarrón. El Torpe, enfurruñado porque no se le permitía aceptar el desquite que le ofreciera Sender, se dedicaba a mirar los espejos con aire ofendido. El Gato Rodríguez chupaba un escarbadientes como un fumador, su antigua costumbre. Y yo esperaba legítimamente que alguien me ofreciese un cigarrillo, porque había concluido mi café con leche, pan y manteca.

Como se ve, las cosas andaban demasiado bien para que aquella tranquilidad durase mucho. Rara vez estoy desprevenido, pero debo confesar que en esa oportunidad Leo anduvo bastante rápido. De improviso me encaró, precisamente cuando yo, que esperaba un ataque, dejaba de aparentar encontrarme distraído y confiado.

—P. H., ¿qué tiempo emplea usted para cargar, en caso de apuro, un revólver?

Para no aparentar que lo pensaba contesté en seguida. Y él comprendió, entonces, que se hallaba ante un digno adversario.

—¿Quién de los presentes puede igualar su *performance*?

El oficio de delator se cuenta entre los pocos que no he desempeñado, pero luego pensé que de cualquier manera Riquelme, el pobre, ya no podría ser perjudicado, y le hice notar honestamente que, entre los presentes, si era que se lo podía enumerar ya que nos reunía su causa, sólo admitía la supremacía, por escaso margen, del finado.

Entonces, Leo perdió pie bellamente. Lo consigno para quienes aprecian las verdaderas piezas policiales. Atacó de frente y esto lo perjudicó.

—¿Requiere larga práctica, pericia, o existe un recurso tramposo para lograrlo?

Se arrepintió de su imprudencia, pero era tarde. Yo me había refugiado, con todo derecho, en un silencio profesional, y, para demostrárselo, aparté la taza vacía del café con leche. El captó la intención y se volvió bruscamente. Un dejo de lamentable reproche tenía su voz cuando habló otra vez.

—Tengo que ganarme la vida y no encuentro más que incomprensión y susceptibilidades a mi alrededor; vine engañado con la convicción de encontrar gente dispuesta a preferir el ejercicio de la justicia, fundamento del orden en toda sociedad, y me encuentro con quienes someten a apreciaciones personales los recursos de la institución que me honra representar; alargo mi mano amiga inspirado por la solidaridad de las funciones sociales, y, precisamente, aquel en quien confío, con el que creo contar, me vuelve la espalda seducido por el ergotismo falaz del individualismo. Entonces, señores, me queda un solo camino: recojo el guante y pronuncio, como el otro: "Echada está la suerte, iguay de los

vencidos!"

Estuvo magnífico, casi académico; todos convinimos en que aquel gesto debía ser registrado por la tradición para que perdurase en los anales de "El sol naciente". Dio varios pasos con la cabeza erguida y se detuvo de espaldas a la puerta, custodiada por dos policías que descansaban ya en uno, ya en el otro pie. Su misión era la de alejar a los curiosos ocasionales y garantizar nuestra permanencia en el interior. Leo nos miró pensativo durante un tiempo y comenzó un paseo que luego se hizo largo, y, a juzgar por los resultados, bastante fructífero. Iba y venía por el local, se detenía ante alguno de nosotros, lo miraba un rato insistentemente y meneando la cabeza en señal de duda. Aquello era monótono, si no aburrido. Por eso casi nos alegramos cuando sonó el teléfono y Leo, el de la 4ª (el magnífico, como se lo llamó más tarde), se acercó al aparato. Estuvo atareado varios minutos en una conversación en la que abundaron exclamaciones, respingos de sorpresa, alaridos que exteriorizaban satisfacción y risas. Por último, colgó el auricular, y, ubicándose en una mesa como parroquiano despreocupado, pidió a Yamada una copa de coñac y un café bien caliente, para en seguida comportarse como si nos ignorase. No le he perdonado tal grosería, y me indigna recordado.

Al rato llegó un policía uniformado, portador de un envoltorio que entregó a Leo, el de la 4ª, quien extrajo de entre aquellos papeles el revólver de Riquelme y una bala. Luego se acercó a los cristales y se dedicó a curiosear ambas piezas con intrigante minuciosidad. Comprendí que todo había terminado y me dispuse a retirarme, pero él me advirtió amablemente que aun se requería mi presencia por un tiempo. No quise malherir su vanidad y me quedé. Lo que sucedió en seguida me sugirió la siguiente reflexión: se claudica amargamente a veces, y eso es lo triste; la conducta, cualquiera que sea, debe ser defendida con lucidez hasta en la desesperación.

Leo se volvió para enfrentarse con el Torpe, que, entretenido en concertar un próximo encuentro a los dados con Sender, recibió una sorpresa.

—¿Reconoce el arma empleada en el hecho que nos ocupa?

El Torpe sonrió con amargura.

—Ya no me siento seguro, señor. Me han preguntado tantas veces lo mismo y he visto esa arma tanto, que me estoy familiarizando con ella.

—¿La vio en otra ocasión, aparte de aquella en que se supone fue descargada sobre su legítimo propietario?

—Para decirlo de una vez, la vi por primera vez en este mismo lugar.

Leo le volvió la espalda antes de que terminara de hablar, para acercarse amablemente a la única dama que asistía a aquella reunión. Se inclinó ante ella mientras le mostraba el revólver en una muda pregunta, a la que respondió la señora asintiendo, mientras deslizaba su mano por los cabellos en una inequívoca muestra de coquetería.

—Ese es, señor.

Leo se irguió para mirarnos a todos como quien indica un ejemplo loable ante la incomprensión y malas formas mostradas por los demás en idénticas circunstancias. Pero yo estaba muy triste por todo y filosofaba sin interés sobre lo que veía. Leo insistió aún ante la señora.

—¿Declaró usted, señora, haberlo descargado sobre su antiguo pretendiente durante un momento de ofuscación, consecuencia del mal trato y los riesgos a que exponía a su amigo?

La rubia hizo un mohín infantil de indignación.

—Sí, señor; ya he declarado que mi actitud fue incontrolada, aunque debo manifestar que Riquelme se merecía el trato que recibió y lamento no haberle disparado la bala que lo tumbó.

Leo se apartó hasta la mesa próxima, colocó el arma y la bala ante sí y, cruzando los brazos, se quedó mirando hacia la entrada, sonriendo como si pensase en algo muy agradable. Luego anduvo unos lentos pasos, adoptó una grave expresión de condolencia y se me acercó.

—P. H., espero que no me guarde rencor. He tenido que proceder como un policía y me entristece presentir que pierda su amistad.

Le respondí con un epíteto digno del sitio de Troya, y en seguida, volviéndome con dignidad a Sender, le solicité un cigarrillo. Leo se acercó entonces hasta la puerta batiente y, golpeando los cristales, llamó la atención de los dos policías que la custodiaban para hacerles indicación de que entrasen.

Los dos uniformes se alinearon ante la puerta, y entonces Leo, el de la 4ª, se decidió bruscamente y señaló con el dedo al Torpe, casi acostado en la silla que ocupaba.

—Detengan a ese hombre.

"Defenderse con lucidez, hasta en la desesperación", me repetía yo, enamorado de mi frase, mientras la viuda gritaba por segunda vez en ese mismo café, y toda la concurrencia, salvo honrosas excepciones, se lanzaba bajo las mesas. Un espectáculo que me resigné a mirar con repugnancia.

Leo se había vuelto velozmente para indicar con el brazo extendido que se observase a la señora mientras ella evidenciaba imprudentemente su pericia, recogiendo con presteza el revólver y la bala de sobre la mesa donde los había dejado Leo, introduciendo en un tiempo casi *record* el proyectil en el tambor que, aparentemente, no era movido de su sitio. La rubia aulló:

—¡Nadie toque a ese hombre!

Y, amenazando a unos y a otros, se encaminó a la salida, escudada por el revólver. Leo hizo una indicación a los policías, que abrazaron a la señora, al tiempo que el percutor funcionaba inútilmente. Y acercándose a ella, le retiró el arma de las manos.

—Esta vez no disparó, señora, porque es un proyectil de utilería. Como todas las cosas bien pensadas, el caso es muy sencillo: nos llamaron la atención en el arma ciertas limaduras que hacían peligroso su uso por la facilidad con que

podía deslizarse el tambor; pero la intriga resistió cuatro o cinco suposiciones para mi mente policial, hasta que, basado en la comprobación pericial de que la sexta bala había sido disparada con el mismo revólver y en el hecho de que el arma no había pasado, ni por un instante, a las manos del orgulloso y hábil P. H., forzosamente debió ser disparada por usted. Entonces reconstruí: el imprudente de Riquelme puso a usted al tanto del mecanismo de su arma, sin suponer que la misma podía volverse en su contra en la primera desavenencia. Y ésta ocurrió cuando Riquelme, que se sospechaba engañado, descubrió sus relaciones clandestinas con el Torpe y, por lo tanto, no sólo se vengó cenando los animalitos favoritos de su rival, sino que se negó a continuar entregando a usted las sumas regulares. Con el propósito de culminar su venganza, vino al café, donde sabía que encontraría al Torpe, y comenzó a provocarlo, pero no contaba con que usted irrumpiría en su programa para la gresca que se traía programada, y menos previó el fin que sufriría en sus manos. Porque, cuando Riquelme volvía a cargar su arma y usted trataba de impedirselo, alguna bala debió caer o quedar sobre la mesa, bala que usted, inspirada por las circunstancias y por su conocimiento de los recursos de aquella arma, disparó matando a Riquelme con el primer disparo, para luego dedicarse a dejar huellas en las instalaciones de este acogedor café, demasiado distantes entre sí, de cinco balas, la última de las cuales entró al tambor del revólver con el procedimiento conocido. Detalle más o menos, ésta es la historia. Señora: la detengo por el asesinato de Riquelme. Búsquese atenuantes, y buena suerte.

La rubia lloró amargamente, pero no hubo nada que hacer.

A. L. PÉREZ ZELASCHI

LOS CRÍMENES VAN SIN FIRMA

ADOLFO PÉREZ ZELASCHI, nació en 1920. En 1941 publicó su primer libro de cuentos: *Hombres sobre la Pampa*. En 1946 una colección de poemas: *Cantos de Labrador y Marinero*. En 1949 obtuvo el primer premio en el concurso organizado por la Cámara Argentina del Libro, con su colección de cuentos titulada *Más Allá de los Espejos*, que mereció la "Faja de Honor" de la S. A. D. E.

En la vida, lo principal es ser inteligente. Por eso, cuando el *croupier* se llevó mis dos últimas fichas de quinientos y decidí matar a mi socio Froebel — como lo tenía meditado—, hube de hacerlo de manera inteligente. Es decir, en la misma forma como había distraído de las cuentas sociales —yo atiendo los asuntos administrativos y contables, en tanto que Froebel anda de aquí para allá ocupado con los clientes— varios miles de pesos al año, los que hasta entonces repuse realizando negocios por mi cuenta y también inteligentes.

Pero ahora Froebel sospechaba algo. En esos días lo vi revisar los libros, y cerrados con aire vacilante. Sin duda no entendía nada, porque yo complicaba a propósito la contabilidad, y él no conoce estas cosas. Con todo, dijo a Lys —nuestra secretaria, la única empleada que tenemos— que quería

revisar él mismo los resúmenes de cuenta corriente que trimestralmente nos enviaban los bancos. Tal vez él llevara alguna contabilidad sumaria como la de los almaceneros, con sólo dos columnas, una de pagos y otra de cobros, pero suficiente para mostrarle una diferencia entre el saldo real de banco y el que debiera haber: unos cuarenta mil pesos. Es decir, el importe de un Chevrolet 45, que yo había comprado en esa suma y para el cual, previos reajuste y pintura generales, tenía ya un comprador que pagaría cincuenta y tres mil pesos. Repuesto el dinero social, quedarían para mí alrededor de siete mil de ganancia. Negocios como éste había realizado muchos, y prueban que la inteligencia es lo principal para que triunfe un hombre. Lo malo es que Froebel, como digo, comenzó a sospechar. Por lo tanto, más valía prevenir que curar.

La nuestra era una sociedad a medias: de él eran los tres cuartos del capital y la totalidad de las relaciones comerciales que nos servían para ir adelante. Hubiera sido un mal negocio que se enterase de todas estas cosas y disolviera la sociedad, con lo cual desaparecerían para mí oportunidades como las que anoté. Por otra parte, Froebel no tenía más herederos que dos viejas hermanas solteras. Eran buenas amigas mías y podría convencerlas para que siguieran en sociedad conmigo. ¡Entonces sí que habría buenas ocasiones para un tipo inteligente!

Froebel se fue a Montevideo el 20 de junio, sin haber podido verificar sus sospechas, y diciéndome que estaría allí más de un mes. Por si acaso, y para ver si podía evitar darle el último pasaporte, no bien tomó el avión para Montevideo, yo hice lo mismo con el expreso a Mar del Plata. Llevé diez mil pesos, que convertí en fichas grandes y un juego que no me había fallado casi nunca: jugar fuerte a dos decenas —o columnas— luego de esperar que la restante se dé dos veces seguidas, pues casi nunca se repite la columna o decena que ya salió en dos ocasiones. Se gana poco, es cierto —la mitad de lo jugado—, pero apostando fuerte y con inteligencia, y con nervios de chino, se pueden levantar hasta cinco o seis mil pesos por noche. Salió primera y primera... Jugué. Y otra vez primera. Me llevaron las fichas y esperé un rato. Se dio tercera y tercera. Volví a jugar..., y otra vez tercera. Primera, primera... Coroné con mil..., y de nuevo primera. Y la mala racha siguió. Perdí los diez mil pesos que había traído... y el negocio del automóvil sólo se haría después que volviera Froebel de Montevideo. Ni siquiera podía buscar otro comprador, porque me habían dado seña, precisamente esos *diez mil pesos* que había perdido.

No tuve, pues, culpa en la muerte de Froebel. Las responsables fueron la ruleta y la mala suerte. Siempre me había salido "cara" la taba. Era natural que alguna vez me mostrara el otro lado.

Pero todo tiene remedio para una persona inteligente. Matar a Froebel era fácil, pero yo sería acusado en seguida y, aunque saliera indemne, nadie pasa por los juzgados del crimen sin dejar alguna sospecha para los demás. Además,

los clientes de la firma no eran amigos míos sino de Froebel, y el solo conocimiento de que me enredaban en un sumario haría que huyeran del socio supérstite como una bandada de patos del fusil del cazador. Así no me convenía la muerte de Froebel, que sólo beneficiaría a los competidores.

Pero, naturalmente, un tipo inteligente o posee recursos o los inventa. Matar a un hombre, no es difícil —cualquier *imbécil* lo hace— y si uno mata a *cualquier* persona, la policía no dará jamás con el criminal, a menos que éste deje su tarjeta de visita prendida con un alfiler en una de las solapas de la víctima. Lo que descubre a un asesino no son las pistas, ni los rastros, ni nada de eso, sino su conexión —visible, disimulada u oculta— con la víctima. Así, si después de ese *cualquiera* se liquida también a *otro cualquiera*, la policía se desorientará todavía más y, si por último, se mata a *Froebel, es otro cualquiera* y no *Froebel*, es decir, no *Froebel vinculado conmigo*, sino con los dos cualesquiera anteriores, que no poseían relación alguna conmigo, salvo la de haberlos mandado al otro mundo. y esto será así con mayor fuerza si uno deja en cada caso un rastro evidente, una marca de fábrica, digamos así, lo bastante extravagante como para que esas muertes se entrelacen *aparentemente* entre sí. Creado un vínculo artificioso entre las tres, el verdadero quedaría oculto, y con ello, oculto también el criminal. Una acusación contra mí parecería el recurso de policías desesperados por dos fracasos anteriores, pues aunque probaran alguna conexión entre la desaparición de Froebel y mi provecho, no podrían esclarecer la más remota entre éste y los dos primeros asesinados. Bien.

No recuerdo dónde leí que lo mejor para partir un cráneo como si fuera un huevo es una cachiporra flexible y barata, que se construye dando a un lienzo fuerte la forma de un tubo largo y estrecho, y llenándolo con arena de Montevideo. Así lo hice, agregándole un buen peso de municiones y una pequeña bola de plomo en el extremo. Resultó una varilla bastante pesada, pero muy cómoda para llevar atada a la cintura, donde resulta tan discreta como una monja.

Como vivo solo y salgo frecuentemente, nadie podía sorprenderse de que esa noche no volviera a mi departamento. Fui a un cinematógrafo, bebí un café después de la salida —era ya medianoche— y tomé un ómnibus cualquiera, que resultó ser el 126, pero cuyo número no elegí, y cuando éste pasaba por un barrio que me pareció solitario —Escalada y Directorio— descendí. Era una larga calle de barrio, flanqueada por casas bajas, arbolada y sombría, donde a esa hora no transitaba un alma. Caminé unas cuadras al azar. Por fin vi a un hombre que salía de un despacho de bebidas, abrigado apenas el cuello por una bufandita y sin sombrero. Lo seguí silenciosamente, pues me había puesto zapatos de suela de goma. El pobre diablo iba con frío a pesar de la tranca, las manos hundidas en los bolsillos y levantando los pies algo más de lo necesario, con ese paso livianito de los borrachos.

Pude tomar todas las precauciones, avalar lo solitario de la calle, recorrer el cierre de la correa, sopesar la cachiporra... Pobre diablo. Cayó como si se hubiese dormido mientras caminaba. Arrojé junto a él un número de "L'Europeo", revista de la cual había comprado tres ejemplares unos días antes en distintos puestos de venta, y con el mismo paso, sin apresurarme, di vuelta a la primera esquina, a la segunda, a otra más...

Los diarios de la mañana destinaron poco espacio a este crimen, los de la tarde fantasearon algo, y la policía, como lo preví, quedó a ciegas.

Ocho días después volví a prender la cachiporra bajo el abrigo, metí el segundo ejemplar de "L'Europeo" en el bolsillo, fui a otro cine, tomé otro café en otra parte, otro ómnibus, bajé en Un lugar de Villa del Parque, allá por la vieja avenida Tres Cruces, donde sólo andaban los gatos y el fino y cortante viento de la madrugada, y le hundí la cabeza a un tipo gordo y calvo, que volvía a su casa resoplando de frío y de cansancio, y sobre cuyo cadáver dejé "L'Europeo", mi marca de fábrica.

¡Entonces sí que hablaron los diarios! Desde la hipótesis de una venganza corsa, emitida por "Crítica" —para lo cual el número de "L'Europeo", a pesar de no editarse en ninguna ciudad de Córcega, le servía muy bien—, y la revelación de que existía en Buenos Aires una organización anarquista, lanzada por "El Pueblo", hasta la prueba de que se trataba de una obra de refugiados fascistas, ofrecida por "La Hora", se barajaron cien fantasías. La policía no pudo establecer conexión alguna entre un muerto y otro, ni, por tanto, entre un crimen y otro. El primero había sido un pobre diablo, tranviario jubilado, sin más familia que un perro y las botellas; el segundo resultó un catalán, propietario de una mercería en Villa del Parque, hombre acomodado, sin enemigos, casado en segundas nupcias y sin hijos.

Naturalmente, de revisar mi departamento, hubieran hallado el Otro ejemplar de "L'Europeo", la cachiporra y hasta los boletos de los ómnibus que tomé esas dos noches, pero ¿por qué habrían de hacerlo? Yo era uno más entre cinco millones de habitantes de Buenos Aires que tenían las mismas probabilidades que yo de ser sospechosos.

Entre tanto, concurría como siempre a mi oficina. Estaba preparado para esto y así en menos de una semana —sin exceder en un minuto mis jornadas habituales de labor, sin entrar a deshoras, sin licenciar a Lys— arreglé los libros de modo que, una vez muerto Froebel, nadie pudiera descubrir nada. Vivo él, sin duda comenzaría a recordar fechas, hechos y nombres que sólo conocíamos los dos, y entonces saldría a flote que los asientos y contrasientos, tal como los dejé, no eran los que él habla visto antes de viajar a Montevideo. Pero para un extraño nada quedó en los libros fuera de lo natural, o, por lo menos, de lo explicable con las normas, mejor dicho, con las triquiñuelas lícitas de que debe valerse una empresa pequeña como la nuestra, de medianos recursos, y uno de cuyos atareados socios lleva los libros.

Froebel regresó contento. Inferí que había cerrado por su sola cuenta y con su propio dinero dos o tres buenos negocios, y el que no me hablara de ellos significaba que tarde o temprano me pediría la disolución de la sociedad. Desgraciadamente para él.

Y digo desgraciadamente porque dos noches después de su llegada me aposté en la esquina de su casa, bajo las altas y heladas acacias de hojas perennes que ensombrecen la calle como grandes paraguas negros, y esperé a que saliera.

Sabía que lo hacía siempre: a las diez y media terminaba metódicamente su cena, a las once u once y cuarto se encaminaba al club, donde jugaba hasta las tres de la mañana.

Por suerte la noche era oscura, de modo que pude permanecer bajo la ancha sombra de las acacias como si esperase a alguna sirvienta que deja su trabajo después de comer. Era, por lo demás, un barrio señorial y tranquilo, de grandes casas burguesas y casi ningún peatón.

Como uno es un tipo inteligente, llevé conmigo un pequeño receptor de radiotelefonía de esos que se llevan en el bolsillo para escuchar los programas. Era una precaución más. "Vea, oficial, yo anoche me quedé en casa oyendo la radio." El oficial sonreiría: "Ah, muy interesante..." y de pronto, incisivamente: "¿Y qué es lo que oyó entre las diez y las doce?" "Espere usted... ah, sí: oí a los hermanos Abalos a las diez, y después, sí, unos discos de Alberto Castillo." "¿No recuerda cuáles?" "Sí, fueron "Charol", "Uno", también otro sobre los barrios porteños..." Esto era casi imposible saberlo sin haberlo oído, como efectivamente lo escuchaba a la máxima sordina, pegando el receptor a mi oído.

A las once —en ese momento Castillo cantaba "Charol"— se abrió la forjada puerta de hierro. Froebel se envolvió en la bufanda y echó a andar hacia la Avenida Cabildo, que centelleaba tres o cuatro cuadras más abajo. Descorrí el cierre y lo seguí. El caminaba despacio, con satisfechos y pesados pasos, gozoso de su comida y de sus vinos que, efectivamente, eran muy buenos. Ni siquiera me oyó llegar: se derrumbó lentamente, como si se acostara a dormir. Nada mejor que repetir una cosa para lograr la perfección. Dejé "L'Europeo" al lado del cuerpo y me alejé a buen paso, doblando esquina tras esquina hasta que llegué a Barrancas de Belgrano diez minutos después, y tomé un tren casi vacío. Regresé a mi casa a medianoche, sin tropezar con nadie. Al receptor y a la cachiporra los arrojé al Riachuelo.

Realmente, estaba satisfecho. Aquellos dos primeros muertos se encadenarían a éste —y al cuarto, desde luego—, de tal manera que la policía y los diarios, alucinados por la similitud aparente —mejor dicho real, pero conducente a una semejanza engañosa— de los tres casos, darían vueltas en el vacío. Yo me hallaba en la situación de cualquiera de los parientes, amigos o conocidos de Froebel. Conocía a *uno* solo de esos hombres, pero no a los otros dos. La policía buscaría al hombre relacionado *con los tres*. Ese hombre, desde

luego, no era yo. En realidad, no existía. Y si aceptaban la teoría del asesino maniático, yo, reconocidamente cuerdo, no podría ser culpado con mayor razón que tantos otros.

Todo salió como lo pensé. Interrogaron a Lys, a las hermanas de Froebel, a sus amigos, a mí, a nuestros clientes. Nada apareció. Aquel ejemplar de "L'Europeo" alucinaba a todos. Un redactor de "Noticias Gráficas" tejió una íntegra teoría en torno a él, pues, por distintos caminos, y por pura y retorcida casualidad, esos tres hombres se unían en un punto: Alemania. Froebel era alemán, de Baviera; la mujer del hermano del dueño del bar de donde salió el borracho era alemana, de Brandenburgo, y el principal fiador del mercero de Villa del Parque era también alemán, del Palatinado. En torno de eso, y mezclándolo bien con una dosis de espionaje, dos gotas sobre los funerales de Hitler, medio vaso acerca de la desvalorización del marco, otro medio sobre la República de Weimar y un poquito de Italo Balbo resultó un lindo cóctel. Esa noche la edición sexta del diario, agotada en las paradas principales, no alcanzó a llegar a muchos barrios. Al día siguiente se pagaba hasta un peso por ejemplar con la historia del "Triple misterio alemán". Yo me divertí bastante.

Naturalmente, las cosas no podían quedar así. Si Froebel era el *último* muerto, cualquier azar podría ponerme en evidencia, más cuando quedaría, según pensaba, como agente y socio a la vez de la firma. Si nadie había aprovechado las otras dos muertes, yo usufructuaría brillantemente la tercera, y eso era casi tan peligroso como pararse delante del blanco cuando un maestro tirador dispara sobre él. En esta situación —y en la mía— no conviene exponerse demasiado.

Por eso, cuando las cosas se calmaron, fabriqué otra cachiporra, y una noche de perros —lluvia y viento del este— salí de la casa para seguir el camino de siempre: Un restaurante, un cinematógrafo, un bar, un ómnibus, una calle solitaria y apagada, otra calle solitaria, en pleno Flores... Un hombre caminaba delante de mí, solo, mojado y propicio. Abrí de nuevo el cierre de la cachiporra... y entonces me iluminaron dos linternas, cuyos haces se cruzaron sobre mí. Los imbéciles de la policía me habían seguido.

* * *

—Esto es lo que confesó Juan Bernal, amigo Pérez Zelaschi, porque no tenía más remedio. Ahí terminó el caso del "Triple misterio alemán".

—¿Y esto fue todo, Leoni?

El inspector Leoni sonrió. Cuando lo hacía se parecía mucho a un Buda gordo, calmo y lustroso, pero santiagueño.

—Tres asesinatos y otro en puerta... ¿Le parecen pocos?

—No me refiero a eso sino a la pesquisa.

Estábamos en la cocina de su casa, llena, a esa hora lluviosa y caída de la tarde, por el aceitoso aroma de las tortas que freía la patrona. Leoni llenó el mate. Sólo cuando sobre la boquilla floreció un apretado copete verde, me

contestó.

—Los tipos inteligentes sólo hacen macanas: guerras, revoluciones, libros, teorías raras, crímenes, bombas atómicas... No sirven para nada, pero se creen superiores. Bernal era uno de esos. Menos mal que la humanidad está compuesta por tontos o por pobres diablos, como usted y yo... Bien. Los muchachos de la Federal estaban despistados, lo confieso. Casi tanto como el de "Noticias Gráficas". Investigaron por todos lados, tratando de relacionar al tranviario con el catalán, pero no salieron ni para atrás ni para adelante... Entonces al subcomisario de la 23 se le ocurrió que se tratara caso por caso, es decir, como si entre uno y otro no existiera lazo de unión alguno. Al jefe le pareció bien y así se hizo, al principio sin resultado. Bernal nos desorientó sólo en cuanto a los resultados, pero no alcanzó a constreñirnos a un método único. Quiso vencernos por pura teoría, pero se olvidó de que hay muchachos de la Federal que llevan treinta y cinco años en Moreno al 1500. Cuando se produjo el tercer asesinato volvimos a investigar *con los dos métodos*, es decir, tratando de vincularlo con los anteriores y también como si fuera un caso aislado. Y así supimos unas cuantas cosas: que Bernal tenía sus asuntitos, que había jugado fuerte a la ruleta (la policía del Casino es especialista en *manyamiento*), que esos pesos habían salido de una seña dada por un automóvil comprado con plata sospechosa, etc. Un sábado y un domingo enteros, dos ex inspectores de la Dirección Impositiva revisaron los libros y, como estaban sobre aviso, hallaron cosas que a cualquiera se le hubieran escapado. Nada ilegal, pero sí poco claro. Por entonces aun no sospechábamos de Bernal más que de otros, pero pronto encontramos que aquí, en el caso Froebel (no en éste y los otros dos, como Bernal supuso que pensaríamos), nos pareció el más probable asesino. Le pusimos vigilancia, y vimos que hacía algunas compras: municiones en una ferretería, dos pedazos de plomo en otra, y otras cosas raras... Raras para nosotros y en su caso, por supuesto. Esa noche —y otras que él no advirtió— yo y dos más lo seguimos. Estuvimos en el cine, el bar, el ómnibus y después, saliendo de detrás de una esquina, me puse a caminar delante de él. Y colorín, colorado, el cuento se ha terminado. Bernal se perdió por querer terminar su obra demasiado bien, con demasiada inteligencia. Un cuarto crimen quizás hubiera desviado nuestra labor. ¡Lástima que hayan levantado el presidio de Ushuaia! Está en Santa Rosa con cadena perpetua. Ahora decora lapiceras con sedas de colores. Ya ve para qué le sirvió su inteligencia. Tipo zonzo...

El mate restalló en una serie de pequeñas burbujas. Leoni lo cebó otra vez.

—¿Y la moraleja, Leoni?

Leoni volvió a sonreír, con su media sonrisa parecida a la de Hipólito Irigoyen.

—No sé... Se me ocurre que podría ser: No hay que firmar los crímenes o algo así. Ahí tiene un lindo título para un cuento.

—Me parece bueno: *Los crímenes van sin firma*. Gracias, Leoni.

MANUEL PEYROU

LA PLAYA MÁGICA

Abogado, periodista, crítico cinematográfico, MANUEL PEYROU es uno de los más destacados cultores del género policial en nuestro país. Dos obras le han bastado para asentar su prestigio: *El Estruendo de las Rosas* (novela, 1948). Y anteriormente la serie de cuentos *La Espada Dormida* (1945), que obtuvo el Premio Municipal y de la que está entresacado el relato que aquí incluimos. Peyrou nació en San Nicolás en 1902.

Las nubes corrían hacia la luna. Por una ilusión óptica —o psicológica— también la luna parecía correr y hasta humanizarse en aquel proceso dramático en que moría la tarde. Hubiérase dicho —con una suficiente concesión a la fantasía— que un impulso de voluntad personal presidía la destreza con que sorteaba los pliegues blandos y grises, que la rodeaban en un caos tenebroso y flotante. Pero todo fue en vano. Después de luchar unos minutos, la luna desapareció. Y fue tan instantáneo su eclipse que Jorge Vane, en la explanada, se sobresaltó al interrumpir este hilo pueril de pensamientos. Le quedó tiempo, sin embargo, para imaginar algo que contrariaba bruscamente la humanización anterior de ese astro; pensó, más bien, que un dios oculto y expeditivo había apagado la luna antes de irse a dormir.

El parpadeo del faro iluminó entonces el espigón a intervalos fijos. Se oyó una voz femenina que llegaba de la playa y, a los cinco minutos, Clara van Domselaar subía la escalera de la explanada. Era una joven rubia, de estatura normal, angulosa, peinada según la moda de 1900. Bajo la estilizada disposición de los cabellos, el rostro era diáfano, expresivo, con cierta gravedad en la sonrisa; sus ojos eran grandes y claros, y éste es el único dato seguro acerca de su color, pues en algunos instantes parecían verdes y en otros resultaban azules; ese conjunto regular y, si se quiere, plácido, estaba cortado por una nariz audaz, levantada, que era todo un desafío. Frente a esa nariz era forzoso admitir que en días de tormenta lloviera adentro, o que en tiempos convulsos la confundieran con un manifiesto antisemita. Al llegar a la explanada, la muchacha se volvió y saludó a Vane con la mano. Y bajo el reflejo de la tarde su pelo brilló con un lento fulgor de oro apagado, como si en él se retrasara la última luz del crepúsculo.

—Le devuelvo su libro —dijo al llegar junto a Vane—; lo terminé en pocas horas.

—¿Le interesó? —interrogó Vane.

—Me intrigó, sobre todo —contestó la joven.

—A mí no me gustan los crímenes con bombones envenenados, flechas misteriosas y otras armas inusitadas —dijo Vane—. Me parece que son al cuento policial lo que la niña huérfana a la novela rosa; en su mecanismo es visible la

mala fe...

—Sin embargo, un procedimiento complejo puede ser explicado por los conocimientos especiales que tenga el autor del crimen. Creo que usted me dijo ayer algo parecido...

—Sí. Eso me parece admisible —repuso Vane.

—Por ejemplo: si un médico quiere asesinar a alguien... —dijo la joven, arreglando una mecha rebelde de su pelo.

—A un médico le basta con equivocarse —comentó Vane.

—¡Oh, con usted no se puede hablar en serio! Le digo que conozco el caso de un médico que mató a una mujer de un modo muy sutil. Ella se iba a casar con otro. El médico tenía que aplicarle unas inyecciones. Despechado, dejó pasar unas burbujas de aire en la vena y ella murió de un síncope. Puede ser el principio de un tema, ¿no le parece? —terminó la joven con animación.

Subieron a la terraza del Casino y se sentaron en dos grandes sillones, frente a una mesa que dominaba el mar.

—Yo voy a tomar un cognac en vaso grande —dijo Clara.

—A mí tráigame un whisky con ginger ale —ordenó Vane al mozo. Luego volvió su rostro hacia la joven, que fijaba en él una limpia mirada, y continuó—: El caso del médico asesino es interesante, pero su desarrollo, que es lo que importa desde el punto de vista policial, me parece complicado...

Una animada conversación, llena de exclamaciones y risas, hizo callar a Vane. Era el general Tulio Brunelli, que subía con sus ayudantes Publio y Tito. Pomposo, con la cabeza hacia atrás, Brunelli esbozó un saludo lateral y breve y se sentó a una mesa próxima. Publio y Tito saludaron con más llaneza y se instalaron a su lado. Tito era un joven muy alto, excesivamente delgado, que caminaba con cierta flojera, como si las piernas le colgaran en vez de sostenerlo; Publio, en cambio, era muy pequeño, aplomado, con las cejas espesas y unos ojos diminutos; parecía un gnomo afeitado. El general Brunelli —hombre atezado, de regular altura, mentón enérgico y cejas pobladas —llegaba de un país que en aquel ciclo de los días se asemejó peligrosamente al Destino (por la forma de atacar), y cuya preferencia por el modo indirecto se prueba con una cicatriz que tiene Francia en la espalda. En esos tiempos de diplomacia dinámica y renovadora, el general Brunelli no ofrecía credenciales oficiales: era, simplemente, enviado personal de un gran caudillo.

El general y su séquito ocupaban todo el segundo piso del Hotel Casino; en el tercero, en dos habitaciones, vivían Jorge Vane y su secretario, Jeffries.

Como en esa época el país aún se conservaba neutral, las relaciones entre Vane y Brunelli se mantenían dentro de un plano que el primero designaba como de paz armada, "no tan amena, por supuesto, como una guerra desarmada, pero al menos tolerable". Vane, de vez en cuando, lanzaba cordiales ofensivas de buen humor que Brunelli resistía impertérrito. Hablaba, por ejemplo, de una oficina en el país de Brunelli, dedicada a investigar los hechos heroicos y los

que, gracias a una adecuada interpretación, merecían ser considerados como tales. Hábiles sabuesos, hechos en tiempos de paz a la investigación de crímenes, robos y estafas, acompañaban a los ejércitos, a la espera de cualquier actitud que mereciera una citación en la orden del día. Otros pesquisantes — psicólogos— interpretaban las reacciones físicas y morales y clasificaban y encasillaban todo acto que pudiera merecer la cruz de guerra.

Se realizaron milagros de hermenéutica con el fin de dar salida a la producción en masa de insignias y medallas. Y Vane afirmaba que Brunelli había logrado su ascenso a general en virtud de haberse retirado al trote de su bridón en el curso de aquella célebre batalla en que todo el ejército se retiró al galope. El jefe del cuerpo de pesquisantes militares calificó esta hazaña como "magnífico ejemplo de *Fuga relativa*".

—Parece que el general también escribe —dijo Clara—. He visto que estaba en el *hall* firmando unos volúmenes. ¿Se tratará de novelas policiales?

—No creo que le interesen los crímenes, salvo en gran escala. Debe tratarse de una colección de libros sobre estrategia, que ha ofrecido al gobierno para la enseñanza en los institutos técnicos. Creo que el primero se llama *La retirada como solución momentánea*, y el segundo, *Técnica del armisticio*.

—¡Oh, usted inventó esos títulos! —exclamó la Joven.

—El último de esos títulos —continuó Vane con falsa gravedad— contiene un sesudo estudio sobre las banderas de parlamento: tamaño reglamentario, forma, calidad del tafetán empleado y (detalle apasionante) facilidad y rapidez para enarbolárselas. Yo pienso que en todo esto hay un exceso de bizantinismo. Al fin y al cabo, si alguna vez la camisa de Nemrod sirvió de estandarte, cualquier otra prenda puede ser útil en la hora infausta de la entrega...

El viento barrió las grandes masas de nubes y de nuevo la luna, intensa, flotó sobre los fragmentos grises y desmadejados. Clara volvió el rostro y la plateada luz marcó la curva de su mejilla; Vane la miró y en su cara se esbozó una ligera ansiedad. Pero si algo quiso expresar, debemos suponer que lo que después dijo no era lo que pensaba.

—Creo que en Santa Ana se cometió, hace tres meses, un crimen que nadie ha logrado explicar aún —dijo, mientras llenaba de nuevo las copas—. Se ha construido con esto una leyenda, pero yo no he conseguido que nadie me relate los hechos con claridad.

—Sí. El asesinato de Laurentino Azevedo, padre de mi amiga Delia —respondió Clara—, Conozco los detalles. Azevedo fue muerto de un balazo en la espalda el día primero de octubre. El crimen se descubrió a la mañana siguiente. La bala entró por la espalda y se incrustó, después, en el reloj de Azevedo, que se detuvo. Marcaba las once. La policía sospechó en seguida de Ricardo Grollmann, sobrino de Azevedo, porque se encontró en la casa un sombrero de

su propiedad. Además, se supo entonces que Delia no era más que hija adoptiva de Azevedo y que éste pensaba hacer testamento el día siguiente; se proponía desheredar a Ricardo y legar su fortuna a Delia. Ricardo fue detenido y, después de largo interrogatorio, confesó su crimen. Sin embargo, el comisario Velho de Barbosa —hombre muy hábil— observó que Ricardo había estado en el club la noche del crimen desde las diez y media hasta las doce. Más de veinte personas atestiguaron el hecho. Ante esa comprobación, volvió a interrogar a Ricardo y éste, finalmente, dijo la verdad: él no era el asesino de Azevedo, pero había confesado para salvar a alguien.

—¿Dijo el nombre de esa persona? —interrogó Vane, encendiendo un cigarrillo.

—No. Afirmó, además, que no lo diría por nada en el mundo. El hecho es que actualmente la investigación está paralizada.

En ese momento, Marco, otro de los hombres del séquito de Brunelli, salió con paso vivo del Casino y se dirigió a la mesa de su jefe. Era un hombre de regular estatura, nada corpulento pero fuerte, que causaba la impresión (indefinible, ya que no se basaba en nada concreto) de ser menos temperamental que sus compañeros. Habló unos instantes con el general Brunelli, que le contestó en forma enérgica, y luego saludó y giró sobre sus talones. Al pasar frente a Vane, éste vio en su rostro una brusca palidez, que acentuó sus rasgos finos y el brillo de sus ojos negros.

—Tengo una impresión curiosa —dijo Vane a Clara, que lo miraba con asombro—; me parece que estamos viviendo en dos planos a la vez. Uno es el del asesinato de Azevedo, que usted me ha relatado tan concisamente; otro pudiera ser el de la génesis de algo extraño, que posiblemente ya está en marcha en este instante.

—¡Qué original! —dijo Clara, que exageraba cortésmente la impresión que le suscitaban las paradojas de Vane.

—No tanto. Ya los judíos llamaban Gnosis al conocimiento intuitivo de los misterios. Siempre he pensado que los terapeutas y los eremitas eran los *detectives* del más allá. Pero yo prefiero a veces estar de este lado y razonar. Usted dijo que Ricardo estaba en el club desde cerca de una hora antes que el crimen se cometiera. Bien. También me dio una escueta versión de los hechos. Pero me gustaría saber algo del carácter de Azevedo y de sus costumbres.

—Era un anciano maniático, dueño de una famosa colección de relojes de todas las épocas y estilos. También coleccionaba otros objetos, pero los relojes constituían su pasión. Creo que la colección se compone de quinientos ejemplares.

Vane aspiró profundamente el humo del cigarrillo y miró hacia el espigón. La luz de la luna, borradas ya las últimas nubes, caía sobre la suave rampa arenosa y sobre el largo brazo de piedra donde rompían las olas; atrás, como en una decoración teatral, aparecía el faro, muy nítido.

—Es curioso que en un crimen cuya coartada es una cuestión de tiempo aparezca un coleccionista de relojes, ¿no le parece? —dijo Vane mirando hacia la playa.

—Sí. Pero no olvide que Ricardo había confesado y que la coartada funcionó al revés, pues lo obligó a declararse inocente —aclaró la joven.

—Es verdad. De todos modos, no se habrá hecho lo suficiente si no se especula sobre esta faz del problema. Conviene, también, indagar el espíritu del coleccionista. Este no ama las cosas con amor de hombre común, sino de don Juan, ¿no lo cree usted? Es, a un tiempo, apasionado y versátil. También es cruel. Una inexperta estampilla del Uruguay no debe hacerse ilusiones con su dueño; es muy posible que pronto sea engañada con otra del Congo Belga. La verdad es que las cosas no tienen trascendencia por sí mismas; sólo pueden satisfacer la pasión del coleccionista mediante la acumulación de ejemplares. Y mientras más ejemplares tiene un coleccionista menos atención presta a cada uno. No le preocupa, además —y esto no deja de ser interesante—, el destino para que fue fabricada una cosa. Si un hombre tiene un reloj es para saber la hora; si tiene quinientos, es probable que pida la hora a la telefonista.

—¿Qué quiere demostrar usted? —interrogó Clara, levantándose. Dio unos pasos por la explanada. Y volvió a sentarse.

—Quiero insinuar que un hombre que tiene quinientos relojes no se preocupa de un simple reloj.

—¿Entonces? —insistió Clara, que parecía vislumbrar la solución.

—Creo que Azevedo hizo algo o dejó de hacer algo que favoreció un error cometido por Barbosa. Ahora necesito su colaboración. El día del crimen o el día anterior, ¿hubo algún cambio en la hora oficial?

—Sí —dijo Clara, con alivio—; el primero de octubre empezó a regir el atraso de la hora.

—Entonces el asunto es claro. Azevedo se olvidó de atrasar la hora. Ricardo lo mató a las once del horario anterior y llegó al club a las diez y cuarto o diez y veinte del actual. Pero no se dio cuenta de la coartada que el destino le ofrecía, y cuando lo abrumaron a preguntas, confesó. Barbosa descubrió la contradicción y, en un exceso de celo, imaginó que Ricardo mentía para salvar a alguien. Cuando volvió a interrogar al detenido y le hizo notar la falsedad de su declaración, Ricardo pescó al vuelo la coartada que el *detective* le facilitaba y la utilizó para desdecirse. ¡Pero ya decía yo que estábamos en dos planos a la vez! ¡Venga conmigo al otro lado!

—¿A qué lado? No entiendo —balbuceó Clara—. ¿Cómo quiere que vaya al otro lado?

—¡Es fácil, corra conmigo hacia la playa!

Clara se levantó y miró hacia el mar. En la mitad del espigón estaban dos hombres. Uno era de estatura elevadísima; el otro, muy pequeño. A la distancia se percibieron los movimientos de una animada discusión o de una

lucha; un segundo después, sonó un tiro y el gigante cayó.

Vane y Clara bajaron la escalera y corrieron hacia la playa. Con instintivo impulso, Vane miró hacia atrás: el general Brunelli también corría, junto a los hombres de su séquito. Durante dos largos minutos, Clara y el joven hundieron trabajosamente sus pies en la arena y su marcha se hizo más lenta; Brunelli y sus compañeros los alcanzaron, y todos se detuvieron al principio de la rampa. Tenía un suave declive y por ella se subía al espigón. Entonces vieron que dos personas se les habían adelantado: un pescador llamado Bautista, que tenía su negocio cerca del Casino, y el capitán Marco. Bautista hablaba animadamente. Decía:

—¡Un enano mató a Petersen! ¡Le aseguro!

Y Marco, después de leve vacilación:

—Por más enano que sea tiene que haber salido por alguna parte...

—¡Era como él! ¡Era como él! —gritó el pescador, señalando a Publio desde arriba.

—¡Mida sus palabras! —gritó el jefe—. Publio ha estado conmigo todo el tiempo y hemos presenciado el hecho desde lejos.

—Así es —completó Vane—. Yo puedo atestiguarlo.

Se disponían a cruzar la franja final de arena que los separaba del espigón cuando Vane los contuvo gritando:

—¡Por favor! ¡Deténganse! ¡De aquí en adelante no hay más que tres clases de huellas!

Entonces vieron que, en efecto, el acceso al espigón sólo ofrecía las huellas ascendentes de tres personas. La marea de la tarde había alisado esa parte de la playa, y nadie había caminado por allí hasta que el gigante Petersen subió para encender la luz del faro. Las huellas restantes eran las de Bautista y Marco.

El hombre asesinado —Joannes Petersen— era el cuidador del faro; exánime y tendido en las piedras, no modificaba de ningún modo la impresión de gigantismo producida a la distancia; sus manos eran enormes, así como sus pies y su cabeza. Pronto el grupo se ensanchó con la gente que llegaba de la playa; arreciaron las conjeturas y las exclamaciones y, con cierto impresionante y lento formalismo, la autoridad se hizo cargo del asunto.

Esa noche, después de la cena, Vane caminó por la playa desierta durante media hora; nadie supo la naturaleza de sus pensamientos, pero es lógico imaginar que eran confusos y heterogéneos. Cuando volvió al Casino encontró a Clara, seguida de varios jóvenes, como un cometa y su estela. Pensó retirarse, pero ello lo alcanzó.

—¿Se sabe ya algo concreto?

—Nada más concreto que un enano —repuso Vane.

Llegaron al bar, se sentaron en dos altos bancos frente al mostrador, y Vane pidió al mozo dos *whiskies*.

—Usted parece preocupado... —dijo Clara.

—Sí. Me parece que éste no es un asunto de orden interno ni un crimen vulgar. Estoy seguro de que es casi un acto de guerra.

—¡Un acto de guerra! —exclamó la joven.

—¿Ha encontrado usted alguna vez un hombre apasionadamente renego?
—continuó Vane.

—¡Apasionadamente renego! ¡Qué desatino!

—¿Qué me dice usted del exaltado lirismo de los tullidos? —prosiguió Vane imperturbable—. ¿La vida interior de los tuertos no le resulta apasionante? Debe ser curiosa esa impresión de mirar siempre el mundo por el ojo de la cerradura.

—No entiendo su idea.

—Hoy he visto un hombre muy pequeño, en cuyos ojos sorprendí reflejos de una astucia diabólica; era un cuerpo minúsculo y contrahecho, pero allí estaba concentrada un alma potente y audaz. Se me ocurrió que era un alma demasiado grande para ese cuerpo y que lo rebasaba. Y se le escapaba, no sólo por el aliento, sino por los ojos y hasta por las manos. Yo creo que el alma luchaba por hacer que el cuerpo del hombre creciera unos veinte centímetros... Sin embargo, sé muy bien que Publio no es el asesino; yo mismo lo vi correr detrás de nosotros en el muelle.

—Aparte de crecer, ¿qué otra cosa puede hacer un enano para salvarse? —dijo bruscamente Clara, con una expresión entre enigmática y soñadora.

Jorge Vane olvidó pronto sus confusas ideas acerca de la relación entre alma y cuerpo, o entre continente y contenido, y se dedicó a buscar por todas partes al exiguo y misterioso asesino de Petersen. Pasó revista a todos los *homunculi*, reales o imaginarios, de que tenía noticia y caminó largamente por la playa, mientras Clara jugaba en las mesas de ruleta o bailaba en el salón del Casino. Transcurrieron veinticuatro horas y Vane no encontró, entre las personas que habitaban el lugar, ningún hombre o mujer que respondieran, ni remotamente, a la imagen entrevista en el muelle. Sólo Publio, nervioso secuaz del general Brunelli, era de la talla del asesino, pero todo el mundo podía jurar que durante el hecho estuvo junto a su jefe, frente a la mesa de la terraza.

Al atardecer llegó a la capital el inspector Velho de Barbosa y se hizo cargo de la pesquisa. Era un hombre delgado, con nariz de pájaro y ojos pequeños y vivos. Conocía su oficio y tardó pocos minutos en recoger los elementos esenciales de toda investigación. En una transitoria oficina, instalada en un pequeño salón del Casino, recibió las declaraciones de los testigos y conversó largamente con Jorge Vane.

—Esta mañana recibí un telegrama de mi gobierno. Me ordena volver de inmediato —dijo Vane, de cara a la ventana y con la vista fija en el muelle—; sin embargo, me gustaría saber algo antes de salir. Tengo la seguridad de que esto

tiene algo que ver con la guerra y que se trata de un asunto de espionaje.

—¿En qué basa usted su idea?— inquirió el falcónido inspector.

—Anoche pasó por aquí un convoy de sesenta barcos mercantes, acompañados por tres cruceros. Suponga usted que la señal convenida para avisar a los submarinos fuera la interrupción de la luz del faro. El espía fue al muelle con ese propósito, pero el gigante Petersen se interpuso. El asesino, después, no pudo consumar su propósito por falta de tiempo.

Barbosa no contestó y Vane miró hacia la playa. A diferencia de la noche anterior, en que las nubes y la luna luchaban entre sí por el dominio del cielo, esta vez el astro monótono flotaba plácidamente en un cielo oscuro y vacío.

Hubo un silencio, cortado por un creciente murmullo exterior. La puerta se abrió y apareció Clara. Estaba vestida con un traje azul, de mangas cortas, y su piel, quemada por el sol, parecía más oscura que de costumbre. Sus ojos claros brillaban.

—Tengo un indicio —dijo, ante el gesto contrariado del inspector, que indudablemente no toleraba la intromisión femenina en asuntos de la burocracia policial—; pero no sé en contra o en favor de quién es el indicio.

—¿De qué se trata? —interrogó Vane.

—Se trata de esto: desde ayer por la tarde, después del asesinato, Marco no abandona al pequeño Publio. Está a su lado todo el tiempo, como para evitar que cometa alguna indiscreción o arriesgue alguna palabra comprometedora.

—Hemos hablado tanto de que un pigmeo mató a Petersen que es muy posible que también Marco sospeche de Publio —comentó el inspector.

—Publio está descartado —objetó Vane—; estaba junto a nosotros cuando ocurrió el crimen. Además, sólo Marco y Bautista estuvieron en el espigón después que Petersen. Lo hemos comprobado por las huellas. El hombre de Liliput que mató a Petersen tuvo que llegar allí de un modo casi mágico.

—¿Y si hubiera llegado en una lancha? —propuso el inspector, pedestre—. Un barco más grande podría esperarlo mar afuera. Un barco... o un submarino,

—Imposible —dijo Vane—. A una milla de la playa los arrecifes y los bajos de Punta Delgada se unen con los que salen de Cabo Lammont. Anoche estuve estudiando eso. Toda esta parte del mar es, en realidad, un gran lago. No hay cómo entrar ahí, ni aún en un bote de poco calado.

—Entonces me rindo —dijo Barbosa—. En muchas millas a la redonda no hay un hombre que responda a las características del que mató a Petersen.

—Ahí van —dijo Clara acercándose a la ventana—. Miren ustedes: Marco no abandona al pigmeo.

Miraron hacia la playa y vieron a Marco caminando junto a Publio. El enano avanzaba rápidamente, como si quisiera desasirse de Marco, pero éste no

le perdía pisada. Cuando llegaron frente a la ventana el inspector los detuvo:

—¿Quieren ustedes hacerme el favor de llamar a su jefe? Necesito hablar con él.

—Yo iré —dijo con decisión el pequeño Publio.

—Yo lo acompañaré —agregó Marco, y salió disparando junto a Publio.

El inspector, Vane y Clara se quedaron estupefactos. Luego Vane dijo:

—Voy a buscar inspiración junto a un vaso de cualquier cosa. ¿Me acompañan?

Salieron y bajaron a la explanada. Buscaron la misma mesa de la noche anterior y se sentaron. A los dos minutos apareció Brunelli y se detuvo frente a Vane.

—Me ha parecido que ustedes sospechan de mi ayudante Publio. Esa sospecha es incalificable.

—No la califique...

El general esbozó un gesto de impotencia, cerró los puños, contuvo una exclamación y siguió su marcha. Atrás pasaron Publio y Marco, en silencio y muy juntos. Y los diminutos ojos de Publio brillaban bajo la espesura de unas cejas tan frondosas que parecían haber crecido desde la noche anterior.

—Ya que no encontramos solución a este problema, hablemos de otros —dijo Vane, dirigiéndose al inspector—. Usted intervino, según creo, en el caso Azevedo.

—Así es —repuso Barbosa—. Un hombre, Ricardo Grollmann, confesó un crimen para salvar a alguien. Nunca logramos averiguar a quién encubría, pero la falsedad de la confesión se demostró después.

—Era una verdadera confesión —dijo Vane—; lo descubrimos anoche con Clara.

—No sea modesto; lo descubrió usted —cortó Clara, sin volver el rostro. Estaba mirando con atención hacia la playa y su perfil, en la dilusoria luz de la tarde, parecía más agudo aún e increíble.

Ante el agradecido asombro de Barbosa, Vane repitió su razonamiento de la noche anterior, mediante el cual se probaba que Grollmann era el asesino de Azevedo.

—Lo que tengo que hacer —dijo Barbosa— es comprobar si otros relojes de la colección dejaron de ser adelantados.

—Después de tres meses todos los relojes se habrán detenido, o alguien los habrá adelantado —opinó Vane.

—Es cierto. Este es un verdadero contraste en mi carrera policial...

—¿Contraste? —dijo Clara con animación—. Usted se refiere a la acepción de contratiempo, ¿no es así? No es lo mismo...

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó Barbosa, acercando su nariz de pájaro. Las cejas, habitualmente obstinadas, se le enarcaron de asombro.

—Debí haberlo pensado —terció Vane—; pero los honores serán para

usted, Clara.

—¿De qué están hablando ustedes? —volvió a interrogar Barbosa, ya en tono suplicante.

—¿Cómo se le ocurrió? —preguntó Vane, sin hacer caso de Barbosa.

—Quizá por esa palabra que usted dijo anoche: la Gno... este... la Gnosis, creo —contestó Clara con humildad ficticia.

—Señor Vane: con todo el respeto que ustedes merecen, me veo obligado a sugerir que las bromas combinadas para enardecer a un funcionario correcto, que dedica todos sus afanes... —empezó Barbosa en el colmo del desconcierto.

—Tranquilícese —cortó Vane—; no se trata de bromas. Sencillamente, cuando estábamos hablando del caso Azevedo, volvimos al caso Petersen. Eso es todo. Y creo que gracias a Clara van Domselaar esta noche usted podrá detener al asesino del gigante.

—Entonces, ¿quién es el asesino?

—¡No lo sabemos. Sólo sabemos quién no es el asesino.

—Espero comprenderlos a ustedes mejor dentro de un rato —terminó Barbosa alejándose ofuscado.

Un viento destemplado empezó a soplar desde la playa y Clara estornudó. Hubo un instante de silencio y luego Clara estornudó nuevamente. — ¡Qué nariz más incómoda! —dijo, sacando un minúsculo pañuelo.

—Nunca he pensado en la comodidad de las narices —repuso Vane—, pero sé que la suya es audaz y define su carácter. Desde que llegué aquí he estado pensando decirle algo que usted me sugiere, pero me contienen algunas cosas inútiles y terribles: las guerras, las distancias, la misión que debo cumplir, el viaje que inicio mañana...

Clara no contestó. Miró de frente a Vane y ninguna sombra empañó el metal impenetrable de sus ojos. Luego dijo con lentitud:

—¿Qué solución le damos a Barbosa?

—Es fácil: todo depende de un detalle que observaré luego. Vamos a citar a todos en la oficina de Barbosa para dentro de media hora.

A la hora fijada estaban en el despacho de Barbosa, Jorge Vane, Clara, el general Brunelli, Publio, Marco y Tito. Las ventanas abiertas dejaban pasar una brisa cada vez más fría. Algunas nubes de tormenta se acercaban a la luna. Poco a poco, el cielo de esa noche se iba pareciendo al de la noche anterior. La luz del faro empezó a iluminar el espigón.

—Señores —dijo Vane, ofreciendo cigarrillos a izquierda y derecha—: éste parecía ser un asunto sin pies ni cabeza, pero me he convencido de que anoche hubo, de ambas cosas, la cantidad necesaria: pies para llegar al espigón y cabeza para aprovechar una coartada excelente.

El diminuto Publio enrojeció, y los ojos casi se le perdieron en la maraña de las cejas.

—¿Usted no insinúa que mi investidura está comprometida en este asunto, no es así? —inquirió el general con pomposa lentitud.

—No —repuso Vane—. El crimen se cometió, por decido así, a sus espaldas. Como yo lo adelanté al comisario Barbosa, anoche pasó por aquí un convoy de sesenta barcos. Ayer, por la línea del Ferrocarril de Magnolia y Noroeste, llegó del Sur un hombre con instrucciones para comunicar la noticia a los submarinos que operan al norte del Cabo Lammont. La señal era una interrupción en la haz del faro. Pero ese hombre debió partir antes de la noche, debido a una nueva misión, más urgente, que se le encargó por telégrafo. Entonces decidió confiar el asunto a otra persona: el enano que todos vimos en el espigón.

Los ojos de Publio ardieron como dos brasas diminutas. Hizo un gesto hacia Vane, pero Brunelli lo contuvo con la mano. El general se adelantó hacia el joven y dijo:

—Esta expectativa es enervante. Dígame usted si es posible que Publio estuviera al mismo tiempo conmigo y matando a Petersen.

—Sólo en un sentido visual —repuso el joven—. Y nuestra excursión a Liliput fue decepcionante. Aquí hubo una peregrina coartada, basada en una ley de la perspectiva. Hace un tiempo, en este mismo lugar, se produjo un crimen, y la coartada resultó un asunto de tiempo: anoche fue cuestión de espacio. Petersen medía exactamente dos metros con tres centímetros. A su lado, y a cien metros de distancia, bajo la luz de la luna y contra el resplandor del faro, cualquier hombre de estatura normal resulta enano. Cuando el pescador Bautista formuló en una frase la ilusión colectiva, todos nosotros lo seguimos en el error, sin detenernos a analizar los hechos. Pero el asesino era un aficionado y perdió finalmente los estribos: se dedicó a exagerar la coartada, a parecer más alto de lo que es, a caminar todo el tiempo al lado de...

En ese instante, todos notaron que alguien había salido sigilosamente; la puerta quedó abierta y una corriente de aire dispersó los papeles de la mesa; Vane y Clara miraron hacia la explanada y vieron a Marco que corría por la playa.

—Esto compromete mi honor: nosotros no somos espías —dijo Brunelli conmovido—. Haré castigar al culpable.

—Creo que no es necesario —repuso Vane. Marco se había detenido; en su mano brilló un revólver y, un segundo después, sonó un disparo; su cuerpo, al desplomarse, se convirtió en un punto negro en la playa mágica.

—Ahora tiene la estatura de la muerte —dijo Clara mirando a Vane con ojos inexpresivos.

—No —repuso éste—; ahora ha logrado una estatura de hombre.

W. I. EISEN

JAQUE MATE EN DOS JUGADAS

W. I. EISEN es el seudónimo de un prolífico escritor policial a quien se deben numerosos cuentos, y las siguientes novelas: *Tres Negativos para un Retrato*, *Manchas en el Río Bermejo*, *La Tragedia de los Cinco Círculos*, *La Tragedia del Cero*. Ha hecho incursiones en la Televisión con sus *Cuentos de suspenso*, y en el cine con la adaptación de *Tres Negativos para un Retrato*.

Yo lo envenené. En dos horas quedaba liberado. Dejé a mi tío Néstor a las veintidós. Lo hice con alegría. Me ardían las mejillas. Me quemaban los labios. Luego me serené y eché a caminar tranquilamente por la avenida en dirección al puerto.

Me sentía contento. Liberado. Hasta Guillermo resultaba socio beneficiario en el asunto. ¡Pobre Guillermo! ¡Tan tímido, tan mojigato! Era evidente que yo debía pensar y obrar por ambos. Siempre sucedió así. Desde el día en que nuestro tío nos llevó a su casa. Nos encontramos perdidos en el palacio. Era un lugar seco, sin amor. Únicamente el sonido metálico de las monedas.

—Tenéis que acostumbraros al ahorro, a no malgastar. ¡Al fin y al cabo, algún día será vuestro! —bramaba. Y nos acostumbramos a esperarlo.

Pero ese famoso y deseado día se postergaba, pese a que tío sufría del corazón. Y si de pequeños nos tiranizó, cuando crecimos colmó la medida.

Guillermo se enamoró un buen día. A nuestro tío no le agradó la muchacha. No era lo que ambicionaba para su sobrino.

—Le falta cuna..., le falta roce... , ¡Puaf! Es una ordinaria... —sentenció.

Inútil fue que Guillermo se prodigara en encontrarle méritos. El viejo era terco y caprichoso.

Conmigo tenía otra suerte de problemas. Era un carácter contra otro. Se empeñó en doctorarme en bioquímica. ¿Resultado? Un perito en póquer y en carreras de caballos. Mi tío para esos vicios no me daba ni un centavo. Debí exprimir la inventiva para birlarle algún peso.

Uno de los recursos era aguantarle sus interminables partidas de ajedrez; entonces cedía cuando le aventajaba para darle ínfulas, pero él, en cambio, cuando estaba en posición favorable alargaba el final, anotando las jugadas con displicencia, sabiendo de mi prisa por disparar al club. Gozaba con mi infortunio saboreando su coñac.

Un día me dijo con aire de perdonavidas:

—Observo que te aplicas en el ajedrez. Eso me demuestra dos cosas: que eres inteligente y un perfecto holgazán. Sin embargo, tu dedicación tendrá su premio. Soy justo. Pero eso sí, a falta de diplomas, de hoy en adelante tendré de ti bonitas anotaciones de las partidas. Sí, muchacho, llevaremos sendas libretas con las jugadas para cotejarlas. ¿Qué te parece?

Aquello podría resultar un par de cientos de pesos, y acepté. Desde

entonces, todas las noches, la estadística. Estaba tan arraigada la manía en él, que en mi ausencia comentaba las partidas con Julio, el mayordomo.

Ahora todo había concluido. Cuando uno se encuentra en un callejón sin salida, el cerebro trabaja, busca, rebusca, escarba. Y encuentra. Siempre hay salida para todo. No siempre es buena. Pero es salida.

Llegaba a la Costanera. Era una noche húmeda. En el cielo nublado, alguna chispa eléctrica. El calorcillo mojaba las manos, reseca la boca.

En la esquina, un policía me encabritó el corazón. El veneno, ¿cómo se llamaba? Aconitina. Varias gotitas en el coñac mientras conversábamos. Mi tío esa noche estaba encantador. Me perdonó la partida.

—Haré un solitario —dijo—. Despaché a los sirvientes... ¡Hum! Quiero estar tranquilo. Después leeré un buen libro. Algo que los jóvenes no entienden... Puedes irte.

—Gracias, tío. Hoy realmente es... sábado.

—Comprendo.

¡Demonios! El hombre comprendía. La clarividencia del condenado.

El veneno surtía un efecto lento, a la hora, o más, según el sujeto. Hasta seis u ocho horas. Justamente durante el sueño. El resultado: la apariencia de un pacífico ataque cardíaco, sin huellas comprometedoras. Lo que yo necesitaba. ¿Y quién sospecharía? El doctor Vega no tendría inconveniente en suscribir el certificado de defunción. No en balde era el médico de cabecera. ¿Y si me descubrían? Imposible. Nadie me había visto entrar al gabinete de química. Había comenzado con general beneplácito a asistir a la Facultad desde varios meses atrás, con ese deliberado propósito. De verificarse el veneno faltante, jamás lo asociarían con la muerte de Néstor Álvarez, fallecido de un síncope cardíaco. ¡Encontrar unos miligramos de veneno en setenta y cinco kilos, imposible!

Pero, ¿y Guillermo? Sí. Guillermo era un problema. Lo hallé en el *hall* después de preparar la "encomienda" para el infierno. Descendía la escalera, preocupado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté jovial, y le hubiera agregado de mil amores: "¡Si supieras, hombre!"

—¡Estoy harto! —me replicó.

—¡Vamos! —Le palmoteé la espalda—. Siempre estás dispuesto a la tragedia...

—Es que el viejo me enloquece. Últimamente, desde que volviste a la Facultad y le llevas la corriente en el ajedrez, se la toma conmigo. Y Matilde...

—¿Qué sucede con Matilde?

—Matilde me lanzó un ultimátum: o ella, o tío.

—Opta por ella. Es fácil elegir. Es lo que yo haría...

—¿Y lo otro?

Me miró desesperado. Con brillo demoníaco en las pupilas; pero el pobre

tonto jamás buscaría el medio de resolver su problema.

—Yo lo haría —siguió entre dientes—; pero, ¿con qué viviríamos? Ya sabes cómo es el viejo... Duro, implacable. ¡Me cortarían los víveres!

—*Tal vez las cosas se arreglen de otra manera...* —insinué bromeando—. ¡Quién te dice...!

—¡Bah!... —sus labios se curvaron con una mueca amarga—. No hay escapatoria. Pero yo hablaré con el viejo sátiro. ¿Dónde está ahora?

Me asusté. Si el veneno resultaba rápido... Al notar los primeros síntomas podría ser auxiliado y...

—Está en la biblioteca —exclamé—, pero déjalo en paz. Acaba de jugar la partida de ajedrez, y despachó a la servidumbre. ¡El lobo quiere estar solo en la madriguera! Consuélate en un cine o en un bar.

Se encogió de hombros.

—El lobo en la madriguera... —repitió. Pensó unos segundos y agregó, aliviado—: Lo veré en otro momento. Después de todo...

—Después de todo, no te animarías, ¿verdad? —gruñó salvajemente.

Me clavó la mirada. Por un momento centelleó, pero fue un relámpago.

Miré el reloj: las once y diez de la noche.

Ya comenzaría a surtir efecto. Primero un leve malestar, nada más. Después un dolorcillo agudo, pero nunca demasiado alarmante. Mi tío refunfuñaba una maldición para la cocinera. El pescado indigesto. ¡Qué poca cosa es todo! Debía de estar leyendo los diarios de la noche, los últimos. Y después, el libro, como gran epílogo. Sentía frío.

Las baldosas se estiraban en rombos. El río era una mancha sucia cerca del paredón. A lo lejos luces verdes, rojas, blancas. Los automóviles se deslizaban chapoteando en el asfalto.

Decidí regresar, por temor a llamar la atención. Nuevamente por la avenida hacia Leandro N. Alem. Por allí a Plaza de Mayo. El reloj me volvió a la realidad. Las once y treinta y seis. Si el veneno era eficaz, ya estaría todo listo. Ya sería dueño de millones. Ya sería libre... Ya sería... , *ya sería asesino.*

Por primera vez pensé en el adjetivo substantivándolo. Yo, sujeto, iasesino! Las rodillas me flaquearon. Un rubor me azotó el cuello, subió a las mejillas, me quemó las orejas, martilló mis sienas. Las manos traspiraban. El frasquito de aconitina en el bolsillo llegó a pesarme una tonelada. Busqué en los bolsillos rabiosamente hasta dar con él. Era un insignificante cuentagotas y contenía la muerte; lo arrojé lejos.

Avenida de Mayo. Choqué con varios transeúntes. Pensarían en un beodo. Pero en lugar de alcohol, sangre.

Yo, asesino. Esto sería un secreto entre mi tío Néstor y mi conciencia. Un escozor dentro, punzante. Recordé la descripción del tratadista: "En la lengua, sensación de hormigueo y embotamiento, que se inicia en el punto de contacto para extenderse a toda la lengua, a la cara y a todo el cuerpo."

Entré en un bar. Un tocadiscos atronaba con un viejo *rag-time*. Un recuerdo que se despierta, vive un instante y muere como una falena. "En el esófago y en el estómago, sensación de ardor intenso." Millones. Billetes de mil, de quinientos, de cien. Póquer. Carreras. Viajes... "Sensación de angustia, de muerte próxima, enfriamiento profundo generalizado, trastornos sensoriales, debilidad muscular, contracturas. Impotencia de los músculos."

Habría quedado solo. En el palacio. Con sus escaleras de mármol. Frente al tablero de ajedrez. Allí el rey, y la dama, y la torre negra. Jaque mate.

El mozo se aproximó. Debió sorprender mi mueca de extravío, mis músculos en tensión, listos para saltar.

—¿Señor?

—Un coñac...

—Un coñac... —repitió el mozo—. Bien, señor —y se alejó.

Por la vidriera la caravana que pasa, la misma de siempre. El tictac del reloj cubría todos los rumores. Hasta los de mi corazón. La una. Bebí el coñac de un trago.

"Como fenómeno circulatorio, hay alteración del pulso e hipotensión que se derivan de la acción sobre el órgano central, llegando, en su estado más avanzado, al síncope cardíaco..." Eso es. El síncope cardíaco. La válvula de escape.

A las dos y treinta de la mañana regresé a casa. Al principio no lo advertí. Hasta que me cerró el paso. Era un agente de policía. Me asusté.

—¿El señor Claudio Álvarez?

—Sí, señor... —respondí humildemente

—Pase usted... —indicó, franqueándome la entrada.

—¿Qué hace usted aquí? —me animé a farfullar.

—Dentro tendrá la explicación —fue la respuesta, seca, torpona.

En el *hall*, cerca de la escalera, varios individuos de uniforme se habían adueñado del palacio. ¿Guillermo? Guillermo no estaba presente.

Julio, el mayordomo, amarillo, espectral, trató de hablarme. Uno de los uniformados, canoso, adusto, el jefe del grupo por lo visto, le selló los labios con un gesto. Avanzó hacia mí, y me inspeccionó como a un cobaya.

—Usted es el mayor de los sobrinos, ¿verdad?

—Sí, señor... —murmuré.

—Lamento decirselo, señor. Su tío ha muerto... asesinado —anunció mi interlocutor. La voz era calma, grave—. Yo soy el inspector Villegas, y estoy a cargo de la investigación. ¿Quiere acompañarme a la otra sala?

—¡Dios mío! —articulé anonadado—. ¡Es inaudito!

Las palabras sonaron a huecas, a hipócritas. (*¡Ese dichoso veneno dejaba huellas! ¿Pero cómo... cómo?*)

—¿Puedo... puedo verlo? —pregunté.

—Por el momento, no. Además, quiero que me conteste algunas

preguntas.

—Como usted disponga... —accedí azorado.

Lo seguí a la biblioteca vecina. Tras él se deslizaron suavemente dos acólitos. El inspector Villegas me indicó un sillón y se sentó en otro. Encendió con parsimonia un cigarrillo y con evidente grosería no me ofreció ninguno.

—Usted es el sobrino... Claudio. —Pareció que repetía una lección aprendida de memoria.

—Sí, señor.

—Pues bien: explíquenos qué hizo esta noche.

Yo también repetí una letanía.

—Cenamos los tres, juntos como siempre. Guillermo se retiró a su habitación. Quedamos mi tío y yo charlando un rato; pasamos a la biblioteca. Después jugamos nuestra habitual partida de ajedrez; me despedí de mi tío y salí. En el vestíbulo me topé con Guillermo que descendía por las escaleras rumbo a la calle. Cambiamos unas palabras y me fui.

—Y ahora regresa ...

—Sí...

—¿Y los criados?

—Mi tío deseaba quedarse solo. Los despachó después de cenar. A veces le acometían estas y otras manías.

—Lo que usted manifiesta concuerda en gran parte con la declaración del mayordomo. Cuando éste regresó, hizo un recorrido por el edificio. Notó la puerta de la biblioteca entornada y luz adentro. Entró. Allí halló a su tío frente a un tablero de ajedrez, muerto. La partida interrumpida... De manera que jugaron la partidita, ¿eh?

Algo dentro de mí comenzó a botar como una pelota contra las paredes del frontón. Una sensación de zozobra, de angustia, me recorría con la velocidad de un buscapiés. En cualquier momento estallarían la pólvora. *¡Los consabidos solitarios de mi tío!*

—Sí, señor... —admití.

No podía desdecirme. Eso también se lo había dicho a Guillermo. Y probablemente Guillermo al inspector Villegas. Porque mi hermano debía de estar en alguna parte. El sistema de la policía: aislarnos, dejamos solos, inertes, indefensos, para pillarnos.

—Tengo entendido que ustedes llevaban un registro de las jugadas. Para establecer los detalles en su orden, ¿quiere mostrarme su libretita de apuntes, señor Álvarez?

Me hundía en el cieno.

—¿Apuntes?

—Sí, hombre —el policía era implacable—, deseo verla, como es de imaginar. Debo verificarlo todo, amigo; lo dicho y lo hecho por usted. *Si jugaron como siempre...*

Comencé a tartamudear.

—Es que... —y después, de un tirón—: ¡Claro que jugamos como siempre! Las lágrimas comenzaron a quemarme los ojos.

Miedo. Un miedo espantoso. Como debió sentirlo tío Néstor cuando aquella "sensación de angustia... de muerte próxima..., enfriamiento profundo, generalizado..." Algo me taladraba el cráneo. Me empujaban. El silencio era absoluto, pétreo. Los otros también estaban callados. Dos ojos, seis ojos, ocho ojos, mil ojos. ¡Oh, qué angustia!

Me tenían... , me tenían... Jugaban con mi desesperación... Se divertían con mi culpa...

De pronto, el inspector gruñó:

—¿Y?

Una sola letra, ¡pero tanto!

—¿Y? —repitió—. Usted fue el último que lo vio con vida. Y, además, muerto. El señor Álvarez no hizo anotación alguna esta vez, señor mío.

No sé por qué me puse de pie. Tieso. Elevé mis brazos, los estiré. Me estrujé las manos, clavándome las uñas, y al final chillé con voz que no era la mía:

—¡Basta! Si lo saben, ¿para qué lo preguntan? ¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté! ¿Y qué hay? ¡Lo odiaba con toda mi alma! ¡Estaba cansado de su despotismo! ¡Lo maté! ¡Lo maté!

El inspector no lo tomó tan a la tremenda.

—¡Cielos! —dijo—. Se produjo más pronto de lo que yo esperaba. Ya que se le soltó la lengua, ¿dónde está el revólver?

—¿Qué revólver?

El inspector Villegas no se inmutó. Respondió imperturbable.

—¡Vamos, no se haga el tonto ahora! ¡El revólver! ¿O ha olvidado que lo liquidó de un tiro? ¡Un tiro en la mitad del frontal, compañero! ¡Qué puntería!

AMELTAX MAYFER CRIMEN EN FAMILIA

AMELTAX MAYFER es el actual "yo policial" de Abel Mateo, escritor y periodista nacido en Buenos Aires en 1913.

En 1940 publicó su primera novela policial: *con la Guadaña al Hombro*, que mereció del "Publisher's Weekly" el siguiente comentario: "Esta extraordinaria novela, tan intrincadamente brillante como las primeras de Queen, que posee en Bernal Cheste un detective competente en grado sumo, figura como la primera entre las novelas argentinas largas de tipo deductivo." Emecé publicó en 1948 su comedia *Un viejo Olor a Almendras. Amargas*. Humorista, crítico y ensayista, colabora en las principales revistas de Buenos Aires. Su novela *Reportaje en el Infierno*, en la que reaparece Bernal Cheste, ha sido filmada recientemente en nuestro país.

PERSONAJES:

HERIBERTO DRAPER

Rico viudo reincidente

YOLA CANNING DRAPER
WILLY DRAPER
DIANA DRAPER
FÉLIX HOCQUART
TEÓFILO AYMERICH
URSULA AYMERICH
RAFAEL VALDEDUERO
COMISARIO MONTROY

Su mujer
Hijos de Heriberto Draper
Novio de Diana
Coronel retirado
Su hermana
Autor dramático
De la Policía Judicial

I

Diana Draper miraba por la ventanilla del tren, pero no veía más paisaje que el de su pensamiento. Hacía ya muchos meses que faltaba de su casa, aquella vieja quinta que había sido la delicia de su infancia, aquella vieja quinta que había sido azotada por la tragedia, aquella vieja quinta que había sido emponzoñada por la desconfianza y el rencor... No la esperaban hasta el día siguiente, pero Diana había preferido anticipar su llegada, algo por dar una sorpresa a su padre y mucho por dar un sofocón a su madrastra. ¡Su padre y su madrastra! ¡Dios, qué escándalo fue aquél!

Rafael Valdeduero, sentado casi frente a Diana, del otro lado del pasillo, volvía mecánicamente las hojas de un libro, pero no tenía ojos más que para ella. "¿Qué estará viendo esta chica en ese paisaje que no ve?", se preguntaba. "¡Y es guapa de veras!"

Diana Draper volvió un instante la mirada y la detuvo fugazmente en su joven observador. "¡Vaya!", se dijo. "Parece que he hecho una conquista." Pero no llegó a interesarle. Sonrió con placer a la imagen de Félix Hocquart, que acababa de saltar al primer plano de su pensamiento, y suspiró. ¡Félix! También él se sorprendería al verla llegar aquella noche. Habían sido novios toda su vida, pero, en realidad, no hacía más que dos años que lo habían descubierto. ¡Cómo habían jugado de niños en aquella casa inolvidable, en aquel parque a un tiempo espeso y transparente! Félix Hocquart era el mejor, casi el único amigo de Willy... ¡Willy!

"Está pensando en el novio de su infancia", observó Valdeduero mientras trataba de encender un cigarrillo. "Pero hay algo más que un novio de la infancia en su pensamiento."

"¡Pobre Willy!", murmuró Diana. Siempre había querido con delirio a aquel muchacho de aspecto indefenso, a aquel su único hermano... ¡Cómo había sufrido Willy! Le parecía verlo con aquel rebelde mechón de pelo sobre la frente, jugando a ser hombre cuando niño, jugando como un niño cuando hombre... ¡Y la vida le había hecho aquella jugarreta inconcebible!

Diana volvió a sentir la escrutadora mirada de su desconocido compañero de viaje, y se agitó nerviosamente. "¿Por qué vuelve las hojas de su libro, si parece estar leyendo en mí?" Quiso desafiar la muda inquisición del

hombre, pero desvió rápidamente la mirada hacia el soleado verdor de la monótona llanura indiferente.

"Es evidente que le intereso tan poco que ya empiezo a preocuparla", reflexionó Valdeduero satisfecho.

Todo había sido felicidad en casa de los Draper hasta el día de la tragedia, hasta el día en que la madre de Diana murió en el camino de las casas de arriba. Fue como si el tiempo se rompiera. Pero se había roto algo más que el tiempo. Su padre y su madre, su hermano y Félix... y además, Yola... Yola había sido su amiga; en realidad, lo era todavía, a pesar de todo. Se habían conocido en el colegio, y se había sentido atraída por aquella muchacha enérgica, llena de vida, ambiciosa y dispuesta como una flecha en el arco; una flecha que parecía haber dado de lleno en la expectativa ingenua y asombrada de Willy. Yola tenía cuatro años más que Diana y dos más que Willy. Quizá había sido eso. Willy estaba enamorado... "¿Habría estado realmente enamorado?", parecía preguntar Diana a un recio pino erguido que pasó fugazmente a su lado. Pero Yola había evitado siempre una definición. Insinuante y esquivia, coqueta y distante, cariñosa y frívola, parecía aceptarlo y rechazarlo continuamente en sutil esgrima de sonrisas y desaires. "¿Habría estado jugando con él, en realidad?", murmuró Diana a media voz.

Rafael Valdeduero siguió el movimiento de sus labios y asimiló la frase. "Una comedia de amor; un drama de celos", concluyó. Y siguió con la vista la extraña trayectoria de la colilla que arrojó al capricho del aire.

Diana Draper recordaba aquel día radiante súbitamente ennegrecido por la muerte de su madre. Se había caído del caballo. Nada más que una caída del caballo. Y la recogieron muerta. Nada más. El tiempo quedó roto. Todo quedó roto. Todos quedaron rotos. Su padre, un Heriberto Draper deshecho y acabado, se marchó de viaje. Willy se fue a vivir con Félix a su casa de la ciudad. Ella aceptó aquel puesto en un colegio, también en la ciudad. Y Yola... Yola desapareció.

La bomba estalló cuando Heriberto Draper regresó. Habían ido a recibirlo al puerto los tres:

Willy, Félix, Diana... "¡Allí está papá!" "¿Dónde?" "¡Allí! ¿No lo ves? Junto a..." Y las palabras naufragaron en la sorpresa. "¡Pero...! ¿Con quién viene?" "¿No es ... ?" Y era, ¡por cierto que era! ¿Qué hacía Yola a bordo, con su padre?

Willy había tenido una escena violentísima con su padre; allí, en la vieja casa de la quinta. Pero todo pareció arreglarse al fin. Diana frunció el entrecejo al recordar aquellas palabras que Willy le contó luego: "Tienes que comprenderlo, hijo. No te he quitado nada, porque nunca lo tuviste. Jugaste a tenerlo, pero no lo tuviste. Y yo la necesito más que tú. Debes perdonarme si te he herido, pero advierte que si he ofendido algo en ti no ha sido como rival afortunado, sino en tus sentimientos de hijo que se subleva ante la idea de ver a su madre reemplazada."

Siempre fue un misterio para todos el encuentro en el extranjero de Heriberto Draper y Yola Canning... Jamás preguntó nadie nada. Habían vuelto casados, simplemente. Eso fue todo. La intervención de Félix Hocquart había terminado por resolver las cosas. Fue el verdadero pacificador. ¡Cuánto le debían todos!

La maleta de Diana comenzó a oscilar sobre su cabeza, en la red de equipajes. Valdeduero la miraba curiosamente, como calculando la fuerza que necesitaría para caer.

Heriberto Draper había querido que todos vivieran nuevamente en la quinta. Fue un ensayo penoso. No es fácil acostumbrarse a ver a su más íntima amiga convertida en madrastra. Es imposible soportar como mujer de su padre a la mujer que uno ha deseado para sí. "¡Pobre Willy!" Había perdonado a su padre —¿o quizás no?—, pero no había podido perdonar a Yola. ¿La seguía queriendo en un silencio devorado de amargura? "Siempre he temido que la odiara desde entonces", se dijo Diana, y no consiguió dominar un estremecimiento.

Rafael Valdeduero pareció seguir la estela de aquel escalofrío, y sus ojos se detuvieron en las manos entrelazadas de la joven.

"Y esas miradas suspicaces de papá... Eso es lo peor. Papá está celoso de Willy..."

La maleta de Diana se asomó peligrosamente al borde de la red, como atraída por la magnética mirada de Rafael Valdeduero. Diana levantó la cabeza, misteriosamente advertida... Y el hábil salto del hombre le permitió recibir en sus brazos la no muy pesada carga.

El primer instante de estupor fue seguido, naturalmente, por las obligadas frases de gratitud, y la conversación quedó inaugurada.

II

Seis personas conversaban esforzadamente en el salón de la villa de los Draper, en Arroyo Blanco. El diálogo languidecía asfixiado por la enrarecida atmósfera que pesaba sobre la casa.

—Mañana llegará Diana —decía Heriberto Draper—, y después de almorzar explicaré a todos los motivos de esta reunión de familia que he convocado.

—¿No puedes adelantarnos nada? —inquirió Yola más curiosa que interesada.

—No. Tienen que estar todos.

—¿A qué hora llegará Diana? —preguntó Félix Hocquart casi con avidez.

—A las nueve iremos a la estación —repuso Willy con afectada indiferencia—. ¿Se te hace largo el tiempo?

Félix no contestó, sumergido, acaso, en la contemplación mental de su novia.

El coronel Teófilo Aymerich, viejo amigo de la casa, se atusaba los generosos bigotes con ademán mosqueteril. Su hermana Ursula, la más querida amiga de Graciela Conti —la primera mujer de Draper—, miraba con no disimulado encono a Yola Canning...

"Te las arreglaste para engatusarlo, bruja traicionera, pero no saldrás con todo tu plan..."

Yola Canning correspondía a las miradas de Ursula Aymerich con desdeñosa sonrisa.

"Lo siento por ti. Eres una arpía solterona, pero no te tengo miedo. Un poco de lástima, nada más."

—¿Crees, realmente, que es una buena idea? —dijo el coronel señalando a Draper con un índice casi acusador.

—¿De qué hablas? —preguntó el interpelado, sorprendido.

—De esa reunión de familia...

Ursula Aymerich miró un momento a su hermano, y volvió a clavar los ojos en Yola.

"No quieres más que su dinero, ¿eh? Y crees que mañana será tu día..."

Yola Draper encendió un cigarrillo y echó el humo en dirección de Ursula.

"No puedes con tu despecho, ¿verdad? Estás enamorada de él desde que ibais juntos al colegio... El pueblo entero lo sabe."

"No saldrás con la tuya..." "No podrás conmigo..."

Willy abrió y cerraba su encendedor, produciendo un ruido monótono y exasperante que parecía marcar los tiempos de la tensión creciente.

—¿No puedes quedarte quieto? —estalló su padre, irritado.

—Perdona —repuso Willy sin mirarlo.

Félix Hocquart se levantó y salió al parque sin decir una palabra.

—¿Quieres que bailemos, Willy? —preguntó Yola con dulzura.

Heriberto Draper miró inquisitivamente a su hijo.

—¿Bailar?... —dijo éste como para sí—. ¿Qué?

—Lo que tú quieras. Algo movido.

—Bueno.

III

Diana Draper estaba asombrada de la naturalidad de su conversación con Rafael Valdeduero. Parecía que aquel extraño conocía su vida como si la hubiera dictado. En realidad, la había obligado a contársela..., sin la menor presión, desde luego.

—¿Amigos? —había dicho él.

—Amigos —repuso ella—. Pero, la verdad, me miraba usted de una manera... Llegó a fastidiarme.

—Me interesaba usted —aclaró él haciendo un guiño—.

Profesionalmente..., por supuesto.

—¿Profesionalmente?...

—Eso es. Escribo para el teatro, ¿sabe usted?

—¡Ah!... Y le pareció que yo desfallezco por dedicarme al teatro. ¿Cree que tengo tipo de actriz?

—De actriz, no. De personaje. De personaje de drama familiar, exactamente.

Y por allí había empezado Valdeduero a sonsacarle la historia de su vida y su familia.

—Así que va usted a una reunión de familia... —comentó él cuando ella hubo terminado.

—Algo por el estilo. Pero no sé en qué terminará todo.

—Tal vez se case usted con su novio —contestó él volublemente—. Es un final algo vulgar, pero acaso tenga sus atractivos.

—¡Sí! —saltó ella con no contenido entusiasmo—. Pronto nos casaremos. Papá le está tan agradecido por su intercesión cuando... Bueno, ya lo sabe. Le está tan agradecido, que ha hecho de él su hombre de confianza. De modo que...

El tren llegó a la estación de Arroyo Blanco. Rafael Valdeduero tomó la maleta de Diana en el momento en que ésta se levantaba y dejaba caer su bolso de mano. La muchacha miró consternada a su compañero, quien se agachó a recoger las llaves y el tubito de carmín que se escaparon del abierto bolso.

Atardecía cuando Diana Draper y Rafael Valdeduero se despidieron en el portón de la villa. "¡Qué casualidad que viniera también a Arroyo Blanco!", pensaba Diana mientras avanzaba por el cuidado camino. "¿Y por qué se pondría pálido cuando nombré a Yola Canning?"... y llegó a la casa diciéndose que Rafael Valdeduero había aceptado demasiado pronto su invitación a tomar café aquella noche.

IV

Diana Draper se detuvo ante la puerta del ala izquierda y entró sigilosamente. Dejó la maleta al pie de la escalera y tomó por el largo corredor que se abría a su izquierda. Su padre estaría seguramente en la biblioteca y podría darle su proyectada sorpresa...

Andando de puntillas, Diana abrió la puerta de la biblioteca... y allí, en la penumbra de la espaciosa sala, junto a la ventana francesa que daba al parque, vio algo que la llenó de horror... Permaneció rígida un instante, luego sintió que las piernas cedían bajo su peso... Iba a caer, pero se agarró fuertemente del escritorio... Abrió la boca para gritar, pero consiguió dominarse... ¿Dominarse? ¿No giraba todo a su alrededor? ¿Qué era aquella sangre que parecía anegarlo todo? Y empezó a caer, a caer, a seguir cayendo, cayendo..., cayendo...

V

Un grito aterrador rompió la quietud del aire.

—¡Yola!...

Y una carrera plural se desató hacia la biblioteca.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la autoritaria voz del coronel Aymerich.

Willy, Félix Hocquart y Ursula llegaron tras él.

Heriberto Draper, de rodillas en el suelo, contemplaba espantado la damasquinada empuñadura que parecía plantada con abono de sangre en la espalda desnuda de Yola Canning, que yacía junto a la ventana francesa que daba al parque.

Teófilo Aymerich no esperó respuesta. Apartó a Draper con cierta solícita brusquedad y se inclinó sobre Yola. Buscó la mirada de su hermana antes de menear casi imperceptiblemente la cabeza, y tomó el mando.

—Que salgan todos, por favor —ordenó.

Willy Draper cambió una mirada con Félix Hocquart, y ambos obedecieron en silencio. Ursula Aymerich tomó afectuosamente del brazo a Heriberto Draper, todavía alelado, y lo llevó hacia la puerta.

El coronel miraba fijamente el cadáver.

—¡Yola Canning!... —murmuró.

Había oscurecido casi totalmente. Aymerich encendió la luz y volvió a inclinarse sobre el cuerpo de la mujer asesinada.

—¡Yola Canning!... —volvió a decir.

Y una especie de eco inesperado le repuso débilmente:

—Yola...

Aymerich se incorporó bruscamente. ¿Qué era aquello? Y otra vez el apenas audible gemido:

—Yola...

El coronel sacudió ferozmente la cabeza.

—¿Qué demonios... ? —empezó a decir. Y se calló de súbito.

Caído junto al escritorio había otro cuerpo de mujer, casi oculto por el mueble. Se precipitó literalmente hacia él...

—¡Diana! —exclamó.

Pero Diana Draper recobraba ya el conocimiento.

—Yola... —repetía—. ¡Yola!...

VI

El comisario Montroy, de la Policía Judicial, había actuado con su habitual rapidez.

—Asesinato; sin duda alguna —diagnosticó un poco innecesariamente.

—Es usted asombroso —le había contestado el coronel con agresivo sarcasmo.

Todos habían sido ya interrogados, y todos habían declarado qué

estaban haciendo en el supuesto momento del crimen. Pero nadie había conseguido demostrarlo.

Félix Hocquart había estado paseando por el parque. Willy se estaba vistiendo para la comida. El coronel leía en su cuarto. Ursula se negó a declarar y afirmó, muy rotundamente, su absoluta solidaridad con el asesino.

—¿Debo entender que es usted su cómplice? —había sugerido Montroy ahogando una maldición.

—No, señor —repuso ella con altivez—. Debe usted entender que soy su partidaria.

Heriberto Draper se había quedado solo en el salón escuchando las informaciones de bolsa que transmitían por radiofonía. Luego se había dirigido a la biblioteca, según su invariable costumbre, a leer los diarios de la tarde y...

—Y descubrió usted el cadáver —terminó el comisario—. ¡Que me maten si puedo negarlo! Bien. Y ¿usted, señorita?...

Diana Draper explicó los motivos de su temprana llegada.

—Quería darle una sorpresa a mi padre. Entré de puntillas en la biblioteca, creyendo que ya estaría allí, y...

—Y vio usted el cadáver cubierto de sangre, y se desmayó —concluyó Montroy con cierta empecinada monotonía—. Ya me doy cuenta. Todo está perfectamente, ¡por Satanás!

El coronel carraspeó en evidente alarde de disgusto y se encaró con el comisario.

—Vea usted —le dijo—; no me gusta nada su manera de preguntar, ni me da la gana de permitir que siga usted con sus reticentes juramentos. ¿Me ha entendido?

Montroy torció el gesto.

—Usted verá, coronel... Tampoco a mí me gusta nada este maldito asesinato, y no puedo permitirme el lujo de creer todo lo que me dicen.

—¿Insiste usted?

—No tengo más remedio. Que el diablo me lleve; pero un condenado asesinato necesita un condenado asesino...

—Y un asesino debe ser detenido —le interrumpió Aymerich—. Sí; lo comprendo, por supuesto. Por eso me pregunto qué espera usted para ordenar una batida por los alrededores. Tal vez esté todavía en el pueblo...

El comisario Montroy logró lo que podría llamarse una sonrisa sintética.

—¿Y por qué no en esta casa, coronel?... —replicó, ponzoñoso.

VII

La llegada de Rafael Valdeduero a la casa de los Draper no fue, precisamente, un éxito de recepción, pero no fue tampoco, evidentemente, un alarde de inoportunidad.

—¿Quién diablos es usted? —le había preguntado el comisario cuando

se lo encontró entrando casi en vilo al imaginaria de la puerta.

—Soy un invitado que viene a tomar café —respondió tranquilamente Valdeduero, depositando cuidadosamente en el suelo al pataleante y furioso guardia.

—¿Y cómo rayos se atreve a entrar así? ¿No le han dicho que aquí se ha cometido un asesinato?

—Por supuesto. Por eso he entrado así. ¿O cree usted que yo tengo la manía de entrar en las casas enarbolando porteros?

Montroy estaba ya a punto de congestión.

—Pues se me está usted largando con viento fresco —le gritó—, o lo pongo yo a la sombra hasta que se le pase.

Rafael Valdeduero sonrió seductoramente.

—Lo siento, comisario; pero es imposible. Si aquí se ha cometido un asesinato, no puedo marcharme hasta haberlo resuelto. Créame usted; el desenlace es fundamental y es mi fuerte, ¿sabe usted? Soy un verdadero experto en desenlaces.

El comisario miraba fascinado a su interlocutor.

—Además, comisario —concluyó Valdeduero—, aquí hay una señorita que me interesa... Es el personaje que me encontré en el tren.

Y ante la mirada extraviada de Montroy, se dirigió serenamente hacia el interior de la casa.

Diana Draper recibió muy amablemente a su invitado y lo presentó a cada uno de los presentes. La acogida general fue bastante fría, pero él lo comprendió perfectamente. ¡No estaban las cosas para cortesías! Contempló sucesivamente a todos, y llegó a una conclusión asombrosa:

"¡No hay uno que no sea culpable!"

Padre e hijo se conducían como dos desconocidos. Estaban situados muy lejos el uno del otro, pero las pocas veces que sus miradas coincidían se contemplaban como si no se hubiesen visto en la vida. Félix Hocquart era muy mal actor, desde luego. Ocultaba algo, y se le notaba casi sin verlo. Además, rehuía la compañía de Diana, que, afligida, se refugiaba en los bizarros hermanos Aymerich.

Cuando el comisario Montroy volvió al salón, Valdeduero le salió al paso.

—Bien, comisario, ¿sabe usted algo?

—¡Sí! —rugió el interpelado—. ¡Sé que usted se marcha!

—No, comisario. Información falsa. Yo me quedo. ¿Cómo va usted a resolver el caso si me voy?

—El caso está resuelto, joven. ¿Me entiende?

—¡Magnífico! ¿Cuál es su opinión?

Montroy lanzó una torva mirada a la redonda, y anunció:

—Uno de ustedes ha declarado en falso.

"¡Vaya!", murmuró Valdeduero para su colete. "¡Qué hombre

deduciendo!"

Teófilo Aymerich dirigió al comisario una mirada incendiaria, pero no dijo palabra.

—Ese de ustedes que ha declarado en falso es, obviamente, el asesino —continuó Montroy.

En el momento en que el comisario se aclaraba la voz para lanzar su solemne orden de arresto, ocurrió algo tremendo...

—¡No...! —gritó una voz que más parecía el aullido de un espectro.

Y alguien se desplomó pesadamente.

Montroy no pudo ocultar su extrañeza, y se acercó con paso inseguro a Heriberto Draper.

—¡Está muerto! —anunció con voz ronca.

Rafael Valdeduero estuvo instantáneamente a su lado.

—Un síncope, comisario —declaró después de examinar al caído.

—¿Es usted médico? —preguntó Montroy, aun sin reaccionar.

—No, comisario. Ya le dije a usted que soy especialista en desenlaces.

VIII

Se había encontrado en un bolsillo de Heriberto Draper la confesión del crimen, y el asunto se cerró sin mayor publicidad.

—Usted pensaba arrestar a Willy, ¿verdad? —preguntó Valdeduero al sorprendido comisario.

—¿Cómo demonios lo sabe?

—Experiencia, amigo mío. Usted sabe, el teatro... El móvil pasional era perfecto.

—Fue pasional, de todos modos —anotó Montroy.

—No lo sabe usted bien, comisario. ¡No sabe usted hasta qué punto!

Montroy se encogió de hombros.

—Usted está loco, sin la menor duda —dijo—. Más loco que una cabra subiéndose por las paredes, ¡así me cuelguen!

IX

Rafael Valdeduero y Diana Draper conversaban al borde del estanque del parque.

—No creo que haya sido papá —decía ella.

—Tampoco yo, por supuesto —coincidió él.

La joven lo contempló largamente.

—¿Y la confesión? —indagó nerviosamente.

—Un oportuno embuchado para convencer al comisario; nada más.

—¿Qué quiere usted decir?

—Eso; nada más que eso. El comisario iba a detener a Willy, y Willy es inocente. Su padre sufrió el síncope, incapaz ya de soportar la situación, y alguien pudo aprovechar su muerte para que nadie sufriera más por causa de Yola Canning...

Diana Draper miró a Valdeduero horrorizada.

—¿Pero quién pudo prever que papá sufriría un síncope?

—Supongo que nadie. Pero alguien previó que Montroy detendría a un inocente, y preparó esa confesión para que el culpable reflexionara...

Hubo un momento de silencio; un profundo silencio sólo turbado por el plácido rumor de la fronda. Diana levantó la cabeza, que había ocultado entre las manos.

—De modo que la muerte de papá...

—Salvó al criminal.

—Pero manchó su memoria.

—Nadie lo sabrá nunca.

—¿Sabe usted quién es el asesino?

—Por supuesto.

—¿Por qué no lo denunció?

—Porque tengo una viga en el ojo, que me impide ver la mota en el ojo de mi hermano.

—¿Qué espera usted de él?

—Que busque a un sacerdote y se confiese cuanto antes.

—¿Nada más?

—Nada menos.

Diana Draper se levantó pesadamente y echó a andar hacia la casa. Valdeduero la siguió y se detuvo tras ella ante la puerta del ala izquierda. Entraron en silencio, y siguieron por el largo corredor que se abría a su izquierda, hasta la puerta de la biblioteca... Cruzaron el umbral y se pararon ante el escritorio.

—¿Cómo lo supo? —murmuró Diana conteniendo un sollozo.

—Porque allí, junto a la ventana francesa que da al parque, Yola Canning y Félix Hocquart se estaban besando al caer la tarde...

Diana se mantuvo rígida.

—Porque el arma que mató a Yola Canning es la plegadera en forma de puñal que tenía su padre en el escritorio... Porque eso fue lo que encontró la mano de la persona que entró aquí a dar una sorpresa, cuando la impresión de la sorpresa que ella recibió la hizo aferrarse al escritorio para no caer...

—¿Qué más? —susurró Diana con voz ausente.

—Porque se encontró un bolso de mano junto a usted, aquí, al lado del escritorio... Pero el pincelito del carmín estaba debajo del cadáver. Por todo eso, Diana... Porque Yola Canning había pisoteado demasiadas cosas respetables... y porque las seguía pisoteando.

—¿Cómo sabe usted que Félix?...

—El perfume de Yola en la camisa de Félix...

Diana se apoyó en el brazo de un sillón y permaneció así, con la mirada perdida a través del vano de la ventana francesa.

—¿Y ahora? —murmuró al cabo de un rato que pareció una eternidad.

—El telón ha caído, Diana —contestó él muy quedo—. Ya no hay nadie en el teatro. Me voy a casa.

Rafael Valdeduero salió al parque y se perdió tras un grupo de naranjos que ofrecían al aire la promesa de sus ramas en flor.

JERÓNIMO DEL REY LA MOSCA DE ORO

JERÓNIMO DEL REY es seudónimo del Pbro. Leonardo Castellani, cuya obra vasta y diversa comprende: *Camperas*, *El Nuevo Gobierno de Sancho*, *Elementos de Metafísica*, *Conversación y Crítica Filosófica*, *El Libro de las Oraciones* (poemas), *Crítica Literaria*, amén de traducciones de Santo Tomás de Aquino, Chesterton, Ghéon, etc., El presente relato procede del libro *Las Muertes del Padre Metri*, reeditado por la Editorial Sed (1952).

"Precisaría un gran volumen para describir la vida, apostólica y excéntrica, de aquel eficaz varón."
(De las *Memorias* de don Carlos Roselli, poblador de Reconquista.)

El Padre Metri (fray Demetrio Constanzi) presenció los primeros fuegos artificiales que hubo en Resistencia quién sabe por qué. Creo que había venido a la capital del Chaco a hacerse arrancar una muela. La noche esa de los fuegos estaba de pie bajo la cálida bóveda estrellada en mitad del gentío, justo delante del palco oficial que cobijaba al gobernador y a las autoridades, y casi más divertido con los comentarios pirotécnicos de la paisanada que con la misma pirotecnia, a pesar de que ésta fue muy buena según decir de testigos —traída de Buenos Aires por la Sociedad Italiana "Unione e Benevolenza" para festejar las bodas de S. M. Humberto Primero—. Se había venido al olor todo el pueblaje de en torno a cinco leguas: chacareros gringos (ni qué decir), mensús de los ingenios, peones y reseros, hacheros de los obrajes y hasta indiada mansa, una muchedumbre recia que se arremolinaba alrededor de los mágicos fogones en nutrida y ondulante corona; y para la parte "caté" de la ciudad se habían levantado más lejos tablados con sillas y sitiales no del todo exentos de herrumbre por abajo y de "cuetes y buscapièces" por arriba. El fraile, recostado con desgano en un poste del palco oficial, tenía a un lado un grupo de jinetes muy atareados en la guapeza de sofrenar sus montados, que tiritaban, piafaban y bufaban, materialmente locos de espanto —ocurrencia de estos gauchos brutos no ser capaces de dejar el caballo ni para ver relámpagos con truenos y luces malas— y delante de él había un grupo de peones de crencha negra y chiripá sucio en pleno éxtasis de asombro y regocijo, que solamente había que oírlos. Uno tenía un *huaynito* de unos siete años parado sobre los hombros, y gritaba a todo pulmón a cada nueva rueda multicolor que se incendiaba:

—¡Ayjuna, gran perra, que lo retiró y la punta del sauce verde! ¡Mirá, Panchito! ¡Mirá, Panchito! (como si el pibe fuera capaz de hacer otra cosa). ¡Qué no inventan estos gringos de la gran flauta!

Un mulato repetía con gran convicción y a gritos sin saber decir otra cosa:

—¡De l'Inglaterra l'han traído, a mí no me vengán a decir! ¡De l'Inglaterra! ¡A mí no me vengán a decir! ¡De l'Inglaterra! ¡De l'otro lao l'Uropa l'han traído! ¡Son pólvora de colore! ¡Guarda! ¡Uepa, ch'amigo, y porá catú, ña—rahy, que disparó feo! ¡Uepa el otro ahora! ¡Guarda, loco viejo, que se le desbocó el jueguería! ¡Cha que soma loco! ¡Uepa, ch'amigo, y otro! ¡Y otro más!

Y así entre la gritería, los estruendos, chiflidos, incendios multicolores, estrellas de pedrería, artillería celeste, roja y plata con humaredas y quemazones de ensueño, llegó el clú del espectáculo, las moscas de oro. Una llamita verde dibujó contra el cielo una gran colmena fulgurante que empezó a

vomitara por sus cuatro piqueras un enjambre tupidísimo de chispas doradas, que revoloteaban en torno, partían en todas direcciones y estallaban con ruido graneado de fusilería. Como una enjambrazón de abejas en un sol de fantasmagoría. La vista era pasmosa y el estruendo ensordecedor. La muchedumbre estaba absorta: sin embargo, en este preciso momento fue cuando se agitó de golpe la fiesta. Aunque parezca increíble, un clamor humano, un grito de muchas voces juntas superó el granizado bombardeo, llegó hasta los palcos y desparramó hasta el último espectador la tétrica noticia:

¡Una muerte! ¡Una muerte! ¡Un hombre muerto! El grito había partido de la delantera del monstruo de mil cabezas, el cual se arremolinaba peligrosamente. El fraile se abrió paso a tremendos empujones. Una voz dijo a su lado: *"¡Cayó Sanabria! ¡Es el gato Sanabria!"* Otras voces comentaban rencorosamente: *"¡Así tenía que acabar! ¡En su ley!"* *"¡Le dió un ataque!"*, exclamó otro. *"Soy cura, dejen pasar"*, gritaba Metri, navegándose la turba a codazo seco.

Finalmente llegó al núcleo del loco remolino y casi cayó sobre un despojo tumbado de bruces en el suelo, que dos hombres medio ahogados por la apretura estaban poniendo boca arriba. Parecía un muñeco de trapo.

—¡Fuera! —gritó furioso el fraile—. A ver ustedes cuatro si pueden hacer cancha (vos, vos y estos dos), que de nó, lo vamos a matar del todo...

A la luz viva de la colmena ígnea que todavía chisporroteaba alegremente, una cara redonda y congestionada, negra de polvo y sangre, que encuadraban dos manos crispadas, apareció en el centro del círculo, los labios moviéndose. El fraile se arrodilló y aproximó el oído. El moribundo dijo:

—¡Me han... asesinado! Golpe de atrás. Rebenque. Busquen. Cobarde. Golpe tremendo. Muero.

Era verdad. Burbujas de sangre reventaban en la boca estertórica y los negros ojos se empañaron. El fraile intimó:

—Dentro de poco estará delante de Dios. ¿Se arrepiente de sus pecados?

La boca del herido se despalancó toda y de su garganta brotó un sonido sordo. No había un minuto que esperar.

—*Misereatur tuo, Omnipotens Deus* —dijo Metri alzando la mano—, *et dimisis peccatis tuis...*

En ese momento el bramido del pecho del moribundo se hizo inteligible y el fraile escuchó las siguientes palabras pronunciadas con lentitud y claridad siniestra:

"Dominus Jesus Christus te absolvat, et ego, autoritate ipsius, te absolvo, ab omni vinculo excommunicationis et interdicti in quantum possum et tu indiges. Deinde ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Fili et Spiritus Sancti."

¡La fórmula de la absolución! El asombro había enmudecido al

sacerdote. Quiso repetirla él, como debía, y en ese instante un brutal empujón lo incorporó mientras una mano poco dulce lo retiraba a un lado. Unos agentes de policía habían traído linternas y hacían cancha con brutal apuro. El médico de policía había ocupado el lugar del fraile, y al lado suyo la alta figura del gobernador se recortaba en la noche como una imponente figura de Rembrandt roja y negra.

El médico se alzó en seguida y dijo:

—Este hombre está muerto. Apoplejía probablemente. Nada que hacer yo.

El fraile se desprendió con verdadero furor de los brazos del milico, se arrodilló de nuevo y absolvió casi a gritos al cadáver. Entonces lo reconocieron.

—Un pobre —dijo el cabo—. Déjenlo.

El sacerdote se alzó hecho una furia. Se encaró con el gobernador y el médico y empezó a increparlos con amargura:

—¡Ahí lo tienen! ¡Ahí tienen el desdichado que fue instrumento de ustedes! Muerto sin confesión. Usted, que ya no lo puede curar, me impide que yo lo absuelva. Y eso es en puridad lo que hace usted cada día con tantos colonos, impidiéndoles llegar a tiempo y cerrándoles las puertas del cielo. Algún día dará cuenta a Dios. Médico de cuerpos, asesino de almas. Eso es un crimen, más crimen que el que mató al pasquinero Sanabria. Porque este hombre no ha muerto de apoplejía, sino de un atroz golpe en el cráneo con un cabo de rebenque. Ha sido asesinado.

El médico cayó de nuevo sobre la lívida cabeza descompuesta y la palpó cuidadosamente. Cuando se alzó, se oyó su característica risita sarcástica.

—La autopsia dirá qué —dijo—. Pero de un golpe en el cráneo sencillamente idiota, no hay el más leve chichón y la caja cránea está ilesa.

Se volvió al gobernador y dijo sonriendo:

—Este es el mentado padre Metri.

Se volvió al fraile y le dijo:

—Mañana, a las diez, en la Comisaría a declarar. Usted parece que sabe algo. Y no intente hacer estupideces.

Y mientras dos agentes angarillaban al muerto y la muchedumbre se volvía en grupos cabizbajos, una corona de estrellas policromas subió al cielo y, como una atroz ironía, empezó a deshacerse en lluvia de monedas de oro, de rosas de púrpura, de florones de sangre, de ojos de gato, en un fondo de humo color naranja...

Era voz corriente en Resistencia que el doctor Leónidas Mascagno, socialista, el que, como Diego Corrientes, se preciaba de curar de balde a los pobres y sangrar a los ricos, impedía también sacramentar a sus enfermos con esta frase temerosa para la gente humilde: *Donde entra el cura no entro yo. Ustedes elijan.* También era voz común que el gato Sofanor Sanabria había de morir un día *con los botines puestos.* Este era un ciudadano español, director de

Prensa Libre, hojita semanal que llevaba como subtítulo: *Defensora de la libertad, la democracia y el derecho*. Este hombre tenía un talento fenomenal al decir del pueblo: hasta latín sabía; lástima que era medio sinvergüenza. Ello no obstaba a que su despabilada hoja fuera devorada con delicia, aun por las personas más decentes, incluso el cura y los maestros. ¡Tenía una gracia este sinvergüenza para sacar el cuero al prójimo! Es cierto que algunas veces iba muy lejos: chismes envenenados, calumnias atroces, adulterios veros o supuestos y otros gattiperios gravísimos había echado al viento, con hábiles alusiones. Corría la voz que extorsionaba dinero a cambio de su silencio. En suma, era un canalla; pero era un canalla respetado o al menos absolutamente impune. El secreto era estar siempre bien con los de arriba y no atacar jamás a muchas víctimas a la vez. Cuando Sanabria le *ponía los puntos* a uno, todos los demás reían —pueblo chico infierno grande— sin precaver que mañana le tocaría a otro. El padre Metri sintió como una náusea de asco: maldiciente vulgar, verdadero bandolero de la pluma, resumidero de veneno y humana víbora, el pasquinero Sanabria era llevado en palmas por *el Gobierno* porque era un rodaje necesario de la máquina electoral. Si no estuviera mal maldecir de un finado...

Llegó con retraso al Juzgado; el doctor había hecho ya la autopsia y estaba explicándola al gobernador, al jefe político, al juez de Instrucción, al comisario, al cabo cuarto y a la chinita Bonifacia que contemplaba horrorizada los pedazos de calota o de cerebro que el galeno manoseaba, perfectamente olvidada de su función profesional de cebar el mate. El médico mostraba un sanguinolento pedazo de casco cerebral aun cubierto de cuero cabelludo y peroraba con fuerza:

—... un hombre que no tuviera espíritu científico. Un hombre sin un corte de cerebro científico hubiese dicho: ojos sanguinolentos, hemorragia bucal, facies congestionada, masa encefálica bañada en coágulos de sangre, ¿qué significa eso? La cosa era clara, ¿no es verdad? Apoplejía. Yo, no. Yo estoy acostumbrado al método experimental.

Puso la calota a la luz y dijo:

—Yo hice trasquilar al melenudo Sanabria, fotografié la cabeza y la deshice metódicamente. Ya el peluquero encontró en la nuca un pequeño coágulo. Hay que ver que el gallego Sanabria tenía una melena aceitosa como para nidar de cucaracha. ¿Y? Ningún chichón, señores, atención (mirando al fraile). Pero, ¿qué es esto que está aquí en el seno posterior occipital, voto a Cristo? Un agujerito de dos a tres milímetros, señores, hecho con la perfección de una perforadora eléctrica. Y aquí empieza el misterio.

Los oyentes se habían arrimado vivamente, y constataban con asombro el fenómeno. En el trozo de cráneo rapado correspondiente a la nuca, una limpia estrellita de borde rojo colaba la luz de la ventana. El gobernador hizo un gesto de asombro.

—¿Balazo? —preguntó.

—No existe arma ninguna de calibre tan diminuto —replicó el médico—. Si existiera, la bala no podría tener fuerza para perforar tan limpio este casco, gobernador. Y los tres testigos, ¿qué han dicho? ¿No estaban detrás del muerto? Ningún tiro, ningún golpe de rebenque sino Sanabria que se lleva las manos al mate y se va de boca como un tronco, de golpe.

El juez de instrucción examinaba el hueso con atención extática. Opinó meditabundo:

—Una esquirla. Una astilla de madera o de hierro, un trozo de alambre calentado al rojo que se desprende de los fuegos de artificio y alcanza al hombre. Sí. Supongamos un recortado de alambre como los de gomera de muchacho puesto al rojo. Una chispa de oro, las malditas moscas de oro del italiano ese.

El médico rió sardónico:

—Sí... una mosca de oro que da vuelta carnero en el aire para clavarse en la nuca de un hombre. Reflexione, doctor. ¿Y dónde hay aquí señal de quemadura? Pero su mosca picó y se fue, doctor Masedo. Porque en el cerebro no encontré absolutamente nada.

En ese momento sonó la voz del cabo cuarto.

—¡Pero Bonifacia, estás aquí toavía, qué andás haciendo, marche inmediatamente a la cocina, grandísima descarada!

La chinita, con el mate en la mano, que había estado acechando muy curiosa, se aproximaba al muerto hipnotizada.

—La mosca de oro, *Karáí* (señor) —decía—. Yo la conozco. Hay en mi tierra, *Karáí*; en Paraguay y el Brasil, *Karáí*. Pica y pone güevo y se va, y sale un gusano rechoncho como un barrilito, duro, con cerditas negras, a modo de catanga blanquecina, *Karáí*. ¡Y el gusano come la carne, y va haciendo un canalito en la carne, y aujerea el güeso limpio con un aujerito igual a ése!

Todos los circunstantes rompieron a reír sin ganas. La muchacha levantó con impudor hasta la mesa su patita descalza y señaló el tobillo.

—Es una mosca dorada que se llama *ña-caú* —dijo—. ¡Mire la cicatriz, *Karáí*! ¡De aquí me lo sacó el doctor González! ¡Mire si no es el mismo tamaño y laya! ¡Igualito que ése de ahí fue el aujero del tobillo!

El cabo tomó del brazo a la negrita y la sacudió sin contemplaciones. Pero ella no cejaba:

—Se le pasmó —dijo— al *mbaracayá* Sanabria. Seguro. La mosca le entró por la boca, durmiendo (un suponer), y el gusano le bandió los sesos y salió por el otro lao. Y cuando abrió el güeso, entró el aire y se pasmó la herida y murió el *mbacarayá*; porque una herida nunca uno la siente hasta que se enfría. ¡Seguro, doctor, seguro!

—Retírate, muchacha, estás estorbando —dijo una voz detrás de ella.

Todos miraban al fraile, que habían olvidado; pero él no los veía. Con el ceño fruncido clavaba los ojos en el cráneo despedazado, como a taladrado de

nuevo. Se alzó la voz del médico, sarcástica.

—Reverendo sacerdote —dijo—. ¿Qué explicación propone? Usted es teólogo... ¿No le parece científica la explicación de la "huayna?" ¿Qué dice la teología sobre eso?

El membrudo misionero levantó unos ojos como dormidos, y sonrió, como un tonto.

—Y bueno —articuló lentamente—. Del punto de vista teológico me parece bien la explicación de la muchacha. Del punto de vista físico, doctor, yo propondría un recorrido.

—¿La mosca de oro, eh?

—O bien de plomo. Pero caminando al revés. Y qué hay de imposible en eso, ¿a ver? Esas moscas metálicas, azules, verdes y doradas, van a lo podrido. ¿Acaso no estaba podrido el cerebro de este hombre? ¿Su boca no echaba continuamente mal aliento, teológicamente hablando? Era un hombre de talento, sépanlo, y un hombre de estudio. No porque lo hayan visto degradado, amancebado con una china en un rancho asqueroso, con cinco o seis hijos hambrientos, envenenando a su pueblo, y lamiendo los pies de los mandones... Era un hombre de estudios, un hombre nacido para la vida intelectual, pero su intelecto se había pervertido. Había nacido para el más alto oficio, para la más alta dignidad que hay en la tierra, que es buscar y enseñar la verdad. Ustedes mismos lo usaban como ariete y mano de gato, lo respetaban y lo temían. La inteligencia, por degradada que esté, es una fuerza cósmica. ¿Por qué se llaman ustedes libres pensadores? Oponen el pensamiento a la religión porque sienten que el pensamiento es la cosa más sutil, más fuerte, más terebrante, más vivaz y más explosiva que existe. Pero ¡ah del maestro que traicionó su alto llamado! "Guardaos de los falsos profetas", dijo Cristo.

—¿Es verdad que fue sacerdote? —interrumpió el gobernador con un gesto.

—Teológicamente fue un cerebro podrido, es decir la cosa más horrible y más parecida al demonio que hay en el mundo —prosiguió el cura impertérrito—. Y entonces vino la mosca, con alas de fuego movidas por la ira de Dios... Yo hablo de una mosca de metal con alas de fuego, mucho peor que la de Bonifacia. Pero no le entró por la boca y salió por la nuca, sino justamente al revés. Entró por la nuca y salió en un borbollón de sangre que manchó estas manos mías. Estoy seguro. Allá la hallarán ustedes entre el polvo y el pasto si fuera posible hallarla después de aquel pisoteo.

El gobernador asintió.

—Una bala. Ya lo dije yo. Es evidente, una bala minúscula. Astuto asesino. ¿Dónde poder soltar un tiro que no se advierta, oiga ni vea? En medio de unos fuegos artificiales.

—Pero, permítame, gobernador, permítame —barbotó el médico exaltándose—. ¡Es imposible! Ya lo indiqué antes. ¿No ve el calibre de este

orificio? Es el de una munición de liebre. Y una munición se hubiera aplastado contra el cráneo, o resbalado bajo la piel, inevitablemente.

—Disparada con una fuerza enorme —dijo el fraile.

—Si usted tuviese un cerebro de corte científico —exclamó el médico impaciente—. Ni disparado con un cañón puede un perdigón horadar un cráneo como un barreno de acero. La percusión es proporcional a la velocidad y la velocidad es función de la masa. ¡Compréndanme! Aunque un gigante me tire un corcho de botella no me va a atravesar el cuerpo. Aunque un titán me arroje una hoja de papel, no me va a cercenar la cabeza. Si Hércules mismo me tira con una pluma, no me va a romper las costillas. No hay peso bastante. Esta mosca de aquí tendría que volar más que un vendaval y pesar mucho más que plomo...

—¡Pesar más que un plomo! —gritó el fraile sobresaltado.

Se quedó frente al médico con la boca tan abierta, que éste tuvo ganas de meterle adentro el trépano que tenía en la mano. La cara se le demudó y la mirada se le volvió para adentro. Un instante pareció que ni respiraba. Después volvió la cabeza, y encontrando la ventana, empezó a mirar las casas en frente, recorriéndolas lentamente, hasta que se posó en una, allá lejos.

Al fin suspiró y dijo:

—Bien. Ya sé. Ya sé cómo fue y también quién lo hizo, y lo que tengo yo que hacer. Doctor, hasta luego. Busque a ver si encuentra la mosca fatídica, la mosca de plata holandesa, pesada y brillante como una chispa de fuego.

Y salió, sin despedirse ni hacer el menor caso del gobernador que lo voceaba.

Los crímenes misteriosos son los más fáciles de descubrir. En un crimen vulgar, usted encuentra al autor allí mismo o no lo encuentra más, porque se cortó al Paraguay o se perdió en la masa humana con su fatal secreto. Pero en un crimen bien planeado, apenas el asesino se pone a hacer cosas para encubrirse o inculpar ajeno, entonces empieza a sembrar rastros propios. Si este sujeto hubiese asesinado a su enemigo con un vulgar Colt 38 jamás lo hubiese yo rastreado —pensaba el padre Metri, sentado tranquilamente esperando turno al atardecer de aquel día en la antesala del dentista. *Elfas Pontancbis, cirujano dentista diplomado*, rezaba la placa de cobre de la antesala, salita alargada más bien sombría, con un sofá manido y butacas de diversas hechuras, empapelada de flores rojizas y ornada con una oleografía de la batalla de Maipú, otra de Alfonso XIII, una acuarela con una ninfa en cueros y una tarjeta de mimbre. Dos chiquilines del dentista, varoncito y nena, vestidos de guardapolvos negros, jugaban allí bochincheramente.

El fraile los miró un momento con ternura.

La nena, que tendría unos cuatro años, había inventado un *jiu-jitsu* para tirarlo al suelo al varón bastante mayor que ella; una maniobra en dos tiempos que repetía siempre igual con agudos grititos de júbilo y risotadas. Pero cuando el pibe se ofendía y la tiraba a ella, se ponía simplemente a llorar y le

decía: *¡Malo!* Otro pibito, retenido en el regazo de una señora gorda en turno, miraba con envidia la escena. De repente se desprendió de la madre y quiso hacerse invitar, acercándose a los alborotados con una sonrisa estereotipada de lo más gracioso: una sonrisa tímida y ancha de humilde súplica y enorme comprensión y simpatía, que vertida al castellano era *¿Por qué ustedes no se dan cuenta de mi existencia y juegan sin mí? ¿No ven qué simpático que soy yo?* Pero recibió una dolorosa repulsa.

El varoncito cesó un momento, lo miró de arriba abajo y le dijo categórico:

—*¡Vo no só de nosotros!*

El pibe forastero se apoyó en el sillón con un amago de pucherito. La madre seguía leyendo su revista. El fraile suspiró y, dejando de contemplarlos, prosiguió una especie de operación aritmética que había comenzado en la carátula de un "Caras y Caretas".

—En el papel había estos signos cabalísticos:

P.=d X m

den. plato = 393,

Masa = 4/ R2.

Π= 3,141517

R = 0,0025

X= 393,4 X 3,141517 X 4 (0,0025)3

3

Acabadas estas cifras, sacó del bolsillo un perdigón mediano de cartucho para liebres, y por otra parte una cantidad de diminutos perdigones pateros, y sopesando en la diestra el uno, iba añadiendo unidades de los otros, al mismo tiempo que hacía cálculos en voz alta. Miró alrededor y vio que estaba solo: el último. Entonces, un incidente en el juego de los niños lo distrajo, y atrajo nuevamente. Sigilosamente había entrado un mayorcito, de unos ocho años, también de riguroso luto, y mostraba a los otros deslumbrados un objeto metálico, celándolo como un culpable.

—Lo encontré— en el aljibe —decía—. Me mandó Ugenia a sacar un balde y me lo encontré.

—Te va a dar tu padre —dijo el menor.

—¿Y por qué? ¿No es mío acaso? Me lo regaló tío a mí. Padre se enojó porque no pudo matar el gato. Tienen siete vidas los gatos. Se le aplastó la bala en la cabeza en vez de entrar. Tienen dura la cabeza los gatos. Por eso lo habrá tirado padre. Pero yo me lo pesqué, y entonces le he de pedir a padre que me dé *otrávé* las balas.

El fraile miraba intensamente. Sacó una estampa del bolsillo y llamó al chico con la mano. *Déjame ver tu matagato*, le dijo. Era, en efecto, una de esas pistolas de niños, de calibre diminuto y construcción tan somera que son

peligrosas. Todos los que hemos tenido matagatos de chicos nos hemos baleado. El fraile tomó el arma y se entregó a una inspección extravagante: la examinó, la olió, metió el pico del pañuelo en el caño y olió el pañuelo; y por último la empuñó y, ocultándola bajo la manga del hábito, gatilló una o dos veces como quien tira cautelándose mucho. En ese momento el chico dió una exclamación de alarma, y el padre Metri vio al dentista que lo miraba desde la puerta del consultorio con ojos furiosos, mientras salía el chiquilín forastero con la señora gorda.

—¡Jaleo! —pensó el fraile—. ¡Me han visto!

El dentista solía ser un hombrecillo petizo, arrugado, cojo, de aspecto sumiso. Pero ahora estaba transfigurado de rabia. Balbuceó dos o tres gruñidos confusos y al fin barbotó con ira:

—Váyase de aquí. No lo puedo atender. No puede usted hablar con mis hijos. Es tarde. ¡Márchense inmediatamente de aquí, malandrines! —gritó a los chicos despavoridos.

Pero el potente fraile hizo todo lo contrario. Se incorporó súbito y se dirigió a la puerta y, dando un tremendo empujón al tío plantado en ella, lo metió y se encerró con llave. El resultado fue bien inesperado y más allá de sus intenciones. El dentista, que tenía una pierna seca y nunca andaba sin bastón, rodó por el suelo lastimosamente, y se agotó después en esfuerzos por levantarse hasta que su contrincante le tendió la mano; y entonces estalló en un terrible sollozo o rugido, dejándose caer en un sillón con la cabeza entre las manos.

Lo miró con lástima largamente. Decían que era un hombrecito extraño, sin relaciones, sin amigos, llegado de la capital hacía unos meses, siempre retraído, preocupado de sus tres chicos, irreligioso, ateo, hereje, susurraba la gente. En este momento era una pobre cosa humana transida en inmenso y desesperado desconsuelo. El fraile, no obstante, dejó caer palabras duras:

—Sólo el joyero y el dentista —dijo— manejan platino, metal caro y raro. Joyero aquí no hay, dentista uno solo. Cuando vi que el gato Sanabria había sucumbido a un proyectil de platino vine aquí. ¿Por qué lo hizo?

El otro levantó la cabeza al oír el nombre de Sanabria y apretó los dientes.

—¡Canalla! —tartamudeó—. Mi mujer.

—¿Muerta? —apuntó el fraile, recordando los chicos de luto.

—Vive. Vive mal. Mala mujer. Me abandonó. En Buenos Aires. Es preciso que mis hijos crean que ha muerto. Y ese hombre me amenaza contar mi historia en su diario. Me sacó plata, plata, plata. No había más remedio que matarlo. ¡Mis hijos! La ley dice: Ojo por ojo y diente por diente.

El rostro del fraile se ensombreció todavía:

—¡No había más remedio! —exclamó—. ¡Un asesinato no remedia nada! Jamás el mal remedia el mal sino que lo aumenta. Mire el remedio que ha conseguido usted con su crimen: nunca más se sentirá usted padre de sus hijos;

y ellos mañana serán hijos de una ramera y un presidiario.

El efecto de estas palabras fue fantástico. El hombrecillo se retorció como tocado por un rayo. Incorporóse, se arrodilló en el suelo, y después se postró en tierra con los brazos rodeando la cabeza; y entonces empezó a gemir o cantar una especie de salmodia incomprensible, desgarradora, más triste que la muerte. Acostumbrado a actitudes y a momentos extraordinarios, Metri no pudo sin embargo reprimir su asombro. Comprendió que era una actitud religiosa y una especie de plegaria, aunque para él desconocida. De repente, empezó a entender algunas palabras y comprendió qué lengua se mezclaba allí al castellano:

*Mimma gha makkin kerafiha Jahué.
Adonái shin — gau bekolí...*

El llanto tristísimo del pobre hombre decía más o menos:

"Nunca más padre de mis hijos, y ellos hijos de un preso. Así es. Lo sentí desde el primer instante.

Al tomar a mi nena en las manos llenas de sangre alucinante.

Llegó el fin. Las tinieblas cayeron sobre mí y la ruina abrió su boca.

La tierra me es un hierro candente y el cielo es una roca.

He aquí que mi triste vida llena de males se hizo pedazos.

Ya tengo derecho a irme, el infierno me abre sus brazos.

Lisiado salí del seno materno, mi padre me desprecio.

Esta vida es demasiado para mí. Se acabó.

La Vida me corrió con dos pies y yo tenía una pierna inerme.

Mi madre murió al parirme por no verme.

Mi mujer para no estar conmigo se prosternó a un transeúnte.

Y ahora se entrega por dinero al primero que se le junte.

Mas he aquí yo tengo en mi mano la llave y la decisión irrevocable.

Y si Dios existe y mi suerte le interesa, que hable."

Esta salmodia, tal como la pongo aquí, la escribí más tarde el padre Metri para dar una idea a mi tío Celestina de lo que decía aquella plegaria—sollozo que, como una lava candente, rugía mezclando versículos de salmos hebreos con frases castizas y exclamaciones de tristeza inenarrable. Pero después se supo que en ese instante Metri no estaba para versos, sino inclinado sobre la víctima, levantándola en vilo y estrechándola a su pecho, como un papá con un chiquilín caído. Y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y sus modales arrebatados se habían hecho torpes y cuidadosos.

—¿Israelita? —preguntó.

—Sefardí —gimió el otro—. Rabino.

—Tu Dios es mi Dios —dijo el fraile—. Siéntate y escucha.

Para sacar a una criatura humana de un clima emotivo hay que hablarle seco, desapasionado, intelectual, hipnotizante. Pero hay que hablarle de su propio caso.

—Tu caso es común —empezó el fraile, reteniéndole una mano—. No eres el primero ni el único. Ya los antiguos llamaron *ignavia* a ese terrible sentimiento de inferioridad que acarrea al alma los defectos físicos irremediables: una timidez, tristeza y derrota amarga, un terrible concentrarse de todas las fuerzas anímicas en el punto débil para cubrirlo, una delicadeza exagerada, una necesidad de ser ultraquerido y mimado. Así mismo, cautelosa, tímida y sutilmente se venga el hombre resentido de la vida, el *Lebenracher*. El estilo de tu crimen es revelador; debí haberlo adivinado. ¡Y para mejor tenías hasta por raza esa herencia de la tristeza ignavia!

Se detuvo a mirarlo un rato. El otro sollozó silenciosamente.

—Yo puedo ver toda tu vida desde aquí como un cuadro... —continuó Metri—. Tu padre te trataba con dureza... quizá el pobre quería curarte, endurecerte. Te empeoró. Son las madres, con su previsión divina, las que pueden tocar esas llagas, cuando ellas son buenas; no la tenías. Para los padres vulgares muchas veces el problema es por demás complicado. Los sacerdotes, que debían suplir, por falta de ciencia, a veces ni lo ven. Y así sube la plantita humana roída en la médula misma —dijo Metri.

Suspiró. Miró al hombre a los ojos.

—Yo —dijo—. Yo he tenido una terrible inferioridad física visible y vergonzosa.

Estuvo mirando un rato en el suelo.

—La depravación o el heroísmo, la encrucijada de todos los contrahechos. *Mala facies, malum facies*, decían cruelmente los paganos: el hombre contrahecho tiene el alma torcida. Pero el cristiano conoce otra solución mejor. El cuerpo contrahecho se hará un alma sublime. Pues es difícil que pueda mantenerse en el medio y ser un hombre común. Los otros hombres comunes no lo dejarán. Y más cuando más comunes sean. No hay cosa más despreciadora que el hombre mediocre y satisfecho. Tu mujer debió ser una mujer mediocre. Pero probablemente pecaste contra ella de falta de firmeza. La mujer debe ser sostenida. Una mujer sin religión es punto menos que una vaca. No la culpes a ella sola. Jamás el hombre debe culpar de sus desdichas a los demás solamente.

—¿Qué remedio queda para mí? —preguntó el lacerado.

—Suicidio —dijo el fraile severamente—. Has estropeado más tu causa con este crimen. Una derrota más se sumó a las otras. La mosca metálica se te alojó en el corazón para siempre. Con esa indignidad has minado hasta la pureza de tu apasionado amor paterno, que era el resorte que te quedaba. ¿Quieres saber ahora cuál es tú único camino?

El judío asintió vigorosamente:

—Vivir para tus hijos como esclavo de ellos —dijo—. No como padre. Rebajándote en tu corazón hasta la tierra, servir a Dios en esas criaturas tuyas.

—¿Nunca más podré apagar, borrar, olvidar esta horrible vergüenza y repugnancia, esta molestia insufrible que sentí ahora al tomar mi nena en brazos?

—Es muy difícil —dijo el otro—. A menos que no resucite el muerto... o bien algún día salves la vida a un hombre, o bien...

El fraile miró largamente la lejanía y cuando volvió a hablar su gesto tenía casi la seguridad de un profeta sacro.

—Algún día aparecerá tu mujer en tu casa —profirió—, más degradada que una perra, fea, vieja, gastada y humillada hasta la tierra por la cruel lascivia del hombre; y sin embargo orgullosa, caprichosa y depravada. Y entonces tú la recibirás en tu casa y curarás sus pústulas con la energía sobrehumana que no tuviste para impedir que se fuera. Esta es tu redención única. Esa es tu penitencia.

—Jamás, por Dios vivo y verdadero —gritó el desdichado, descompuesto y perlático—. Jamás traspondrá mi umbral, jamás verá a mis hijos, no infectará mi casa o la mato. No hay fuerzas en mí para eso, no se me puede pedir eso. No puedo. En nombre de Dios, no puedo. Rehusó.

Toda su agitación se había convertido en un manso llanto que corría a hilos interminables de sus ojos cerrados, mientras repetía suplicante:

—No hay una sola gota de fuerza en mí para eso. El fraile lo miró un rato: lloraba serenamente, las manos sobre las rodillas, inmóvil, sosegado. Y entonces el fraile, con gran deliberación y tiento, en punta de pies, como para no despertar a alguno, ganó la puerta sin rumor ninguno y se marchó sin más trámites. Mas al llegar al pie de la escalera notó que había perdido en la lucha del consultorio su gran crucifijo de bronce, *el crucifijo de los votos*, que llevaba siempre atravesado al cinto como un facón, al modo misionero. Volvió con las mismas precauciones a buscarlo, y al entornar de nuevo el batiente vio esta escena:

El dentista había alzado el artefacto y lo tenía sobre una rodilla, la otra mano en el pecho y la cabeza estaba caída y los ojos estaban escudriñando curiosamente el extraño hombre coronado de espinas y prendido con tres garfios de un palo. Lloraba todavía.

El fraile no entró. Hizo un gesto indefinible y se fue sin hacer ruido. Al día siguiente estaba en su reducción de San Salvador del Toba.

Allí recibió varias circulares del juzgado y una carta apremiante del gobernador del Chaco para comparecer como testigo en el proceso en curso acerca de la muerte del *mbacarayá* Sofanor Sanabria. Todas las cuales desobedeció tranquilamente.

H. BUSTOS DOMECCQ

LAS PREVISIONES DE SANGIACOMO

ADOLFO BIOY CASARES, que junto con JORGE LUÍS BORGES es autor de *Seis Problemas para Don Isidro Parodi*, obra de la que hemos seleccionado el cuento aquí incluido, nació en Buenos Aires en 1914. Es autor de *La Invención de Morel* (Premio Municipal de Literatura), *El Perjurio de la Nieve*, *Plan de Evasión*, *La Trama Celeste*, etc. En colaboración con J. L. Borges Y Silvina Ocampo ha realizado una considerable labor antológica.

Con respecto a Borges, véase páginas anteriores.

A Mahoma

El recluso de la celda 273 recibió con marcada resignación a la señora de Anglada y a su marido.

—Seré rotundo; daré la espalda a toda metáfora —prometió gravemente Carlos Anglada—. Mi cerebro es una cámara frigorífica: las circunstancias de la muerte de Julia Ruiz Villalba —Pumita, para los de su clase — perduran en ese recipiente gris, incorruptas. Seré implacable, fidedigno; miro estas cosas con la indiferencia del *deus ex machina*. Le impondré un corte transversal de los hechos. Lo conmino, Parodi: sea usted un nervio auditivo.

Parodi no levantó los ojos; siguió iluminando una fotografía del doctor Irigoyen; el introito del vigoroso poeta no le comunicaba hechos nuevos: días antes había leído un sueltito de Molinari, sobre la brusca desaparición de la señorita de Ruiz Villalba, uno de los elementos juveniles más animados de nuestro mundillo social.

Anglada impostó la voz; Mariana, su mujer, tomó la palabra:

—Ya Carlos hizo que me costeara a la cárcel y yo que tenía que ir a opiarme en la conferencia de Mario sobre Concepción Arenal. Qué salvada la suya, señor Parodi, no tener que ir a la *Casa de Arte*; hay cada figurón que es un plomo, aunque yo siempre digo que Monseñor habla con mucha altura. Carlos, como toda la vida, va a querer meter su cuchara, pero al fin y al cabo es mi hermana, y no me han arrastrado hasta aquí para que yo esté callada como una ente. Además las mujeres, con la intuición, nos damos más cuenta de todo, como dijo Mario la vez que me felicitó por el luto (yo estaba hecha una loca, pero a las platinadas nos sienta el negro). Mire, yo, con la *suite* que tengo, voy a contarle las cosas desde el principio, aunque no me hago la difícil con la manía de los libros. Usted habrá visto en la *rotogravure* que la pobre Pumita, mi hermana, se había comprometido con Rica Sangiácomo, que tiene un apellido que es matador. Aunque parezca un cache era una pareja ideal: la Pumita, tan mona, con el *cachet* Ruiz Villalba y los ojos de Norma Shearer, que ahora que se nos fue, como dijo Mario, ya no quedan más que los míos. Es claro que era una india y que no leía más que *Vogue* y por eso le faltaba ese *charme* que tiene el teatro francés, aunque Madeleine Ozeray es un adefesio. Es el colmo venir a decirme a

mí que se ha suicidado, yo que estoy tan católica desde el Congreso y ella con esa *joie de vivre* que yo también la tengo, aunque no soy una mosca muerta. No me diga que es una plancha y una falta de consideración este escándalo, como si yo no tuviera bastante con lo del pobre Formento, que le clavó el cuchillito por el sillón a Manuel que estaba embobado con los toros. A veces me da qué pensar y digo que es llover sobre mojado.

“Rica tiene fama de buenmocísimo, pero qué más quería él que entrar en una familia como la gente, ellos que son unos *parvenus*, aunque al padre yo lo respeto porque vino al Rosario con una mano atrás y otra adelante. La Pumita no se chupaba el dedo, y mamá con el *faible* que le tenía tiró la casa por la ventana cuando la presentaron, y así no es gracia que se comprometiera cuando era una mocosa. Dice que se conocieron de un modo lo más romántico, en Llavallol, como Errol Flynn y Olivia de Havilland, en *Vamos a Méjico*, que en inglés se llama *Sombrero*; a la Pumita se le había desbocado el *pony* del *tonneau* al llegar al macadam, y Ricardo, que no tiene más horizonte que los petizos de polo, se quiso hacer el Douglas Fairbanks y le paró el *pony*, que no es una cosa del otro mundo. El se quedó chocho cuando supo que era mi hermana, y la pobre Pumita, ya se sabe, le gustaba afilar hasta con los mucamos de adentro. La cuestión es que se lo invité a Rica a *La Moncha*, y eso que no nos habíamos visto ni en caja de fósforos. El Commendatore —el padre de Rica, usted recuerda— les hacía un gancho bárbaro, y Rica me tenía enferma con las orquídeas que él mandaba todos los días a la Pumita, así que yo hice rancho aparte con Bonfanti, que es otra cosa.

—Tómese un resuello, señora —intercaló respetuosamente Parodi—. Ahora que no garúa, usted podría aprovechar, don Anglada, para hacerme un resumido.

—Abro fuego...

—Ya tuviste que salir con tus pesadeces —observó Mariana, aplicando a sus labios desganados un cuidadoso *rouge*.

—El panorama erigido por mi señora es terminante. Falta, sin embargo, tirar las coordenadas de práctica. Seré el agrimensor, el catastro. Acometo la vigorosa síntesis.

“En Pilar, contiguos a *La Moncha*, se afirman los parques, los viveros, los invernáculos, el observatorio, los jardines, la pileta, las jaulas de los animales, el golf, el acuario subterráneo, las dependencias, el gimnasio, el reducto del Commendatore Sangiácomo. Este florido anciano —ojos irrefutables, estatura mediocre, tinte sanguíneo, níveos mostachos que interrumpe el toscano festivo— es un moño de músculos, en la pista, en la pedana y en el trampolín de madera. Paso de la instantánea al cinematógrafo: abordo sin ambages la biografía de este vulgarizador del abono. El oxidado siglo XIX se revolvió y gimoteaba en su silla de enfermo —años del biombo japonista y del velocípedo tarambana— cuando el Rosario abrió la generosidad de sus

fauces a un inmigrante itálico; miento, a un niño italiano. Pregunto: ¿quién era ese niño? Contesto: el *Commendatore Sangiácomo*. El analfabetismo, la maffia, la intemperie, una fe ciega en el porvenir de la patria, fueron sus pilotos de cabotaje. Un varón consular —confirmo: el cónsul de Italia, conde Isidoro Fosco— adivinó el encaje moral que encerraba el joven y más de una vez le brindó un consejo desinteresado.

“En 1902 Sangiácomo encaraba la vida desde el pescante de madera de un carro de la Dirección de Limpieza; en 1903 presidía una flota pertinaz de carros atmosféricos; desde 1908 —año en que salió de la cárcel— vinculó definitivamente su nombre a la saponificación de las grasas; en 1910 abarcaba las curtiembres y el guano; en 1914 columbró con ojo de cíclope las posibilidades de la gomorresina del asa fétida; la guerra disipó ese espejismo; nuestro luchador, al borde de la catástrofe, dió un golpe de timón y se consolidó en el ruibarbo. Italia no tardó en detonar su grito y su músculo; Sangiácomo, desde la otra margen atlántica, gritó “¡Presente!” y fletó un barco de ruibarbo para los modernos inquilinos de las trincheras. No le desanimaron los motines de una soldadesca ignorante; sus cargamentos nutritivos abarrotaron dársenas y almacenes en Génova, en Salerno y en Castellammare, desalojando más de una vez a densas barriadas. Esa plétora alimenticia tuvo su premio: el novel millonario crucificó su pecho con la cruz y el mandil de *Commendatore*.”

—Qué manera de contar que parece que estás hecho un sonámbulo —dijo desapasionadamente Mariana, y siguió levantando sus faldas—. Antes que lo hicieran *Commendatore* ya se había casado con la prima carnal que mandó buscar a Italia a propósito, y también te comiste lo de los hijos.

—Ratifico: me he dejado arrastrar por el *ferry—boat* de mi verba. Wells rioplatense, remonto la corriente del tiempo. Desembarco en el tálamo posesivo. Ya nuestro luchador engendra su vástago. Nace: es Ricardo Sangiácomo. La madre, figura vislumbrada, secundaria, desaparece: muere en 1921. La muerte (que a semejanza del cartero llama dos veces) lo privó ese mismo año del propulsor que nunca le negara su aliento, conde Isidoro Fosco. Lo digo, lo redigo, sin trepidar: el *Commendatore* se asomó a la locura. El horno crematorio había mascado la carne de la esposa; quedaba su producto, su impronta: el párvulo unigénito. Monolito moral, el padre se consagró a educarlo, a adorarlo. Subrayo un contraste: el *Commendatore* —duro y dictatorial entre sus máquinas como una prensa hidráulica—, fue, *at home*, el más agradable de los polichinelas del hijo.

“Enfoco a este heredero: chambergo gris, los ojos de la madre, bigote circunflejo, movimientos dictados por Juan Lomuto, piernas de centauro argentino. Este protagonista de las piscinas y del *turf*, es también un jurisconsulto, un contemporáneo. Admito que su poemario *Peinar al viento* no constituye una férrea cadena de metáforas, pero no falta la visión espesa, el atisbo noviestructural. Sin embargo, es en el terreno de la novela donde

nuestro poeta rendirá todo su voltaje. Predigo: algún crítico musculoso no dejará tal vez de subrayar que nuestro iconoclasta, antes de romper los viejos moldes, los ha reproducido; pero habrá de admitir la fidelidad científica de la copia. Ricardo es una promesa argentina; su relato sobre la condesa de Chinchón aglutinará el buceo arqueológico y el espasmo neo—futurista. Esa labor exige la compulsa de los infolios de Gandía, de Levene y de Grosso. Felizmente, nuestro explorador no está solo: Eliseo Requena, su abnegado hermano de leche, lo secunda y lo empuja en el periplo. Para definir a este acólito seré conciso como un puño: el gran novelista se ocupa de las figuras centrales de la novela y deja que plumas menores se ocupen de las figuras menores. Requena (estimable sin duda como factótum) es uno de tantos hijos naturales del Commendatore, ni mejor ni peor que los otros. Miento: acusa un rasgo individual: la insospechable devoción por Ricardo. Acude ahora a mi mente un personaje pecuniario, bursátil. Le arranco la máscara: presento al administrador del Commendatore, Giovanni Croce. Sus detractores fingen que es riojano y que su verdadero nombre es Juan Cruz. La verdad es muy otra: su patriotismo es notorio; su devoción al Commendatore, perpetua; su acento, muy desagradable. El Commendatore Sangiácomo, Ricardo Sangiácomo, Eliseo Requena, Giovanni Croce, he aquí el cuarteto humano que presencié los últimos días de Pumita. Relego al justo anonimato la turba asalariada: jardineros, peones, cocheros, masajistas...

Mariana intervino irresistiblemente:

—¿Cómo vas a negar esta vez que sos un envidioso y un mal pensado? No has dicho ni un poquito de Mario, que tenía la pieza llena de libros al lado de la nuestra y que se da cuenta muy bien cuando una mujer distinguida sale de lo vulgar, y no pierde tiempo mandando cartitas como un pavo. Bien que te dejé con la boca abierta cuando no dijiste ni mu. Es bestial cómo sabe.

—Exacto; suelo darme una mano de silencio. El doctor Mario Bonfanti es un hispanista adscrito a la propiedad del Commendatore. Ha publicado una adaptación para adultos del *Cantar de Myo Cid*; premedita una severa gauchización de las *Soledades*, de Góngora, a las que dotará de bebederos y de jagüeles, de cojinillos y de nutrias.

—Don Anglada, ya me tiene mareado con tanto libro —dijo Parodi—. Si quiere que le sirva de algo, hábleme de su cuñada, la finadita. Total, nadie me salva de oírlo.

—Usted, como la crítica, no me capta. El gran pintor —he dicho: Picasso — ubica en los primeros planos el fondo del cuadro y posterga en la línea del horizonte la figura central. Mi plan de batalla es el mismo. Abocetadas las comparsas ambientes —Bonfanti, etc.—, caigo de lleno en la Pumita Ruiz Villalba, *corpus delicti*.

"El plástico no se deja arrastrar por las apariencias. Pumita, con su travesura de Efebo, con su gracia algo despeinada, era, ante todo, un telón de fondo: su función era destacar la belleza opulenta de mi señora. La Pumita ha

muerto; en el recuerdo esa función es indeciblemente patética. Brochazo de gran guiñol: el 23 de junio, a la noche, reía y chapoteaba en la sobremesa al calor de mi verba; el 24, yacía envenenada en su dormitorio. El destino, que no es un caballero, hizo que mi señora la descubriese."

II

La tarde del 23 de junio, víspera de su muerte, la Pumita vio morir tres veces a Emil Jannings en copias imperfectas y veneradas de *Alta traición*, del *Angel Azul* y de *La última orden*. Mariana sugirió esa expedición al Club Pathé—Baby; al regreso, ella y Mario Bonfanti se relegaron al asiento de atrás del Rolls—Royce. Dejaron que la Pumita fuera adelante con Ricardo y completara la reconciliación iniciada en la compartida penumbra del cinematógrafo. Bonfanti deploró la ausencia de Anglada: este polígrafo componía, esa tarde, una *Historia Científica del Cinematógrafo*, y prefería documentarse en su infalible memoria de artista, no contaminada por una visión directa del espectáculo, siempre ambigua y falaz.

Esa noche, en Villa Castellammare, la sobremesa fue dialéctica.

—Otra vez doy la palabra a mi viejo amigo, el Maestro Correas —dijo eruditamente Bonfanti, que animaba un saco tejido en punto de arroz, una doble tricota de *Huracán*, una corbata escocesa, una sobria camisa color ladrillo, un juego de lápiz y estilográfica tamaño coloso y un cronómetro—pulsera de referee—. Fuimos por lana y volvimos trasquilados. Los boquirrubios que detentan el cacicazgo del Pathé—Baby Club nos han fastidiado: dieron un muestrario de Jannings en el que falta lo más enjundioso y egregio. Nos han escamoteado la adaptación de la sátira butleriana *Ainsi va toute chair*, *De carne somos*.

—Es como si la hubieran dado —dijo la Pumita—. Todos los *films* de Jannings son *De carne somos*. Siempre es el mismo argumento: primero le van acumulando felicidades; después lo enyetan y lo hunden. Es una cosa tan aburrida y tan igual a la realidad. Apuesto a que el Commendatore me da la razón.

El Commendatore vaciló; Mariana intervino inmediatamente.

—Todo porque fui yo la de la idea que fuéramos. Bien que lloraste como una cache a pesar del *rimmel*.

—Es cierto —dijo Ricardo—. Yo te vi llorar. Después te ponés nerviosa y tomás esas gotas para dormir que tenés en la cómoda.

—Serás más que zonza —observó Mariana—. Ya sabés que el doctor ha dicho que esas porquerías no son buenas para la salud. Yo es otra cosa, porque tengo que lidiar con los mucamos.

—Si no duermo, no me faltará qué pensar. Además, no será ésta la última noche. ¿Usted no cree, Commendatore, que hay vidas que son idénticas a las vistas de Jannings?

—Tiene razón la Pumita: nadie se salva de su destino. Morganti era una fiera para el polo, hasta que se compró el tobiano que le trajo yeta.

—No —gritó el Commendatore—. El hommo pensante no cree en la yeta porque yo la venzo con esta pata de conejo. —La sacó de un bolsillo interior del *smoking* y la esgrimió con exultación.

—Eso es lo que se llama un directo a la mandíbula —aplaudió Anglada—. Razón pura, más razón pura.

—Lo que es yo, estoy segura que hay vidas en que no sucede nada por casualidad —insistió la Pumita.

—Mirá, si lo decís por mí, estás paf —declaró Mariana—. Si mi casa está hecha un barullo, la culpa la tiene Carlos, que siempre me está espiando.

—En las vidas no debe suceder nada por casualidad —zumbó la voz luctuosa de Croce—. Si no hay una dirección, una policía, caemos directamente en el caos ruso, en la tiranía de la Cheka. Debemos confesarlo: en el país de Iván el Terrible, ya no queda libre albedrío.

Ricardo, visiblemente reflexivo, acabó por decir:

—Las cosas, es una cosa que no pueden suceder por casualidad. Y... si no hay orden, por la ventana entra volando una vaca.

—Aun los místicos de vuelo más aguileño, una Teresa de Cepeda y Ahumada, un Ruysbrokio, un Blosio —confirmó Bonfanti—, se ciñen al imprimátur de la Iglesia, al marchamo eclesiástico.

El Commendatore golpeó la mesa.

—Bonfanti, yo no quiero ofenderlo, pero es inútil que se esconda: usted es, propiamente, un católico. Vaya sabiendo que nosotros los del Gran Oriente del Rito Escocés, nos vestimos como si fuéramos curas y no tenemos que envidiarle a nadie. La sangre se me enferma cuando oigo decir que el hombre no puede hacer todo lo que le pasa por la fantasía.

Hubo un silencio incómodo. A los pocos minutos, Anglada, pálido, se atrevió a balbucir:

—*Knock—out técnico*. La primera línea de los deterministas ha sido rota. Nos desbordamos por la brecha; huyen en completo desorden. Hasta donde alcanza la vista, el campo de batalla queda sembrado de armas y de bagajes.

—No te hagas el que ganaste la discusión, porque no fuiste vos, que estabas como mudo —dijo implacablemente Mariana.

—Pensar que todo lo que decimos va a pasar a la libreta que trajo de Salerno el Commendatore —dijo abstraídamente la Pumita.

Croce, el lóbrego administrador, quiso cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Y qué nos dice el amigo Eliseo Requena?

Le contestó con una voz de laucha un joven inmenso y albino:

—Estoy muy atareado: Ricardito va a concluir su novela.

El aludido se ruborizó y aclaró:

—Trabajo como un topo, pero la Pumita me aconseja que no me apure.

—Yo guardaría los cuadernos en un cajón y los dejaría nueve años —dijo la Pumita.

—¿Nueve años? —exclamó el Commendatore, casi apoplético—. ¿Nueve años? ¡Hace quinientos años que el Dante publicó la *Divina Comedia!*

Con noble urgencia, Bonfanti apoyó al Commendatore:

—Bravo, bravo. Esa vacilación es netamente hamletiana, boreal. Los romanos entendían el arte de otra manera. Para ellos, escribir era un gesto armonioso, una danza, no la sombría disciplina del bárbaro, que procura suplir con mortificaciones monjiles la sal que le deniega Minerva.

El Commendatore insistió:

—El que no escribe todo lo que le fermenta en la testa es un eunuco de la Capilla Sixtina. Eso no es un hombre.

—Yo también opino que el escritor debe darse entero —afirmó Requena—. Las contradicciones no importan; la cuestión es volcar en el papel toda esa confusión que es lo humano.

Mariana intervino:

—Yo, cuando le escribo a mamá, si me paro a pensar no se me ocurre nada, en cambio si me dejo llevar es una maravilla, son páginas y páginas que lleno sin darme cuenta. Vos mismo, Carlos, me prometiste que yo había nacido para la pluma.

—Mirá, Ricardo —la Pumita insistió—, yo que vos no oíría más que mi consejo. Hay que poner mucho ojo en lo que se publica. Acordate de Bustos Domecq, el santafecino ese que le publicaron un cuento y después resultó que ya lo había escrito Villiers de l'Isle Adam.

Ricardo respondió con aspereza:

—Hace dos horas hicimos las paces. Ya estás provocando de nuevo.

—Tranquilícese, Pumita —aclaró Requena—, la novela de Ricardito no se parece nada a Villiers.

—No me entendés, Ricardo, yo lo hago por tu bien. Esta noche estoy muy nerviosa, pero mañana tenemos que hablar.

Bonfanti quiso lograr una victoria, y pontificó:

—Ricardo es demasiado sensato para rendirse a los reclamos falaces de un arte novelero, sin raigambre americana, española. El escritor que no siente ascender por su savia el mensaje de la sangre y del terruño es un *déraciné*, un descastado.

—No lo reconozco, María —aprobó el Commendatore—; esta vuelta no habló como un bufón. El arte verdadero sale de la tierra. Es una ley que se cumple: el más noble Maddaloni yo lo tengo en el fondo de la bodega; en toda Europa, mismo en América, están guardando en sótanos reforzados las obras de los grandes maestros, para que no las importunen las bombas; la semana pasada

un arqueólogo serio tenía en la valija un pumita en barro cocido, que desenterró en el Perú. Me lo dió a precio de costo y ahora lo guardo en el tercer cajón de mi escritorio particular.

—¿Un pumita? —dijo la Pumita asombrada.

—Así es —dijo Anglada—. Los aztecas la presintieron. No les exijamos demasiado. Por futuristas que fueran, no podían concebir la belleza funcional de Mariana.

(Con bastante fidelidad, Carlos Anglada transmitió a Parodi esta conversación.)

III

El viernes, a primera hora, Ricardo Sangiácomo conversaba con don Isidro. La sinceridad de su congoja era evidente. Estaba pálido, enlutado y sin afeitarse. Dijo que no había dormido esa noche, que hacía varias noches que no dormía.

—Es una brutalidad lo que me pasa —dijo sombríamente—. Una verdadera brutalidad. Usted, señor, que habrá llevado una vida más bien pareja, del inquilinato a la cárcel, como quien dice, no puede sospechar ni remotamente lo que esto representa para mí. Yo he vivido mucho, pero nunca he tenido un contratiempo que no lo haya resuelto en seguida. Mire: cuando la Dolly Sister me vino con el cuento del hijo natural, el viejo, que parece todo un señor, incapaz de comprender estas cosas, la arregló acto continuo con seis mil pesos. Además, hay que reconocer que tengo una cancha bárbara. Vez pasada, en Carrasca, la ruleta me limpió hasta el último centésimo. Era imponente: los tipos sudaban para verme jugar; en menos de veinte minutos perdí veinte mil pesos. Fíjese la situación mía: no tenía ni para telefonar a Buenos Aires. Sin embargo, salí lo más fresco a la terraza. ¿Quiere creer que resolví *ipso facto* el problema? Apareció un petizo gangoso que había seguido mi juego con mucha aplicación, y me prestó cinco mil pesos. Al día siguiente estaba de vuelta en Villa Castellammare, habiendo rescatado cinco mil pesos de los veinte mil que me robaron los uruguayos. El gangoso ni me vio el pelo.

“De los programas con mujeres ni le hablo. Si quiere divertirse un rato, pregúntele a Mickey Montenegro qué clase de pantera soy yo. En todo soy así: vaya usted a averiguar cómo estudio. Ni abro los libros, y cuando llega el día del examen, el tipo se manda un bromuro y la mesa lo felicita. Ahora el viejo, para que me saque de la cabeza el disgusto de la Pumita, quiere meterme en política. El doctor Saponaro, que es un lince, dice que todavía no sabe qué partido me conviene; pero le juego lo que quiera que el próximo *half-time* me corro un clásico en el Congreso. En polo es igual: ¿quién tiene los mejores petizos? ¿Quién es *crack* en Tortugas? No sigo para no aburrirlo.

“Yo no hablo por gusto, como la Barcina, que iba a ser mi cuñada, o como su marido, que se mete a hablar de fútbol y que nunca ha visto una pelota

número cinco. Quiero que usted se vaya haciendo su composición de lugar. Yo estaba por casarme con la Pumita, que tenía sus lunas, pero que era una maravilla. De la noche a la mañana apareció envenenada con cianuro, muerta, para serle franco. Primero hacen correr la bola de que se ha suicidado. Un loquero, porque estábamos por casarnos. Imagínese que yo no voy a dar mi nombre a una alienada que se suicida. Después dicen que tomó el veneno por distracción, como si no tuviera dos dedos de frente. Ahora salen con la novedad del asesinato, que a todos nos salpica. Yo, ¿qué quiere que le diga?: entre asesinato y suicidio, me quedo con el suicidio, aunque también es un disparate.”

—Mire, mozo: con tanta charla esta celda parece Belisario Roldán. En cuanto me descuido, ya se me ha colado un payaso con el cuento de las figuras del almanaque, o del tren que no para en ninguna parte, o de su señorita novia que no se suicidó, que no tomó el veneno por casualidad y que no la mataron. Yo le voy a dar orden al subcomisario Grandona que en cuanto los vislumbre los meta de cabeza en el calabozo.

—Pero si yo quiero ayudarlo, señor Parodi; es decir, quiero pedirle que usted me ayude...

—Muy bien. Así me gustan los hombres. A ver, vamos por partes. ¿La finada había apegugado con la idea de casarse con usted? ¿Está seguro?

—Como que soy hijo de mi padre. La Pumita tenía sus lunas, pero me quería.

—Ponga atención a mis preguntas. ¿Estaba encinta? ¿Algún otro zongo la festejaba? ¿Necesitaba dinero? ¿Estaba enferma? ¿Usted la aburría mucho? Sangiácomo, después de meditar, respondió negativamente.

—Explíqueme ahora lo de la medicina para dormir.

—Y, doctor, nosotros no queríamos que tomara. Pero ella la compraba vuelta a vuelta y la tenía escondida en el cuarto.

—¿Usted podía entrar en el cuarto de ella? ¿Nadie podía entrar?

—Todos podían entrar —aseguró el joven—. Usted sabe, todos los dormitorios de ese pabellón dan a la rotonda de las estatuas.

IV

El 19 de julio, Mario Bonfanti irrumpió en la celda 273. Se despojó resueltamente del perramus blanco y del chambergo peludo, arrojó el bastón de malaca sobre la cucheta reglamentaria, encendió con un *briquet* a kerosene una moderna pipa de espuma de mar y extrajo de un bolsillo secreto un cuadrilongo de gamuza color mostaza con el cual frotó vigorosamente los cristales oscuros de sus antiparras. Durante dos o tres minutos, su respiración audible agitó la bufanda tornasolada y el denso chaleco lanar. Su fresca voz italiana, exornada por el ceceo ibérico, resonó gallarda y dogmática a través del freno dental.

—Usted, maese Parodi, ya se sabrá de corro los tejemanejes policíacos, la cartilla detectivesca. Palmariamente le confieso que a mí, más dado al papeleo

erudito que al intrínquilis delictuoso, me tomaron de sopetón. En fin, ahí están los esbirros, erre que erre con que el suicidio de la Pumita fue un asesinato. El hecho es que esos Edgar Wallace de rebotica me tienen entre ojos. Soy netamente futurista, porvenirista; días pasados, juzgué prudente hacer un "donoso escrutinio" de cartas amoratorias; quise higienizar el espíritu, aligerarme de todo lastre sentimental. Superfluo traer a colación el nombre de la dama: ni a usted ni a mí, Isidro Parodi, nos interesa el pormenor patronímico. Merced a este *briquet*, si usted me pasa el galicismo —añadió Bonfanti, esgrimiendo con exultación el considerable artefacto— hice en la chimenea de mi dormitorio—bufete una resoluta pira postal. Pues vea usted: los sabuesos pusieron el grito en el cielo. Esa piroctenia inocente me ha valido un *week—end* en Villa Devoto, un duro exilio de la petaca doméstica y de la cuartilla consuetudinaria. Claro está que en mi fuero interno les puse de oro y azul. Pero ya he perdido la euforia: hasta en la sopa me parece encontrar a esos tíos feísimos. Le pregunto con máxima lealtad: ¿juzga usted que estoy en peligro?

—De seguir hablando hasta después del Juicio Final —respondió Parodi—. Si no amaina, todavía lo van a tomar por gallego. Hágase el que no está mamado, y dígame lo que sepa de la muerte de la Pumita.

—Disponga usted de todos mis recursos expositivos, de mi cornucopia verbal. En un santiamén le bosquejaré a grandes rasgos la sinopsis del caso. No ocultaré a su perspicacia, Parodi cordialísimo, que la muerte de la Pumita había afectado —mejor, desbarajustado— a Ricardo. Doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada no chochea, de cierto, al refirmar con ese envidiable gracejo, que "los jacas de polo son el horizonte de Ricardo"; cale usted nuestro pasmo cuando supimos que de puro marchito y avinagrado había vendido a no sé qué chalán de City Bell esas caballerías supernas, que ayer eran las niñas de sus ojos y que hoy miraba capotudo, sin afición. Ya no estaba de grox ni de regolax. Ni siquiera le desaturdió la publicación de su crónica novelesca *La espada al medio día*, cuyo manuscrito adobé yo mismo para las prensas y en la que usted, que es todo un veterano en estas lides, no habrá dejado de advertir, y aplaudir, más de una contrafirma de mi estilo personalísimo, tamaña como huevo de avestruz. Trátase de una fineza del Comendador, de una treta longámina: el padre, para puntofinalizar la murria del hijo, apresuró a lo somorgujo la impresión de la obra, y, en menos que trepa un cerdo, le sorprendió con seiscientos cincuenta ejemplares en papel Wathman, formato *Teufelsbibel*. A la chiticallando el Comendador es proteiforme: dialoga con los médicos de cabecera, conferencia con los testaferreros del banco, niega su óbolo a la baronesa de Servus, que blande el cetro perentorio del Socorro Antihebreo, biseca su caudal en dos ramas, de las cuales destina la mayor parte al hijo legítimo —una millonada sumida en los raudos convoyes del Soterraño, que se triplicará en un lustro—, y la menor, dormijosa en frugales cédulas, para el hijo habido en buena guerra, Eliseo Requena; todo ello sin desmedro de postergar *sine die* mis honorarios y

de entigrecerse con el regente de la imprenta, moroso de suyo.

"Más vale favor que justicia: a la semana de la publicación de *La espada*, etc., don José María Pemán dió al papel un encomio, a no dudar engolosinado por ciertos arrequives y galanuras que no se le ocultaron al muy certero, y que no se compadecen con lo ramplón de la sintaxis de Requena y con su desmayado vocabulario. La buena fortuna le bailaba el agua delante, pero Ricardo, desconsiderado y monótono, se empecinaba en estérilmente plañir el deceso de la Pumita. Ya le oigo a usted murmurar para su coletó: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos." Sin enfrascarnos por ahora en disputaciones inútiles sobre la validez del versículo, puntualizaré que yo mismo sugerí a Ricardo la necesidad, más aún, la conveniencia, de cancelar la cuita inmediata y recabar confort en las fuentes munificas del pasado, arsenal y aparador de todo rebrote. Le sugerí que reviviera alguna aventurilla carnal, anterior al advenimiento de la Pumita. Consejo de Oldrado, pleito ganado: sus y manos a la obra. En menos que tose un viejo, nuestro Ricardo, redivivo y jovial, tripulaba el ascensor de la residencia de la baronesa de Servus. Reportero de raza, no le escatimo el pormenor auténtico, el nombre propio. La historia, por otra parte, sintomatiza el refinado primitivismo que es monopolio incuestionable de la gran dama teutónica. El primer acto, se desliza en una tribuna acuática, anfibia, en esa candorosa primavera de 1937. Nuestro Ricardo avizoraba con un distraído prismático los altibajos de una regata preliminar, femenina: las walkirias del Ruderverein contra las colombinas del Neptunia. De súbito, el cristal meterete se detiene; queda boquiabierto: absorbe sediento la grácil y garrida figura de la baronesa de Servus, jinete en su *clinker*. Esa misma tarde, un número obsoleto del *Gráfico* fue mutilado; esa noche una efígie de la baronesa, realzada por la fidelidad del *doberman pinscher*, presidió el insomnio del joven. Una semana después, Ricardo me dijo: "Una francesa loca me está pudriendo por teléfono. Para que se deje de secar voy a verla." Como usted ve, repito los *ipsissima verba* del interfecto. Bosquejo la primera noche de amor: Llega Ricardo a la residencia de marras; asciende, vertical, en el ascensor; le introducen a un saloncete íntimo; le dejan; de súbito se apaga la luz; dos conjeturas tironean la mente del imberbe: un cortocircuito, un secuestro. Ya gimotea, ya se plañe, ya maldice la hora en que vio la luz, ya extiende los brazos; una voz cansada le impetra con dulce autoridad. La sombra es grata y el diván es propicio. La Aurora, mujer al fin, le devolvió la vista. No postergaré la revelación, Parodi amicísimo: Ricardo se desperezó en los brazos de la baronesa de Servus.

"Su vida de usted y la mía, más apoltronadas, más sedentarias, quizá más reflexivas, por ende, prescinden de lances de esa estofa; en la vida de Ricardo, pululan.

"Este, cariacontecido por la muerte de la Pumita, busca a la baronesa. Severo, pero justo, fue nuestro Gregorio Martínez Sierra cuando estampó

aquello de que la mujer es una esfinge moderna. Por de contado que usted no exigirá de mi hidalguía que yo refiera punto por punto el diálogo de la gran dama tornadiza y del importuno galán que la quería rebajar a paño de lágrimas. Esas hablillas, esa cocina chismográfica, bien están en manos de zafios novelistas afrancesados, que no de pesquisidores de la verdad. Además, no sé de qué hablaron. El hecho es que a la media hora, Ricardo, conejuno y alicaído, bajaba en el mismo ascensor Otis que otrora le encumbró tan ufano. Aquí empieza la trágica zarabanda, aquí principia, aquí da comienzo. ¡Que te pierdes, Ricardo, que te despeñas! ¡Guay, que ya ruedas por la sima de tu locura! No le escamotearé ninguna etapa de la incomprensible via—crucis: luego de departir con la baronesa, Ricardo fue a casa de Miss Dollie Vavasour, una deleznable cómica de la legua, a la que ningún lazo le ataba y de quien sé que estuvo amancebada con él. Usted farfullará su enojo, Parodi, si me rezago, si me alongo, en esta mujerzuela baladí. Un solo trazo basta para pintarla de cuerpo entero: tuve con ella la atención de mandada mi *Ya todo lo dijo Góngora*, avalorado por una dedicatoria de puño y letra y por mi firma ológrafa; la muy grosera me dió la callada por respuesta, sin que la ablandaran mis envíos de confites, de pastas y de jarabes, a los que sobreañadí mi *Rebusco de aragonesismos en algunos folletos de J. Cejador y Frauca*, en ejemplar de lujo y portado a su domicilio particular por las Mensajerías Gran Splendid. Me devano los sesos preguntando y repreguntando qué aberración, qué bancarrota moral, indujo a Ricardo a dirigir sus pasos a esa madriguera, que yo me jacto de ignorar y que es el notorio y público precio de quién sabe qué complacencias. En el pecado está el castigo: Ricardo al cabo de una plática desolada con esa anglosajona, salió huidizo y disminuido a la calle, mascando y remascando el amargo fruto de la derrota, abanicado el altanero chambergo por los aletazos insanos de la locura. Próximo aún a la casa de la extranjera —en Juncal y Esmeralda, para no desdeñar el brochazo urbano—, tuvo un arresto varonil: no vaciló en abordar un taxi, que muy luego le depositó frente a una pensión familiar, en Maipú al novecientos. Buen céfiro insuflaba sus venas: en ese recoleto asilo, que el rebaño transeúnte motorizado por el dios Dólar tal vez no señala con el dedo, habitaba y habita Miss Amy Evans: mujer que sin abdicar su feminidad, baraja horizontes, husmea climas, y, para decirlo todo en una palabra, trabaja en un consorcio interamericano, cuya cabeza local es Gervasio Montenegro, y cuyo loado propósito es —fomentar la migración de la mujer sudamericana —“nuestra hermana latina”, que dice garbosamente Miss Evans—, a Salt Lake City y a las verdes granjas que la ciñen. El tiempo de Miss Evans es un Perú. No embargante, esa dama hurtó un *mauvais quart d'heure* a los apremios de la estafeta y recibió con toda altura al amigo que, tras la quimera de un noviazgo frustrado, había esquivado el bulto a sus fuegos. Diez minutos de cháchara con Miss Evans bastan para vigorar el temple más feble⁴; Ricardo,

⁴ A veces Mario es atacante. (Nota cedida por doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada.)

ipesial, ganó el ascensor descendente, con el ánimo por el suelo y con la palabra suicidio grabada claramente en los ojos, a la vista y paciencia del zahorí que la descifrara.

“En horas de negra melancolía no hay farmacopea que valga la simple y reiterada Naturaleza, que, atenta a los reclamos de abril, se desborda profusa y veraneante por las llanadas y congostos. Ricardo, amaestrado por los reveses, buscó la soledad campesina, marchó sin detenciones a Avellaneda. La vieja casona de los Montenegro abrió sus cortinadas puertas vidrieras para recibirle. El anfitrión, que en achaques de hospitalidad es mucho hombre, aceptó un Corona extralargo, y, entre pitada y pitada, chanza va y chanza viene, habló como un oráculo y dijo tantas y tales cosas que nuestro Ricardo, apesadumbrado y mohino, hubo de contramarchar a Villa Castellammare que no corriera más ligero si veinte mil feísimos demonios le persiguiesen.

“Sombrías antecámaras de la locura, salas de espera del suicidio: Ricardo, esa noche, no departe con quien pudiera alzaprimarle, con un camarada, un filólogo: se empoza en el primero de una luenga serie de conciliábulo con ese desmantelado Croce, más árido y reseco que el álgebra de su contabilidad.

“Tres días malgastó Ricardo en esas peroratas malsanas. El viernes tuvo un destello de lucidez: apareció de *motu proprio* en mi dormitorio—bufete. Yo, para desapestarle el ánimo, le invité a corregir las pruebas de galeras de mi reedición del *Ariel*, de Rodó, maestro que al decir de González Blanco, “supera a Valera en flexibilidad, a Pérez Galdós en elegancia, a la Pardo Bazan en exquisitez, a Pereda en modernidad, a Valle Inclán en doctrina, a Azorín en espíritu crítico”; barrunto que otro que yo hubiera recetado a Ricardo una papilla al uso, que no ese tuétano de león. Sin embargo, pocos minutos de magnetizante labor fueron bastantes para que el extinto se despidiera, campechano y gustoso. No había concluido yo de calzarme las antiparras para proseguir la fajina, cuando, del otro lado de la rotonda, retumbó el balazo fatídico.

“Afuera me crucé con Requena. La puerta del dormitorio de Ricardo estaba entornada. En el suelo, infamando de sangre reprobada el mullido quillango, yacía de cúbito dorsal, el cadáver. El revólver, caliente aún, custodiaba su eterno sueño.

“Lo proclamo bien alto. La decisión fue premeditada. Así lo corrobora y confirma la deplorable nota que nos dejó: indigente, como de quien ignora los recursos riquísimos del romance; pobre, como de chapucero que no dispone de un *stock* de adjetivos; insulsa, como de quien no juega del vocablo. Viene a patentizar lo que no pocas veces he insinuado desde la cátedra: los egresados de nuestros sedicentes colegios desconocen los misterios del diccionario. La leeré: usted será el más inflamado guerrero en esta cruzada por el buen decir.”

Esta es la carta que Bonfanti leyó momentos antes de que don Isidro lo expulsara:

Lo peor es que siempre he sido feliz. Ahora las cosas han cambiado y seguirán cambiando. Me mato porque ya no comprendo nada. Todo lo que he vivido es mentira. De la Pumita no me puedo despedir porque ya se murió. Lo que mi padre ha hecho por mí no lo ha hecho ningún padre en el mundo; quiero que todos lo sepan. Adiós y olvídenme. Fdo.: Ricardo Sangiácomo. Pilar, 11 de julio de 1941.

V

El día viernes 17 de julio de 1942, Mario Bonfanti —perramus desvaído, chambergo fatigado, pálida corbata escocesa y flamante *sweater* de Rácing— entró confusamente en la celda 273. Lo entorpecía una fuente espaciosa, envuelta en una servilleta sin mácula.

—Municiones de boca —gritó—. En menos que cuento un dedo, usted se chupará los suyos, Parodi amenísimo. ¡Miel sobre hojuelas! Las empanadas las estofaron manos atezadas; la fuente que las porta se ufana con el arma y el lema —*Hic jacet*— de la Princesa.

Un bastón de malaca lo moderó. Lo esgrimía ese triple mosquetero, Gervasio Montenegro —clac Houdin, monóculo Chamberlain, negro bigote sentimental, sobretudo con bocamangas y cuello de piel de nutria, plastrón con una sola perla Mendax, pie calzado por Nimbo, mano por Bulpington.

—Celebro encontrarlo, mi querido Parodi —exclamó con elegancia—. Usted disculpará la *fadaise* de mi secretario. No nos dejemos ofuscar por los sofismas de Ciudadela y de San Fernando: todo espíritu ponderado reconoce que Avellaneda, por derecho propio, está en la plana de honor. No me canso de repetir a Bonfanti que su juego de refranes y de arcaísmos resulta, decididamente, *vieux jeu*, fuera de ambiente; en vano dirijo sus lecturas: un riguroso régimen de Anatole France, de Oscar Wilde, de Toulet, de don Juan Valera, de Fadrique Mendes y de Roberto Gache, no ha penetrado en su entendimiento rebelde. Bonfanti, no sea terco y *révolté*, prescinda bruscamente de la empanada que acaba de substraer y diríjase *motu proprio* a la Rosa Formada, Costa Rica 5791, empresa de obras sanitarias, donde su presencia puede ser útil.

Bonfanti murmuró las palabras atentamente, zalemas, albricias, besamanos y huyó con dignidad.

—Usted, don Montenegro, que está en caballo manso —dijo Parodi—, tenga la fineza de abrir ese respiradero, no vaya a ser que se nos ataje el resuello con estas empanaditas que por el olor parecen de grasa de chanco.

Montenegro, ágil como un duelista, se trepó a un banco y obedeció la orden del maestro. Bajó con un salto escénico.

—No hay plazo que no se cumpla —dijo mirando fijamente un pucho aplastado. Sacó un potente reloj de oro; le dió cuerda y lo consultó—: Hoy es el

día 17 de julio; hace precisamente un año que usted descifró el cruel enigma de Villa Castellammare. En este ambiente de cordial camaradería alzo la copa y le recuerdo que entonces me prometió, para esta fecha, año vista, la franca revelación del misterio. No disimularé, querido Parodi, que el soñador ha perfilado en minutos escamoteados al hombre de bufete y de pluma, una teoría interesantísima, novedosa. Quizá usted, con su mente disciplinada, logre aportar a esa teoría, a ese noble edificio intelectual, algunos materiales aprovechables. No soy un arquitecto cerrado: tiendo la mano a su valioso grano de arena, reservándome, *cela va sans dire*, el derecho de repudiar lo deleznable y lo quimérico.

—No se aflija —dijo Parodi—. Su grano de arena va a resultar idéntico al mío, sobre todo si hablo antes. Tiene la palabra, amigo Montenegro. El primer maíz es para los loros.

Montenegro se apresuró a responder:

—De ningún modo. *Apres vous, messieurs les Anglais*. Por lo demás, inútil ocultarle que mi interés ha decaído prodigiosamente. El Commendatore me defraudó: yo le creía un hombre más sólido. Ha muerto —prepárese para una vigorosa metáfora— en la calle. El remate judicial apenas bastó para pagar las deudas. No le discuto que la situación de Requena es envidiable y que el oratorio Hamburgués y el casal de tapires que adquirí a precio irrisorio en esas *encheres* me han resultado mucho. Tampoco la Princesa puede quejarse: ha rescatado de la plebe ultramarina una serpiente de barro cocido, una *fouille* del Perú, que otrora atesorara el Commendatore en un cajón de su escritorio particular, y que ahora preside, densa de mitológicas sugerencias, nuestra sala de espera. *Pardon*: en otra visita ya le hablé de ese ofidio inquietante. Hombre de gusto, yo me había reservado *in petto* un agolpado bronce de Boccioni, monstruo dinámico y sugestivo, del que tuve que prescindir, pues esa deliciosa Mariana — substituyo: la señora de Anglada— le había echado el ojo, y opté por una retirada elegante. Este gambito ha sido recompensado: ahora el clima de nuestras relaciones es decididamente estival. Pero me distraigo y lo distraigo, querido Parodi. Espero a pie firme su boceto y le adelanto desde ya mi palabra de estímulo. Le hablo con la frente bien alta. Sin duda, esta afirmación motivará la sonrisa de más de un espíritu maligno; pero usted sabe que no giro en descubierto. He cumplido punto por punto mi compromiso: le he bosquejado un *raccourci* de mis gestiones ante la baronesa de Servus, ante Loló Vicuña de De Kruif y ante esa obsesionante *fausse maigre*, Dolores Vavassour; he logrado, poniendo en juego un *mélange* de subterfugios y amenazas, que Giovanni Croce, verdadero Catón de la contabilidad, arriesgara su prestigio y visitara esta cárcel penitenciaria poco antes de darse a la fuga; le he brindado no menos de un ejemplar de ese viperino folleto que inundó la Capital Federal y las localidades suburbanas, y cuyo autor, respaldado por la máscara del anonimato y ante el cenotafio aun abierto, se cubrió del más soberano ridículo denunciando

no sé qué absurdas coincidencias entre la novela de Ricardo y la *Santa Virreina*, de Pemán, obra que sus mentores literarios, Eliseo Requena y Mario Bonfanti, eligieran como riguroso modelo. Felizmente, ese don Gaiferos que se llama el doctor Ahíta, subió a la pedana y dió el do de pecho: demostró que el opúsculo de Ricardo, a pesar de admitir algunos capítulos del romanzón de Pemán —coincidencia harto disculpable en el primer hervor de la inspiración—, debía más bien considerarse un facsímil del *Billete de lotería*, de Paul Groussac, rápidamente retrotraído al siglo XVII y prestigiado por una evocación incesante del descubrimiento sensacional de las virtudes salutíferas de la quina.

"*Parlons d'autre chose*. Atento a sus más seniles caprichos, mi querido Parodi, logré que el doctor Castillo, ese obsesionante Blakamán del pan bazo y del agua pasada, desertara momentáneamente de su consultorio hidropático y lo examinara con ojo clínico."

—Dele un descanso a las payasadas —dijo el criminalista—. El enredo de los Sangiácomo tiene más vueltas que un reloj. Mire, yo empecé a atar cabos la tarde que don Anglada y la señora Barcina me contaron la discusión que hubo en lo del Comendador la víspera de la primera muerte. Lo que me dijeron después el finado Ricardo y Mario Bonfanti, y usted y el tesorero, y el médico, confirmó la sospecha. También la carta que el pobre muchacho dejó explicaba todas las cosas. Como decía Ernesto Poncio:

El destino, que es prolijo,
no da puntada sin nudo.

"Hasta la muerte de Sangiácomo viejo y el librito ese de la máscara del anónimo, sirven para entender el misterio. Si yo no lo conociera a don Anglada, sospecharía que había empezado a ver claro. La prueba está que para contar la muerte de la Pumita se remontó hasta el desembarco de Sangiácomo viejo en el Rosario. Dios habla por la boca de los zonzos: en esa fecha y en ese lugar empieza realmente la historia. Los de la policía, que son muy noveleros, no descubrieron nada porque pensaban en la Pumita y en Castellammare y en el año 1941. Pero yo, de tanto estar a galpón, me he puesto muy histórico y me gusta recordar esos tiempos cuando el hombre es joven y todavía no lo han mandado a la cárcel y no le faltan tres nacionales para darse un gusto. La historia, le repito, viene de lejos, y el Comendador es la carta brava. Vaya tomándole el peso al extranjero. En 1921 casi se volvió loco, me dijo don Anglada. Vamos a ver qué le había pasado. Se le murió la señora emigranta que le mandaron de Italia. Apenas la conocía. ¿Usted se figura que un hombre como el Comendador va a volverse loco por eso? Hágase a un lado que voy a escupir. Según el mismo Anglada, también le quitaba el sueño la muerte de su amigo el conde Isidoro Fosco. Eso no lo creo, aunque lo diga el Almanaque. El conde era un millonario, un Cónsul, y al otro, cuando era basurero, no le daba más que consejos. La muerte

de un amigo como ese es más bien un descanso, a no ser que usted lo precise para ablandarlo a golpes. Tampoco en los negocios andaba mal: a todos los ejércitos de italianos los tenía atorados con el ruibarbo que les vendía a precio de alimento, y hasta le habían dado las jinetas de Comendador. Entonces, ¿qué le pasaba? Lo de siempre, amigo: la italiana le jugó sucio con el conde Fosco. Para peor, cuando Sangiácomo descubrió la falsía, los dos ladinos ya se le habían muerto.

“Usted sabe lo vengativos y hasta rencorosos que son los calabreses. Ni que fueran escribientes de la 18. El Comendador, ya que no podía vengarse de la mujer ni del farsante de los consejos, se vengó en el hijo de los dos, en Ricardo.

“Un sujeto cualquiera, usted, por ejemplo, en trance de vengarse, hubiera rigoreado un poco al putativo, y san se acabó. A Sangiácomo viejo lo agrandó el odio. Se formó un plan que no se le ocurre ni a Mitre. Como trabajo fino y de aguante, hay que sacarle el sombrero. Planeó toda la vida de Ricardo: destinó los primeros veinte años a la felicidad, los veinte últimos a la ruina. Aunque parezca fábula, nada casual hubo en esa vida. Vamos a empezar por lo que usted entiende: las cosas de mujeres. Ahí tiene la baronesa de Servo, y la Sister, y la Dolores, y la Vicuña; todos esos amoríos el viejo se los preparó sin que él maliciara. Tan luego a usted contarle estas cosas, don Montenegro, que habrá engordado como novillo con las comisiones. Hasta el encuentro con la Pumita parece más preparado que una elección en La Rioja. Con los exámenes de abogado, la misma historia. El muchacho no se esmeraba, y le llovían clasificaciones. En la política ya iba a sucederle lo mismo: con Saponaro en el pescante, nadie la falla. Mire, es matarse: en todo era igual. Acuérdesse de los seis mil pesos para amansar a la Dolly Sister; acuérdesse del petizo gangoso que le brotó de golpe en Montevideo. Era un elemento del padre: la prueba es que no trató de cobrar los cinco mil de oro que le prestó. Y ahora, tome el caso de la novela. Usted mismo ha dicho hace un rato que Requena y Mario Bonfanti le sirvieron de testaferreros. El mismo Requena, la víspera de la muerte de la Pumita, se mandó una agachada: dijo que estaba muy atareado, porque Ricardo iba a concluir la novela. Más claro, echarle agua: el encargado del librito era él. Después Bonfanti le puso unas contrafirmas del tamaño de un huevo de avestruz.

“Así llegamos al año 41. Ricardo creía desempeñarse con libertad, como cualquiera de nosotros, y el hecho es que lo manejaban como a las piezas del ajedrez. Lo habían ennoviado con la Pumita, que era una niña de mérito, bajo cualquier concepto. Todo iba como sobre ruedas, cuando el padre, que había tenido la soberbia de imitar al destino, descubrió que el destino estaba manejándolo a él; tuvo un atraso en la salud; el doctor Castillo le dijo que apenas le quedaba un año de vida. Sobre el nombre del mal, el doctor dirá lo que se le antoje; para mí que tenía, como Tavorara, un pasmo en el corazón. Sangiácomo

apuró el baile. En el año que le quedaba, tuvo que amontonar las últimas dichas y todas las calamidades y las penurias. La tarea no lo asustó; pero en la cena del 23 de junio, la Pumita le dió a entender que había descubierto el enredo: claro que no lo dijo directamente. No estaban solos. Le habló de las vistas del biógrafo. Dijo que a un tal Juárez primero le acumulaban triunfos y después lo enyetan. Sangiácomo quiso hablar de otra cosa; ella volvió a la carga y repitió que hay vidas en las que no sucede nada por casualidad. Sacó también a relucir la libreta en que el viejo escribía su diario; lo dijo para darle a entender que la había leído. Sangiácomo, para estar bien seguro, le tendió una celada: trajo a cuento una sabandija de barro, que un ruso le mostró en una valija y que él tenía guardada en el escritorio, en el mismo cajón de la libreta. Mintió que la sabandija era un león; la Pumita, que sabía que era una víbora, pegó un respingo: de puro celosa, le había andado en los cajones al viejo, buscando cartas de Ricardo. Ahí encontró la libreta y, como era muy estudiosa, la leyó y se enteró del plan. En la conversación de esa noche cometió muchas imprudencias: la más grave fue decir que al día siguiente iba a hablar con Ricardo. El viejo, para salvar el plan que había construido con un odio tan esmerado, decidió matar a la Pumita. Le puso veneno en el remedio que tomaba para dormir. Usted se acordará que Ricardo había dicho que el remedio estaba en la cómoda. No había dificultad para entrar en el dormitorio. Todas las piezas daban al corredor de las estatuas.

"Le mentaré otros aspectos de la conversación de esa noche. La moza le pidió a Ricardo que atrasara unos años la publicación de la novelita. Sangiácomo se le retobó francamente: quería que la novelita saliera, para repartir en seguida un folleto que mostrara que era toda copia. Para mí que el folleto lo escribió Anglada, la vez que dijo que se quedaba para componer la historia del cinematógrafo. Aquí mismo anunció que algún entendido iba a fijarse que la novela de Ricardo estaba copiada.

"Como la ley no le permitía desheredar a Ricardo, el Comendador prefirió perder su fortuna. La parte de Requena la puso en cédulas, que por más que no rindan mucho son seguras; la de Ricardo, la puso en el subterráneo: basta ver la ganancia que daba para saber que era una inversión peligrosa. Croce lo robaba sin asco: el Comendador lo dejó para estar bien seguro de que Ricardo no tendría nunca ese dinero.

"Muy pronto la plata empezó a ralear. A Bonfanti le cortaron el sueldo; a la baronesa la sacaron como chijete; Ricardo tuvo que vender los petizos de polo.

"¡Pobre mozo, que nunca había andado en la mala! Para entonarse fue a visitar a la baronesa; ella, despechada porque le había fallado el sablazo, lo puso como un suelo y le juró que si alguna vez había tenido amores con él, fue porque el padre le pagaba. Ricardo vio cambiar su destino, y no comprendía. En ese confusión tan grande, tuvo un presentimiento: fue a interrogar a la Dolly Sister

y a la Evans; las dos reconocieron que si antes lo habían recibido fue por causa de una contrata que tenían con el padre. Luego lo vio a usted, Montenegro. Usted confesó que le había apalabrado todas esas mujeres, y otras. ¿No es verdad?”

—Al César lo que es del César —arbitró Montenegro, bostezando con disimulo—. Usted no ignorará que la orquestación de esas *ententes cordiales* ya constituye para mí una segunda naturaleza.

—Preocupado por la falta de plata, Ricardo consultó a Croce; estos parlamentos le demostraron que el Comendador se estaba arruinando a propósito.

“Lo azoraba y humillaba la convicción de que toda su vida era falsa. Fue como si de golpe a usted le dijeran que usted es otra persona. Ricardo se había creído una gran cosa: ahora entendió que todo su pasado y todos sus éxitos eran obra de su padre, y que éste, quién sabe por qué razón, era su enemigo y le estaba preparando un infierno. Por eso pensó que no le valía mucho vivir. No se quejó, ni dijo nada contra el Comendador, a quien seguía queriendo; pero dejó una carta para despedirse de todos y para que su padre la comprendiera. Esa carta decía: *Ahora las cosas han cambiado y seguirán cambiando... Lo que mi padre ha hecho por mí no lo ha hecho ningún padre en el mundo.*

“Será porque hace tantos años que vivo en esta casa, pero ya no creo en los castigos. Allá se lo haya cada uno con su pecado. No está bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres. Al Comendador le quedaban pocos meses de vida; ¿a qué amargárselos delatándolo y revolviendo un avispero inútil de abogados y jueces y comisarios?

Pujato, 4 de agosto de 1942.

RODOLFO J. WALSH

CUENTO PARA TAHÚRES

RODOLFO J. WALSH nació en 1927. Colabora en revistas de Buenos Aires. Esta editorial publicará próximamente en una de sus colecciones policiales, la serie de relatos titulada *Variaciones en Rojo*.

Salió no más el 10 —un 4 y un 6— cuando ya nadie lo creía. A mí qué me importaba, hacía rato que me habían dejado seco. Pero hubo un murmullo feo entre los jugadores acodados a la mesa del billar y los mirones que formaban rueda. Renato Flores palideció y se pasó el pañuelo a cuadros por la frente húmeda. Después juntó con pesado movimiento los billetes de la apuesta, los alisó uno a uno y, doblándolos en cuatro, a lo largo, los fue metiendo entre los dedos de la mano izquierda, donde quedaron como otra mano rugosa y sucia entrelazada perpendicularmente a la suya. Con estudiada lentitud puso los dados en el cubilete y empezó a sacudirlos. Un doble pliegue vertical le partía el

entrecejo oscuro. Parecía barajar un problema que se le hacía cada vez más difícil. Por fin se encogió de hombros.

—Lo que quieran... —dijo.

Ya nadie se acordaba del tachito de la coima. Jiménez, el del negocio, presenciaba desde lejos sin animarse a recordarlo. Jesús Pereyra se levantó y echó sobre la mesa, sin contarlo, un montón de plata.

—La suerte es la suerte —dijo con una lucecita asesina en la mirada—. Habrá que irse a dormir.

Yo soy hombre tranquilo; en cuanto oí aquello, gané el rincón más cercano a la puerta. Pero Flores bajó la vista y se hizo el desentendido.

—Hay que saber perder —dijo Zúñiga sentenciosamente, poniendo un billetito de cinco en la mesa. Y añadió con retintín—: Total, venimos a divertirnos.

—¡Siete pases seguidos! —comentó, admirado, uno de los de afuera.

Flores lo midió de arriba abajo.

—¡Vos, siempre rezando! —dijo con desprecio.

Después he tratado de recordar el lugar que ocupaba cada uno antes de que empezara el alboroto. Flores estaba lejos de la puerta, contra la pared del fondo. A la izquierda, por donde venía la ronda, tenía a Zúñiga. Al frente, separado de él por el ancho de la mesa del billar, estaba Pereyra. Cuando Pereyra se levantó, dos o tres más hicieron lo mismo. Yo me figuré que sería por el interés del juego, pero después vi que Pereyra tenía la vista clavada en las manos de Flores. Los demás miraban el paño verde donde iban a caer los dados, pero él sólo miraba las manos de Flores.

El montoncito de las apuestas fue creciendo: había billetes de todos tamaños y hasta algunas monedas que puso uno de los de afuera. Flores parecía vacilar. Por fin largó los dados. Pereyra no los miraba. Tenía siempre los ojos en las manos de Flores.

—El cuatro —cantó alguno.

En aquel momento, no sé por qué, recordé los pases que había echado Flores: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... y ahora buscaba otra vez el 4.

El sótano estaba lleno del humo de los cigarrillos. Flores le pidió a Jiménez que le trajera un café, y el otro se marchó rezongando. Zúñiga sonreía maliciosamente mirando la cara de rabia de Pereyra. Pegado a la pared, un borracho despertaba de tanto en tanto y decía con voz pastosa:

—¡Voy diez a la contra! —Después se volvía a quedar dormido.

Los dados sonaban en el cubilete y rodaban sobre la mesa. Ocho pares de ojos rodaban tras ellos. Por fin alguien exclamó:

—¡El cuatro!

En aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo. Encima de la mesa había una lamparita eléctrica, con una pantalla verde. Yo no vi el brazo que la hizo añicos. El sótano quedó a oscuras. Después se oyó el balazo.

Yo me hice chiquito en mi rincón y pensé para mis adentros: "Pobre Flores, era demasiada suerte." Sentí que algo venía rodando y me tocaba en la mano. Era un dado. Tanteando en la oscuridad, encontré el compañero.

En medio del desbando, alguien se acordó de los tubos fluorescentes del techo. Pero cuando los encendieron, no era Flores el muerto. Renato Flores seguía parado con el cubilete en la mano, en la misma posición de antes. A su izquierda, doblado en su silla, Ismael Zúñiga tenía un balazo en el pecho.

"Le erraron a Flores", pensé en el primer momento, "y le pegaron al otro. No hay nada que hacerle, esta noche está de suerte."

Entre varios alzarón a Zúñiga y lo tendieron sobre tres sillas puestas en hilera. Jiménez (que había bajado con el café) no quiso que lo pusieran sobre la mesa de billar para que no le mancharan el paño. De todas maneras ya no había nada que hacer.

Me acerqué a la mesa y vi que los dados marcaban el 7. Entre ellos había un revólver 38.

Como quien no quiere la cosa, agarré para el lado de la puerta y subí despacio la escalera. Cuando salí a la calle había muchos curiosos y un milico que doblaba corriendo la esquina.

* * *

Aquella misma noche me acordé de los dados, que llevaba en el bolsillo —lo que es ser distraído!—, y me puse a jugar solo, por puro gusto. Estuve media hora sin sacar un 7. Los miré bien y vi que faltaban unos números y sobraban otros. Uno de los "chivos" tenía el 3, el 4 y el 5 repetidos en caras contrarias. El otro, el 5, el 6 y el 1. Con aquellos dados no se podía perder. No se podía perder en el primer tiro, porque no se podía formar el 2, el 3 y el 12, que en la primera mano son perdedores. Y no se podía perder en los demás porque no se podía sacar el 7, que es el número perdedor después de la primera mano. —Recordé que Flores había echado siete pases seguidos, y casi todos con números difíciles: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... y a lo último había sacado otra vez el 4. Ni una sola clavada. Ni una barraca. En cuarenta o cincuenta veces que habría tirado los dados no había sacado un solo 7, que es el número más salidor.

Y, sin embargo, cuando yo me fui, los dados de la mesa formaban el 7, en vez del 4, que era el último número que había sacado. Todavía lo estoy viendo, clarito: un 6 y un 1.

Al día siguiente extravié los dados y me establecí en otro barrio. Si me buscaron, no sé; por un tiempo no supe nada más del asunto. Una tarde me enteré por los diarios que Pereyra había confesado. Al parecer, se había dado cuenta de que Flores hacía trampa. Pereyra iba perdiendo mucho, porque acostumbraba jugar fuerte, y todo el mundo sabía que era mal perdedor. En aquella racha de Flores se le habían ido más de tres mil pesos. Apagó la luz de un manotazo. En la oscuridad erró el tiro, y en vez de matar a Flores mató a

Zúñiga. Eso era lo que yo también había pensado en el primer momento.

Pero después tuvieron que soltarlo. Le dijo al juez que lo habían hecho confesar a la fuerza. Quedaban muchos puntos oscuros. Es fácil errar un tiro en la oscuridad, pero Flores estaba frente a él, mientras que Zúñiga estaba a un costado, y la distancia no habrá sido mayor de un metro. Un detalle lo favoreció: los vidrios rotos de la lamparita eléctrica del sótano estaban detrás de él. Si hubiera sido él quien dió el manotazo —dijeron— los vidrios habrían caído del otro lado de la mesa de billar, donde estaban Flores y Zúñiga.

El asunto quedó sin aclarar. Nadie vio al que pegó el manotazo a la lámpara, porque estaban todos inclinados sobre los dados. Y si alguien lo vio, no dijo nada. Yo, que podía haberlo visto, en aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo, que no llegué a encender. No se encontraron huellas en el revólver, ni se pudo averiguar quién era el dueño. Cualquiera de los que estaban alrededor de la mesa —y eran ocho o nueve— pudo pegarle el tiro a Zúñiga.

Yo no sé quién habrá sido el que lo mató. Quien más quien menos tenía alguna cuenta que cobrarle. Pero si yo quisiera jugarle sucio a alguien en una mesa de pase inglés, me sentaría a su izquierda, y al perder yo, cambiaría los dados legítimos por un par de aquellos que encontré en el suelo, los metería en el cubilete y se los pasaría al candidato. El hombre ganaría una vez y se pondría contento. Ganaría dos veces, tres veces... y seguiría ganando. Por difícil que fuera el número que sacara de entrada, lo repetiría siempre antes de que saliera el 7. *Si lo dejan, ganaría toda la noche, porque con esos dados no se puede perder.*

Claro que yo no esperaba a ver el resultado. Me iría a dormir, y al día siguiente me enteraría por los diarios. ¡Vaya usted a echar diez o quince pases en semejante compañía! Es bueno tener un poco de suerte; tener demasiada no conviene, y ayudar a la suerte es peligroso...

Sí, yo creo que fue Flores no más el que lo mató a Zúñiga. Y en cierto modo lo mató en defensa propia. Lo mató para que Pereyra o cualquiera de los otros no lo mataran a él. Zúñiga —por algún antiguo rencor, tal vez— le había puesto los dados falsos en el cubilete, *lo había condenado a ganar toda la noche*, a hacer trampa sin saberlo, lo había condenado a que lo mataran, o a dar una explicación humillante en la que nadie creería.

Flores tardó en darse cuenta; al principio creyó que era pura suerte; después se intranquilizó; y cuando comprendió la treta de Zúñiga, cuando vio que Pereyra se paraba y no le quitaba la vista de las manos, para ver si volvía a cambiar los dados, comprendió que no le quedaba más que un camino. Para sacarse a Jiménez de encima, le pidió que le trajera un café. Esperó el momento. El momento era cuando volviera a salir el 4, como fatalmente tenía que salir, y cuando todos se inclinaran instintiva mente sobre los dados.

Entonces rompió la bombita eléctrica con un golpe del cubilete, sacó el revólver con aquel pañuelo a cuadros y le pegó el tiro a Zúñiga. Dejó el revólver

en la mesa, recobró los "chivos" y los tiró al suelo. No había tiempo para más. No le convenía que se comprobara que había estado haciendo trampa, aunque fuera sin saberlo. Después metió la mano en el bolsillo de Zúñiga, le buscó los dados legítimos, que el otro había sacado del cubilete, y cuando ya empezaban a parpadear los tubos fluorescentes, los tiró sobre la mesa.

Y esta vez sí echó clavada, un 7 grande como una casa, que es el número más salidor...